Marian Peyró

Los incendios



Alianza *voces*

Marian Peyró

Los incendios

Alianza editorial

Índice

15 de agosto

12 de agosto

13 de agosto

14 de agosto

15 de agosto

Créditos

15 DE AGOSTO DE 1988

1. Cristina

Antes de subir me he escondido un momento en el baño. He dado la luz, aunque aún no hacía falta. En el verano la noche tarda en llegar, pero, aun así, yo no veía. No mucho más allá de mis manos y mis piernas y lo que me aleteaba el pecho como una mariposa o una polilla: la anticipación. Había besado a Joaquín. Nos habíamos besado. Sentía las piernas y el pequeño temblor, la lucha con la que nos habíamos tanteado hacía un momento, cuando subíamos del río todo el grupo, y nos despedíamos, y luego los demás se fueron y él me acompañó a casa.

Joaquín llevaba puesta su camiseta de siempre, esa que es como una malla de color negro, agujeros sin más sobre la piel. Y la sonrisa del diente mellado, la paleta partida, que ahora sabía que de cerca no pinchaba.

Te acompaño, había dicho, y yo que vale.

Te acompaño, como si no lo hubiera esperado siglos, o días como siglos.

Se pegaba a mí en la puerta mientras intentaba pensar y abrir y no encontraba las llaves entre todas las cosas que traía del río, y luego se me caían diez veces. Me mareé sintiéndolo tan cerca, rozándome, como para decirme que quería entrar y que yo no podía negárselo. Pero qué le iba a negar. Entramos. Yo intentaba reír y no podía, y no porque no estuviera contenta, sino porque el aire se me atragantaba en la boca, algo así como si no quisiera dejarlo salir porque fuera a perderlo. O a lo mejor era solo el miedo. Y luego, no sé, ni media palabra siquiera, que menos mal, porque no oía, no respiraba, solo me dio tiempo a mirar que no había nadie en la entrada, que la planta baja parecía silenciosa y estaba aún en la penumbra esa del verano —las contraventanas del pasillo, más allá,

cerradas—, y a sentir *graciasgraciasgraciasgracias* flotando en el recibidor como burbujas de refresco. Y luego, ¿cómo había sido? Rápido. El beso, los besos, sin timidez, apretándome contra el zócalo de azulejos de la entrada, fuerte como si también hubiera esperado siglos, días que son siglos.

Creí que no se podía pensar en ese momento, pero yo pensé todo el rato durante los besos. Me regañaba por pensar mientras le sentía la boca, el pecho bajo la camiseta esa tan extraña, el sabor suave a fresa, y a saliva y a sol y a agua del río. El aire era húmedo entre los dos por el bañador mojado y la piel de gallina y ese calor que se te cuela sin permiso en algún sitio por dentro de la carne. Todo eso no venía en las revistas que había leído con mis amigas, ni en el libro aquel que compramos y que casi nos pilla el de Lenguaje porque nos lo íbamos pasando para ver los dibujos, *Cómo hacer bien el amor a un hombre,* ponía, y yo que solo había dado algún pico, tan nerviosa, tan impaciente ya. No ponía nada de mirarle la oreja a Joaquín, qué bonita oreja, abrir los ojos y regañarme, no ponía nada de que las bocas saben a chicle y hay que mover la lengua hasta que la acomodas al otro y cerrar los ojos para poder ver más claro esa piel suave del cuello. Aún siento los azulejos de la entrada contra los muslos, su mano sobre la licra de mi bañador, y después mamá preguntando desde el piso de arriba si ya había vuelto. Gritaba. Nosotros conteníamos la risa, nos respirábamos, su pecho tan cerca del mío y su camiseta que mareaba y me raspaba en las manos. La risa me hacía sentir valiente, olvidarme por fin de las dudas, de estos días que habían sido siglos, más que siglos, por qué esto no había pasado antes, si le parecería una estrecha si intentaba meterme mano y le decía que no, qué hacía bajando la cuesta de mi casa sin camiseta antes, a mediodía. Nada importaba porque nos reíamos los dos.

Cuando mamá gritó otra vez, él tuvo que irse. Se separó un momento. Intenté impedírselo metiendo los dedos en los agujeros de la camiseta. Pero ya no podíamos aguantar más la risa. Nos iban

a oír. Y mamá seguía llamándome, Cristi, Cristina, hasta que tuve que admitirlo.

Que no podía ser.

Empujé a Joaquín deprisa, afuera, cerré la puerta despacio, metiendo la cara en el hueco para seguir mirándole hasta que ya no me cabían los ojos y tuve que imaginarle detrás y empecé a sentir su falta como latidos locos. Me quedé dentro y él fuera con su camiseta de punki dulce, yo dentro estremecida y él fuera con la vista fija en los cuarterones oscuros, las vetas de la madera pulidas como la carne que yo quería acariciar. La mía estaba erizada de frío y calor, y mi madre, venga, otra vez, que dónde estás, Cristi, y yo, otra vez, también, que aquí estoy, segura de estar en el lado equivocado, mamá, estoy en el lado que no es, quiero responder, ¡gritar!, y no quería subir, aún no, necesitaba más tiempo, se me agitaban las piernas, y por eso estoy ahora en el baño, tratando de calmarme, con la luz dada.

¡Vaya despedida! ¡Y esta noche la fiesta grande, es 15 de agosto! Las fiestas son la razón que nos trae aquí cada año, reunirnos la familia en el pueblo, nuestro pueblo que es el de mi madre, Las Gargantillas.

Las chicas, mis amigas, pienso. Este verano tenemos planes, pero sobre todo queremos aprovechar la noche. La imaginamos brillante.

Con las ventanas de la casa abierta intuyo a la orquesta preparándose abajo, en la plaza.

La noche es una nota alegre, sostenida, capaz de dejarnos sin aliento. Sin embargo, aún queda el tiempo de la cena, el tiempo de arreglarnos.

Y no sé cómo lo voy a hacer, la espera, con todo esto latiéndome adentro como una mariposa con las alas oscuras.

2. Cristina

—¿Con quién venías? —me pregunta mamá cuando al fin subo—. ¿Por qué tardabas tanto? —me dice también, pesada.

No contesto. No me mira.

Me siento a la mesa, me sirve la tortilla y se da la vuelta. Su espalda, su camiseta ceñida y el lazo tenso de su delantal parecen dirigir la conversación, esperan mi respuesta desde la cocina.

—Con los de siempre, mamá —le respondo elevando la voz.

—Había un rubio —insiste sin mirarme.

—Sí. —Trago—. Joaquín. Me dijo que su madre te conocía.

Sus zapatillas trajinan silenciosas. Bebo para pasar la bola.

—Ah, sí. El hijo de Sole será. No viven por aquí.

—Ya, bueno, quería acompañarnos.

A Joaquín le conocí el día que llegamos. Desde entonces todas las tardes había salido de la piscina con nosotros y se había ido despidiendo cada día un poco más cerca de casa, y hoy, ya, ¡por fin!, me había acompañado. A mamá no le había dicho nada. No quería decirle nada aún, después de lo que había pasado en las terrazas del Poli el día que llegamos, esas cosas que la gente decía. Pero quizá mamá ya sabía que andaba con nosotros, conmigo.

—Lo conocimos el otro día, mamá —admití por fin.

—Ya.

Por un momento pensé que el interrogatorio había acabado. Pero no:

—¿Entró en casa? Me pareció que entraba. —Sigue, tercamente, mostrándome la espalda desde el interior de la cocina.

—Está rica la tortilla —digo mientras finjo masticar—. Solo me acompañó a la puerta —aclaro.

—Pero vive en la otra punta —la escucho decir, con media cabeza en la nevera. Ya, mamá, pienso. No sé qué responder a lo que es una obviedad. Luego se me ocurre un chiste:

—Viven en las casas nuevas. Qué espanto.

Pero no le hace gracia. Solo dice:

—Es guapo ese Joaquín.

Y repite:

—Muy guapo.

El aire rebosa ruido, son las moscas enloquecidas, dándose golpes contra la lámpara del techo. Quizá repiten en su idioma lo que ha dicho mamá: «Joaquín es guapo, zum, zum».

Me lanzo en plancha:

—¿Te lo parece?

—Acábate la cena. —Me habla el lazo del delantal, quizá sus hombros, la escucho porque sus palabras rebotan en la ventana.

Insisto:

—Llevaba una camiseta muy rara. Como punk o algo —le digo.

—¿Punk? ¿Qué es eso? ¿Un roquero? Ya la he visto. Es transparente, ¿no? ¿O negra con agujeros? Sí, muy rara.

Y esta vez se vuelve rápido. Trae en una mano un vaso y un colador y en la otra la leche en la cazuela donde la ha hervido. Parece que llevara un arma y un escudo. Después se gira otra vez, dejando un rastro de sonrisa clavado en el aire junto a una idea perturbadora: la camiseta de Joaquín es como una malla pero, aun así, mamá opina que es guapo.

Me deja la leche y se vuelve a la cocina.

Agradezco que no esté mirando por si mis ojos reflejan aún las manos que me agarraban hace un momento, el cuerpo suave que me sujetaba contra la pared. Estoy segura de que se me transparenta la mariposa ahí, convertida en una mosca con mil pupilas bulbosas y brillantes como los cachitos de carne que se le ven a Joaquín a través de la camiseta. Reproduce claramente nuestras manos, las bocas, en sus ojos sin párpados.

—No me apetece —digo. Odio la leche del pueblo y su espesa capa de nata.

—Tómatela.

Obedezco. Me echo colacao y cambio de tema.

Clinclinclinclinclinc. Clinclinclinclinclinc.

Habría seguido con el ruidito porque aún no había acabado de pensar, pero hubiera sido raro, así que paro y pregunto:

—¿Y de qué conoces a su madre?

—Éramos muy amigas de jovencitas.

—¿Y luego no?

—Es que se casó y se fue del pueblo.

—¿Cuando erais jovencitas? —Sonrío para mí por esa palabra vieja.

—Sí, bueno, ella era algo mayor que yo, aunque siempre pareció más. Estaba conmigo en el río, lo mismo la viste. —Mi madre se queda ensimismada por un momento.

—Joaquín también es un par de años mayor que yo.

—¡Un par no!

—Bueno, creo que tiene diecinueve.

Mamá se acerca desde la cocina. Intento esconderme detrás del vaso de leche.

—Ya te hemos dicho que este año debes tener cuidado con los chicos, en los bares. Con los mayores sobre todo, que aquí se juntan todos.

¡Mi madre es mi madre! ¡Al fin!

Ya sé que en Madrid, si salimos, a uno de veinte le reconocemos de lejos, pero aquí es distinto, si solo fueran de veinte, pienso. A veces, hasta es divertido espantar viejos verdes.

—Además ese chico no es para ti —dice.

Qué mierda, mi madre es mi madre otra vez.

—¡Ya estamos! ¡No sé por qué venimos! En este pueblo no hay nadie como yo, nadie a mi altura, ¡según tú!

—¿Prefieres pasarte todo el verano en Londres? —dice sabiendo que duele. *Fuck*, pienso.

—¿Y tu hermano? —continúa. Quizá cambia de tema porque ha sido muy dura conmigo.

—No sé, no lo he visto en toda la tarde —respondo.

—¿No estaba en el río?

Mamá cree que aún puede controlar a Tito, ¡en el pueblo!, ¡pero si ya el año pasado estuvo en boca de todos! Pienso en los ojos que no quieren ver y en cómo solo no quieren ver lo de Tito. Es injusto.

—Un rato, creo —contesto—. ¿Es que no estabas tú?

No contesta mi pregunta, pero dice:

—No andará con esa chica, la Rosi, ¿no?

—Ay, mamá, y yo qué sé. ¿Es que ahora yo también vigilo?

Rosi ha sido la única preocupación de mi madre hasta ahora. Una madre soltera de veinte años.

Decide no insistir. Abre y cierra otra vez la nevera y los armarios.

—¿Qué iba yo a coger? —murmura con la mano colgada de un pomo.

Cierra sin coger nada.

Como nos quedamos calladas lo oímos bien: Tito sube de dos en dos las escaleras, sus chanclas dan tortazos al suelo.

—Dice mamá que Joaquín es muy guapo —le digo en cuanto entra.

También quiero decirle que mamá no me ha dicho que ya le conoce y que no sé por qué. Pero no lo hago. Tampoco sé por qué.

Tito coge un trozo de pan de la panera. Me mira mientras. Tiene cara de la Rosi, ya he aprendido a distinguir su cara de la Rosi. Es como si las facciones se le pusieran suaves y se le taparan los oídos. Por lo general, solo oye a la segunda o a la tercera. Quiero eso así para mí.

Mamá abre la ventana como si buscara aire.

La plaza dice, con sonido enlatado, «probando, probando. Undos, undos. Ey».

—Ya empezamos con la musiquita... ¡No te hinches que tienes que cenar! —regaña a Tito.

—Voy a cenar fuera —contesta después de dar un trago de mi agua.

—¿Con quién?

—Con la gente —dice Tito, guiñándome un ojo, de espaldas a mamá.

—Voy a arreglarme —digo, porque no me apetece quedarme a otro interrogatorio.

—¡Pues recoge primero! —me grita mamá—. ¡Y date prisa que tu padre y yo también queremos salir!

—¿Dónde vais? —pregunto, pero mamá solo dice algo sobre papá y la final del torneo de mus.

Por primera vez pienso si mi madre tuvo alguna vez temblores de piernas, pero espanto rápido el pensamiento.

Cuando vuelvo de dejar mi plato en la pila, Tito ya se ha ido. Llevo a la cocina el vaso, la jarra, la panera. Mamá trajina igual que antes, pero su espalda parece furiosa. Llevo el mantel y lo sacudo por el balcón de la cocina. Es la peor hora. Casi de noche pero aún no. Los mosquitos son tontísimos. Ya golpean la bombilla como si fuera la puerta de una discoteca.

Hoy la noche tarda muchísimo en llegar. Además, hace el bochorno que dejan en el aire los incendios recientes. Cuento el tiempo que falta para poder alejarme de este olor horrible a tortilla y a leche que impregna la casa. Mi estómago está apretado por una malla negra y la mariposa se agita pesada, como las hojas de una enredadera tupida al aire de un ventilador. El balcón del comedor también está abierto, pero la cortina de tubitos de plástico impide adivinar el monte detrás.

Imaginar el ruido que hacen los tubitos cuando se entrechocan se me baja a la garganta, da alas a la mariposa negra. Pronto entrará la música de la plaza. Y yo no puedo respirar, por más que abro la boca.

3. Ana María

Este agosto ninguno de mis niños es ya un niño. Ni siquiera mi Cristi, que acaba de cumplir dieciséis y anda medio perdida, y Tito, que se cree muy mayor porque cumple los dieciocho en pocos meses. El día que llegamos a Las Gargantillas el nudo de congoja que llevaba bajo el esternón se me apretaba a medida que nos acercábamos al pueblo. La niña viajaba sentada detrás de mí, sin apartar la vista de la ventanilla. El vidrio le devolvía su reflejo en los pinos que flanqueaban la carretera. Yo me fijaba en sus ojos, quería leerlos mientras viajaban detrás del paisaje fugaz. Pero otros no se fijarían en eso. Sabía que ese año notarían su escote, o cómo juntaba las manos entre los muslos como si rezara o se hiciera pis, o las piernas y el cuello tan largos. Además, se le había ondulado el pelo espeso, y los pechos le habían salido así, como de la nada; me parecía una niña con las tetas grandes.

Veníamos en silencio, como si cada cual rumiara sus propios miedos. Todos los míos tenían que ver con Cristina.

Con Tito había pasado algo parecido un par de años antes, pero él es un chico. Tuvimos las preocupaciones normales de las compañías, que se fuera a quedar enganchado con alguna poco conveniente, pero nunca le dimos tantas vueltas.

¡Ya estamos!, habríamos dicho cualquier otro año al ver las primeras casas, y habríamos sonreído y, antes incluso, cuando eran más chicos, dado palmas. Pero este verano no dijimos nada.

En la última curva exploté:

—Este año le he dicho a tu hermano que te vigile.

Miré a mi marido con el rabillo del ojo, por ver si reaccionaba, pero Alberto iba atento a las marchas del coche. Quizá tuviera que poner la primera para subir la cuesta que llegaba hasta la casa.

—¡Mamá! —protestó mi hija.

No podía verla, pero sabía que estaba haciendo ese mohín con los labios que también era nuevo.

—Hazme caso —repetí. Quería tranquilizarme, pero no lo lograba.

—¡Pues no entiendo por qué! —contestó Cristina.

La busqué a través del retrovisor. Los ojos de Alberto se cruzaron ahí con los míos.

—No seas rebelde —insistí yo cuando supe que su padre no iba a decirle nada.

Volvió a oírse un gemido de Cristina y esos murmullos por lo bajo que me crispan. ¿Desde cuándo esto era así?

—Que nadie va a tocarle un pelo, mamá, ya te lo he dicho —dijo Tito.

—A mí no me pongáis a este como un perro faldero. Además, ¡pero qué te crees que voy a hacer! —Cristina se cubrió la cara con los brazos, en un gesto de rabia.

Pensé en todas las cosas que podría hacer, que podrían hacerle. Apagué la radio. Tito se había empeñado en que pusiéramos un casete que le habían grabado y lo llevábamos a buen volumen, porque así es como había que oírlo, según él. Me sofocaba aquel señor gritando que ardía la calle y que las chicas se desnudaban al sol.

Llegamos a la casa. Ella ceñuda. También ese gesto nos acompañó después, mientras descargábamos el coche, y luego, cuando comimos lo que traía preparado desde Madrid.

Luego la dejé protestando. Si se creía tan mayor, ya tenía edad para colocar sus cosas.

Yo tenía que cumplir.

En los pueblos lo primero que se hace es cumplir, aunque me llevaran los demonios por las horas. Sabía que la niña de la Benita estaba veraneando y que había traído a la bebé, que tendría un par de mesecitos. La señora Benita vivió unos años puerta con puerta con mi madre, en las casas del barrio largo. Su hija era más joven que yo, la acababa de hacer abuela y ya no vivía al lado de la que

fue nuestra casa, sino que se mudó casi al final del pueblo, delante de las casas nuevas. «Estas casas se llenarán de forasteros ricos», decía el alcalde cuando nos vendía las bondades de aquel proyecto que tapaba la vista del monte. El problema fue que las hicieron feas a rabiar y quizá por eso se habían quedado ahí, casi todas vacías, una ristra penosa de ladrillos baratos.

Subí la cuesta hasta allí. Pensé que los treinta y muchos que tenía ya ese verano no eran los diecisiete con los que subíamos por ese camino al prado, para asar las castañas o de romería. Entonces, por allí solo había algunas huertas y casillos y pinos y más pinos hasta arriba del monte.

Llegué sofocadita y me instalaron enseguida en una cocina casi a oscuras. ¡Qué cría bonita que tenía su hija! Después llamó el Cosme, el de la Mari, que en paz descanse ya la mujer, también de visita. La Benita y su hija bajaron a abrirle y me dejaron ahí, vigilando un bibe que habían puesto a hervir. Al parecer casi se le quema la casa a la Benita unos días antes, porque la mamá y la chica se quedaron dormidas con el fuego puesto, y se despertaron cuando todo era ya un humo negro y medio envenenado, y por eso estaban las dos tan pendientes y me encargaron a mí no quitarle el ojo mientras abrían.

Los oía en la puerta de delante, un alborozo de gorgoritos y ajós como cuando la señora Benita vio a mi Cristi por primera vez. Lo contenta que estaba porque hubiera tenido una niña después de Tito. Que son las que hacen compañía a las madres, me había dicho.

Seguía oliendo un poco a goma en la cocina de Benita, que mira que es malo el tufo del plástico quemado. Por eso abrí una rendija la ventana y así fue, después de tantos años, por esas cosas tontas que son. Por el bibe que se había quemado, porque aún olía a humo, porque estaba sola. También porque la ventana da a las casas nuevas y la cocina queda al norte, si no cómo iba a abrir con el fuego que era el sol a media tarde. Aquel verano todo ardía.

Abrí a medias, al final solo a medias, porque cuando abría ya la escuché. Su voz era igual a pesar de los años, aunque en mis recuerdos era más bien un susurro. Me quedé parada, a medio

camino del gesto de abrir la ventana, escuchando con atención, segura de que no se me veía, sobre todo porque nadie esperaba que abrieran por ahí ventanas a esas horas, ni, por supuesto, que detrás de ellas estuviera yo.

Era Sole. Soledad. Su voz primero, luego ella. La reconocí enseguida, a pesar de tener más de todo, quizá menos pelo, que antes era una manta rubia que me abrigaba. Solía meter la nariz en su cuello para calmarme porque olía al agua de manzanilla con la que se aclaraba la melena para conservar aquel color de espigas.

Acababan de llegar y estaban descargando el coche. Ella y Ernesto, su marido. Él era forastero, de Valencia. Le había hecho un niño allí en Ávila, donde ella se había marchado a preparar el ingreso, y así me la quitó sin que yo hiciera nada salvo quedarme mirando y desear un milagro. Y también pensar en qué haría entonces para calmar el temblor que ella sujetaba con sus dedos ágiles. Soledad tenía mariposas en las puntas de los dedos. Me hacía cosquillas en el pensamiento más que en ningún sitio. Brillaba tanto que cuando la veía me desaparecía el patio donde nos sentábamos, su casa diminuta en su calle sombría, nuestro pueblo agobiante y estrecho que el monte intentaba ahogar un poco más cada año, a pesar de las talas y de los incendios. Con ella todo me había parecido posible. Sol, la llamaba así.

Soledad fue un secreto mío y de nadie más. A veces es difícil pensar que las cosas sucedieron de verdad. Hay que repetírselas mil veces, intentar asirlas por los bordes porque quieren escurrirse como un pez. Y qué complicado es estar un día feliz y otro abatido, según se dio el recuerdo. Al final, a veces solo queda que sabemos la felicidad que hubo, aunque se haya difuminado hasta hacerse irreconocible. Es imposible inventarse la felicidad.

Nunca se lo conté a nadie, pero todo el mundo sabía. O habló. Menos nosotras. Nosotras no.

Nos susurrábamos.

Sol.

Anita.

Shuuuusshhh.

Y habían vuelto. Había vuelto Soledad. ¿Cuántos años habrían pasado? ¿Seguiría yo teniendo algo del talle de entonces? ¿Le espantaría mi cara arrugada por tanto tiempo de pena? Podía escucharles alto y claro. Ernesto había salido del coche; no parecía importarle que le oyeran ni las horas, casi todo el mundo hacía aún la siesta, y el pueblo, lleno ya para las fiestas, estaba arrugado al sol.

—¡Dile al vago de tu hijo que despierte, que hemos llegado, que ayude un poco, *me cagüen Deu!*

—Por favor, Ernesto, no levantes la voz.

Pensé que así no era Sole, para nada así. Ella no pedía las cosas. A ella no le hacía falta pedirlas.

Nunca supe bien cómo era él. El día que llegamos, en la cocina de la Benita y después de tanto tiempo, me sorprendió su furia, su cara monstruosa que no guardaba ningún rastro del mozo guapete que recordaba. Abrió la puerta de atrás y sacó a un chico a rastras, agarrándole del hombro, lanzándolo al suelo sin mediar palabra. Me quedé helada por la violencia, inexplicable fuera lo que fuera que hubiera pasado en ese coche. El chaval se incorporó, la mirada sorprendida, aún medio perdida en el sueño.

—*¡La mare que...! ¡Fill* de puta! —le gritó al padre, ya de pie, ya despierto. Tenía los ojos azules tan claros que pensé que la rabia iba a estallarle en esquirlas de hielo.

Se sacudía una camiseta rarísima que llevaba puesta, parecida a una red de naranjas, pero de color negro. Su ira me pareció un sentimiento viejo, que se venía cociendo de años y que lo mismo acababa fundido y negro, envenenado como el plástico de un biberón olvidado en la lumbre.

—Por Dios, Ernesto, no empecéis. Te lo pido, por favor, déjanos un día. Déjale, dale un respiro, te lo ruego —dijo Sole, con el rostro desencajado de quien siempre saca la cara mala y le toca pagar.

Otra vez pedía. Mi Sole que ya no era más mi Sole.

Al levantarse, el chico quedó frente a mí y por fin pude verle del todo. Salvo en los ojos, que había heredado del padre, era idéntico a su madre cuando tenía su edad, cuando... Cómo había querido entonces que se muriera ese niño. Si Sole hubiese sido eso, cuando nosotras. Si hubiese sido un chaval, digo, todo hubiera sido distinto.

Normal.

Y yo no habría estado envenenada.

—¡Qué quieres, *collons!* ¿Partirme otro diente? ¡Ea! ¡Dale! ¡Dale, que me queda otra paleta! —le chilló el crío con más coraje del que jamás pudimos reunir Sole y yo, que no fuimos capaces de dejar los susurros.

Quise salir corriendo a protegerlos. Me temblaron las piernas, como entonces, pero esta vez de miedo e impotencia, porque nunca tuve valor y entonces tampoco. Porque quizá no éramos normales. O no lo era yo sola, que me casé con Alberto aunque le llamaran el Marica.

Ni siquiera después de tener a Tito y a Cristina le habían apeado el mote.

Eché mano al colgante que llevaba al cuello y lo apreté. Era una mariposa de metal, chapada en plata. Me la había dado Sole antes de irse.

Cerré la ventana y los ojos y esperé a que subieran otra vez la Benita, su hija, la bebé. Cuando lo hicieron traían al Cosme detrás. Me dieron las gracias, ay, Ana Mari, con la tarde de calor que hace, que se funde el suelo, dijeron, menos mal que lo tenemos todo bien cerrado.

4. Ana María

¡Cómo iba a decirle a Cristina que no conocía a Soledad en este pueblo tan chico! Supongo que hasta de crías jugaríamos juntas, aunque con los doce ya cumplidos, cuando empezó nuestra historia, ni me acordara. La memoria de los niños es brumosa.

Cristi se ha reído cuando le he dicho que éramos buenas amigas de jovencitas. Dice que, de pronto, hablo distinto en cuanto llegamos a la altura de las pozas, justo antes de tomar la carretera que lleva al pueblo, que me olvido de decir las eses al final, como la abuela, yo que ya me he convertido en una señora bien de Madrid.

Éramos unas niñas, Sole y yo, aunque antes crecíamos más deprisa. Ya a punto de entrar en la adolescencia todavía pensaba que mi pueblo era grande, con sus calles, la plaza con el ayuntamiento tan elegante —en realidad hace tiempo que pienso que es un engendro pretencioso coronado de molduras, muy alejado de la arquitectura popular que buscábamos cuando decidimos construirnos aquí una casa—, la iglesia, los comercios oscuros que guardaban un olor mezclado a legumbres y pimentón. El monte, como un dios de cabellos verdes, nos miraba desde arriba, dándonoslo todo, la sombra de los árboles en el verano, un invierno clemente que se le negaba al resto de la provincia, la resina y la madera inagotables, las cosas de las que vivían casi todos allí. Nadie pagaba luz, también el agua era gratis. Nos enorgullecía ser así. Éramos ricos, habíamos aprendido la palabra próspero, y la decíamos junto a ayuntamiento, o a mi pueblo, como si se pertenecieran.

Yo odiaba que me llamaran Ana Mari, pero por suerte Soledad siempre me llamó Ana, o Anita. Nos llevábamos un año que parecía dos o tres porque según todos yo era un poco tardía y ella era muy

avanzá. El curso en que todo empezó compartíamos muchas horas, íbamos a la misma clase. Entonces había dos escuelas, una de chicos y otra de grandes. También nos separaban, claro, varones por un lado y mujeres por el otro.

Cuando nos hicimos amigas ya estábamos las dos en la escuela de arriba, la de los mocitos. Entonces en el pueblo había mucha más gente que ahora —quién no querría vivir en un lugar bendecido por la riqueza—, aunque solo teníamos dos maestros y dos señoritas, así que coincidíamos alumnos de varias edades en el aula. Pero aquel era el único sitio donde estábamos juntas. Al final de la jornada Soledad desaparecía tan rápido como si hubiera pasado el día presa en una habitación trancada. Yo, sin embargo, volvía a casa caminando despacio y si sabía que mamá no iba a estar por algún recado, me iba por el camino más largo, con cuidado de que fuera uno de los dos caminos sensatos que había de la escuela a mi casa. La gente del pueblo siempre se fijaba en que, a partir de cierta edad, todo lo que hiciéramos fuera solo lo sensato, en especial, las mujeres.

Yo aún no llamaba tanto la atención. Soledad sí. Con sus trece adelantados, incontenibles casi, ya se atrevía a hacer algunas cosas que decíamos *de esas*. Y si yo la veía seguro que los demás también: estar en el pilón pasada una hora, bajar a la cueva del Antonio, un lugar que era todo lo prohibido, para gente peligrosa y fascinante, y donde yo no había llegado a entrar. Me lo imaginaba húmedo y sucio, con ecos de risa ahogada colgando en los techos.

Sole no me hablaba en clase ni fuera de ella: le parecería una mocosa. La señorita se iba poniendo primero con las pequeñas, luego conmigo y las otras de mi edad, después con Soledad y las mayores. Nos explicaba algo y nos dejaba haciendo ejercicios o leyendo, mientras pasaba así de grupo en grupo. Escribir y mirarla, sin saber lo que era aquello, por qué lo hacía, qué cosa tenía que cada vez que levantaba la cabeza yo la buscaba. Soledad no era guapa, eso decían los que lo sabían todo. Demasiado lista, con un físico incompatible con el recato y cierta reputación de *desahogá*

solo por ser buena moza. Me sentía atraída por ella como lo hubiera hecho por una actriz de cine. Todo empezó también por el arte: las clases de dibujo eran un receso insólito en nuestra encorsetada educación. Doña Rosa, la maestra, nos daba libertad para hacer corros en el suelo o cambiarnos de compañera de pupitre. Tendíamos, de igual manera, siguiendo las normas no escritas del decoro, a buscar a las otras de nuestra edad. El día que por fin hablé con Soledad no había consignas, «para ejercitarnos en la disciplina del dibujo artístico», explicó la señorita. A mí me pareció que lo que pasaba es que la maestra andaba desganada esa tarde, que quería quedarse sentada en su mesa cavilando y con la mirada puesta en el monte o en los otros pueblos del valle, imaginando un viaje próximo, una huida. Las malas lenguas afirmaban haberla visto en compañía de un casado, que estaba triste y más gruesa, con la mirada larga de las mujeres encintas, que parece que andan todo el rato imaginando el futuro. El caso es que apenas se acercó por nuestras mesas. Solo chistaba cuando el volumen le obligaba a salir por un rato de su ensimismamiento. Nosotras, desde chicas, habíamos aprendido a evitar la regla golpeando los dedos, las humillaciones públicas, el rincón del burro. Éramos disciplinadas a la fuerza. Así que empezamos cada una a lo nuestro, con el bloc y los colores. Después íbamos levantándonos y si algo nos llamaba la atención nos uníamos. Cuando miré alrededor casi todas se habían arrimado ya a la vera de otras y pintaban en parejas o apretadas en tríos en aquellos pupitres pensados para dos, cuchicheando. Pero Sole y yo aún dibujábamos abstraídas, cada una en nuestro sitio. Cuando la miré tenía coloretes que me parecieron del esfuerzo y sacaba apenas la punta de la lengua, como si intentara enhebrar una aguja. Era un animal hermoso y salvaje como el que había dibujado en mi lámina: una mariposa que me estaba quedando muy bien. Le saqué yo también la lengua a su cuerpo de bicho, a las alas extendidas que había comenzado a colorear de amarillo y verde. Cuando quise darme cuenta Soledad estaba de pie a mi lado y miraba mi dibujo con seriedad. Sentí el cuerpo arrebolado desde las puntas de los

pies, una quemazón como de sabañones. Soledad sonrió y me dijo que parecía que volaba, como si alabarme cualquier cosa fuera de lo más natural. Tragué saliva e intenté echar un vistazo a su cuaderno de dibujo, pero ella lo apartó murmurando excusas mientras se hacía sitio en el pupitre, sin pedir permiso. No me importó. Le propuse ayudarme a colorear. Ella miró atenta el plumier y sopesó el contenido antes de decidirse por un lápiz negro. Yo hubiera preferido un tono rosado, o un naranja como el pedazo apretado de queso de bola que nos darían después, pero la dejé hacer y mientras yo añadía azul en un lado, ella hizo que el simétrico cobrara vida. ¡Ahora sí parecía que volaba! La miré intrigada. Se rio y doña Rosa nos echó una mirada temible. «Ninguna cosa es plana, ¿lo ves?», me dijo, y para explicarlo me mostró su mano. Era la de una niña, con la piel tan fina como la mía. La alzó a la luz de la ventana y después la posó a la sombra de la mesa. Sentí que había algo que le latía debajo, una textura viva que marcaba suavidades y pliegues, que me invitaba a tocar. Fue estúpido, pero me acordé entonces de la rata que salió corriendo del bajío donde tenía una oveja recién parida el tío Gerardo. Nos enteramos por la escandalera de la calle; cuando me quise asomar ya estaban las ventanas cuajadas de mirones. Al final el tío atajó su huida aplastándola con un canto gordo que alzó por encima de su cabeza antes de lanzarlo. Me acordé por eso: solo hubo un momento para acertarle a la rata con el pedrusco, un instante de concentración total en el que al Gerardo le resplandecían las mejillas y tenía los ojos chinos. También, igual, había solo un momento para tocarle la mano a Soledad sin que a ella le extrañara el gesto, para rozarla sin que supiera que yo lo sentía como si ya fuera a irme derechita al infierno. Toda la sangre se me subió a la cara. Alargué el dedo y rocé el dorso, desde la muñeca al nudillo. Lo retiré rápido, como si hirviera. Le di la razón, y cuando lo decía me sentí la voz ajena, con pitos. Tan rápido como me aparté, ella me agarró de nuevo. Puso mi mano sobre la suya y me explicó algo de la luz y la temperatura, y de cómo la sombra era importante y por eso no podía pintarlo todo igual.

La luz hacía las cosas diferentes.

La oscuridad también, pensaba yo, que había decidido que aquello era un pecado demasiado grande para confesarlo y que mi sino era el fuego eterno.

Le pregunté si me enseñaba y me dijo que sí. Más tarde me diría que lo hizo porque yo podía aprender. Recordábamos muchas veces aquello: la mano y la mariposa, el tacto como si tocáramos por primera vez. También, más adelante, le preguntaría tímida si acaso ya le gustaba entonces —toda ruborosa del atrevimiento—, aunque Soledad nunca me contestaba a esas cosas.

Empezamos a salir de la escuela juntas. Como los muchachos terminaban antes, algunos se quedaban rondando cerca, fumando el tabaco que le habían sisado a sus padres. Eran chicos de esos que sí hacen ya muchas cosas que las viejas ven normales para su edad, por insensatas que sean. Cuando salíamos nosotras, algunos le preguntaban a Soledad si marchaba con ellos. Nunca decían a dónde y yo imaginaba razones por las que ella declinaba siempre la invitación: historias de miedo, alguna pelea de enamorados o si acaso andaba farruca con alguna. De todo. Menos que pudiese preferir mi compañía a la suya.

Igual que yo.

A veces pienso que el amor no es más que una coincidencia. El nuestro empezó con un rayo de luz, como en la canción de Massiel: *Y de pronto te alza, te lanza, te quema...*

Nuestro comportamiento, sin embargo, seguía entrando dentro de lo lógico; aún no éramos objetivo de las gacetilleras del pueblo. Nos hicimos inseparables. Hacíamos la tarea en su casa o en la mía, y si no la había nos acompañábamos la una a la otra hasta que sabíamos que de no recogernos ya nos reñirían. Nos sentábamos a la sombra de un árbol o bajo el alero de una balconada para preguntarnos los temas, dibujábamos al alimón. Me parecía que todos los caminos del pueblo andaban pintados con el rastro de sus pasos y los míos.

Fue entonces cuando algunas chismosas empezaron a murmurar que ya estábamos grandes para esas actitudes de amigas. Me enteré

de aquello como se saben esas cosas, de bruces, como cuando uno baja al río y de pronto se ve caído, sin saber cómo, en la orilla fangosa. Quizá alguna lo susurró entre dientes, o puede que fulano le hiciera chanzas a Soledad sin darse cuenta de que yo aún no me había movido, que la miraba bajar por la cuesta que decíamos de la Visi, donde el despacho de pan.

Creo que era envidia: de las niñas porque Sole era tan lista, resuelta. De los niños porque ya querían su atención. De los grandes por las mismas razones. Todo siempre estaba mal con Sole, todos pendientes de qué hacía o dejaba de hacer, observada desde la distancia como quien mira con precaución un bicho.

No hice caso hasta que su padre la castigó a ir de casa a la escuela y de la escuela a casa.

Su padre se llamaba Daniel. El Daniel, el Pintado, el Francés, el Gabacho. Con todos esos nombres y alguno más el Daniel aspiraba a ser un señor en el pueblo. Había emigrado y vuelto, con más dinero y más cultura, o al menos con otro idioma. Por eso quería que su hija estudiara. «Esa niña inteligente que te salió, *Pintao*», oía a todas horas, y él se mordía los carrillos por dentro, esperando el usted, el «señor Daniel», algún día. Quizá cuando su hija estudiara en la capital. O cuando la niña sacara las mejores notas en el ingreso, o cuando vieran lo bien que redactaba, cómo hacía sin dificultad todo aquel demonio de las cuentas sin usar el lápiz. Las habladurías hacían tambalear su anhelada posición.

Soledad me informó en el recreo. Era un día de finales de marzo, a ella le faltaba poco para cumplir los catorce pero yo no haría los trece hasta el verano. Hacía frío en nuestro rincón del patio. Nos habíamos acostumbrado a sentarnos en la zona más umbría del soportal de la escuela, la que no buscaba nadie ni ya entrado el mes de junio.

—No quieren que seamos amigas —me explicó Sole.

—Quién, ¿tu padre?

—Mi madre tampoco —sentenció.

Me acordé del día que habíamos subido solas al prado llano por la carretera de Cabezuela, cuando Sole me había tomado del brazo como una pareja de novios y se había apoyado en mi hombro. Fue el más dulce de mi vida. Sole se incorporó en cuanto nos cruzamos con Ramona la del Quili, una solterona mustia que parecía amulada por todo. Yo me había olvidado de aquello porque todo había sido muy rápido, pero quizá nos habíamos reído más de la cuenta antes de que saliéramos del alcance de su oído finísimo, y a la Ramona nadie la enmendaba por no tenerla enfrente.

De verdad, no habíamos hecho nada; yo había empezado a cantar bajito porque a Sole le encantaba mi voz, incluso decía que cuando me fuera a la capital seguro que alguien me descubría y en unos años sería famosa. La música suave y el día tan bonito nos dejó de ese humor juvenil y lánguido hasta que la Ramona vino a imaginarse cosas sucias seguramente de celos.

De todos modos quise preguntarle a Sole por qué sus padres se habían puesto así, pero ella no me dio tiempo. Miró a todas partes primero y luego me cogió de la mano. Otra vez la mano.

—No es que no quieran que salga de casa, es que no quieren que vaya más contigo —volvió a explicar, con una desesperación que no le conocía hasta entonces.

Yo no podía hablar. De espaldas, imaginaba la mirada de las otras atenta a nuestra pequeña reunión, para luego ir con el cuento a sus mayores.

—Es que dicen de nosotras —concluyó.

Fulanita y menganita, mamá, las imaginé diciendo.

Intenté contestar, pero fue como si alguien me tuviera agarrada la garganta. Solo pensaba en la Ramona y en por qué metía la nariz donde no había nada y si acaso es que yo era en serio culpable de algo, que la Ramona era mala pero espabilada.

«Sabe más el diablo por viejo que por diablo», solía decir mi madre a cada rato, y eso se me vino a la cabeza, la de cosas que habría visto la Ramona, y si acaso ella identificaba algunas en mí,

como si pudiera leer los pensamientos que yo misma negaría jurando por Dios.

—Ay, Ana María, ¡que no eres tonta! —volvió a decir Sole cuando me vio pasmada.

Estaba herida por algo que no entendía. Para que reaccionara, Soledad me puso la mano en la oreja, tapándose la boca, como para decirme un secreto, pero dijo «Anita», y se apartó.

Salí corriendo, con la boca amarga por ese «dicen» que no comprendía y llena de sus labios en mi oído. Supuse que nos íbamos a pasar así lo que quedaba del curso. Yo anhelándola, queriendo de nuevo su cercanía, peleándome con una vergüenza que se prendía a la mínima, como la pinocha. Ya no me atreví a mirarla más; solo en clase, cuando se levantaba a leer o a contestar una pregunta, segura en el amparo de la mirada de las otras, levantaba la cabeza del pupitre y elevaba apenas los ojos. También la vigilaba de lejos en el patio, imaginando de qué se reía, resalada y altiva sin pretenderlo, tan diferente a mí como lo son un gato y un perro. Entonces corría a sentarme en la sombra fría que ya no era nuestra, para bajarme los calores que me subían hasta la raíz del pelo.

Lo que hubiera dicho la Ramona me provocaba un andancio sin fiebre, retortijones de miedo.

Sentí el paso de los meses en mi cuerpo mientras miraba florecer, de lejos, el de Soledad.

5. Ana María

«Doña Rosa tendrá que marcharse pronto, se creerá esta que puede seguir dando clase a las criaturas, vaya ejemplo», eso decían aquel verano, y a nadie se le ocurría disentir.

La panza de la maestra, ya bien visible, vino a enfriar nuestro pequeño escándalo. Y eso que la pobrecilla apenas salió de la casa desde que acabaron las clases, a pesar de que refrescar los pies en el río le hubiera venido de perlas. Si me la encontraba comprando —esas eran sus valientes incursiones— la miraba con una sonrisa que pretendía que ella entendiera amable, pero lo cierto es que nunca me atreví a decirle nada.

Pienso ahora en cómo todas somos cómplices hasta en lo pequeño.

El caso de doña Rosa aceleró la decisión de mis padres: ya tenía edad suficiente para continuar mi formación con un profesor en casa el último curso. Así, cumplidos los catorce, podría marchar fuera a examinarme.

A mi padre todos le traían el correo para que se ocupara de leérselo y, de ser necesario, redactarles la contestación, por lo que a falta de hijos varones no le quedaba otro remedio que intentar hacer carrera conmigo, como esperaban todos. Además, había surgido la oportunidad de un maestro nuevo, don Francisco, que se había casado con una chica de Pedroñera y al que mi padre había tentado con buen dinero para que se desplazara a diario hasta Las Gargantillas en el coche de línea que recorría el valle.

Yo no dormía pensando cuál sería la suerte de Sole ese año. No había vuelto a hablar con ella desde que me susurró lo que pasaba al oído, había estado el verano mirándola de lejos, huyendo si por casualidad nos cruzábamos, temerosa de que, por vernos juntas, se

desataran de nuevo los chismes. Soledad ya había cumplido los catorce y no podía continuar estudiando en la escuela, pero para hacerlo en casa había que tener avíos.

Pensé que aunque ella no se hubiera ido todavía del pueblo, sin coincidir ya en clase, tan solo podría verla en algún mandado, o con toda seguridad los domingos, en misa, que no era sitio para hablar, si es que conseguía alguna vez reunir el valor para hacerlo.

Con aquella incertidumbre y una inquietud lóbrega empecé el curso yo sola, en la mesa del brasero que tenía mi madre en la sala pequeña. A don Francisco mamá le ofrecía café con perrunillas y le señalaba el botijo que guardaba al fresco para que se remojara el gaznate si se le resecaba de tanta explicación. Era un hombre joven, delgado, al que se le acumulaba la saliva espesa en las comisuras de los labios como botoncitos de nácar. Olía al betún con el que se lustraba los zapatos. Avanzábamos rápido en las materias, sin la distracción de otras chicas. Muchas veces me hacía la cansada, cerraba los ojos y pensaba en Soledad, como si pudiera invocarla, ganándome fama de floja con el maestro y la preocupación indulgente de mi padre.

El primer domingo comprobé que ella seguía en el pueblo y que preparaba el título de bachiller elemental junto a otros niños que estudiaban en casa. Me alegré porque sus padres hubieran hecho el sacrificio, y luego me entristecí, pues quizá la vería y no podría hablar con ella. Así fue: al salir de misa la observaba juntarse con las otras de su edad; sus cuchicheos y sus risas me sonaban como un batir de tórtolas. Mientras, yo debía caminar junto a mis padres, tomar a su lado el aperitivo, relacionarme con los hijos de los padres que frecuentaban los míos, y que, por supuesto, no incluían al Francés.

Casi todos los domingos mis padres coincidían con la Ramona en el bar del Jaci, donde se hacía la primera parada después del precepto. En el pueblo solo había entonces dos bares y aquel era el más cercano a la iglesia. La Ramona se quitaba la bata negra habitual y se empingorotaba como si le fuera a salir novio a su edad.

Papá la invitaba a un mosto, ella se dejaba invitar y lamentaba no poder traer al Quili, su padre, viudo desde siempre, que apenas podía moverse y así tenía ella los huesos de molidos, válgame Dios. Eso decía ella siempre y todos le respondían cómo se tenía ya ganado el cielo, que era justo lo que ella quería oír. Seguramente aquello era para ella mejor que un novio. Es curioso cómo se fijan estas cosas en la memoria. Solo años después pensé que mi padre intentaba ganarse su favor con tanta adulación, porque la solución académica que me habían buscado excedía sus posibles.

Estaba estudiando Historia de España en la mesa camilla de la sala cuando oí a mis padres en la cocina. Que se dirigieran la palabra era raro: nunca conversaban, solo se contestaban. Intenté escucharlos, pero debieron sentirme porque se pusieron a hablar del sexo de los ángeles, o de algo igual de absurdo, en alta voz. De todas formas me olvidé pronto y fue don Francisco el que me explicó que íbamos a tener compañía. No imaginaba el porqué y me enfadé un poco, no quería un zopenco, un muchacho al que el maestro le riera las gracias. Le pregunté a mamá y ella zanjó el tema enseguida. Concluí que eso eran asuntos de mayores, economía doméstica, y que yo no podía mostrarme tan malcriada.

El siguiente miércoles mi nuevo compañero fue Soledad. Primero pensé que era una broma de mal gusto, ¿pero por qué mis padres consentirían tal cosa? Luego, que era una equivocación. Pero Sole seguía ahí, de pie, mirando al suelo, mientras mis padres se la presentaban a don Francisco. Me alegré tanto. Fue como si por dentro tuviera una serpiente que hubiera hibernado durante el verano y ahora despertara con un buen mordisco a mis entrañas. Sentí que estaba viva cuando no me había dado ni cuenta de que había muerto. ¡Sole! Nos saludamos y se sentó enseguida al otro lado de don Francisco, que empezó a explicarle las lecciones muy rápido y le pidió que hiciera un esfuerzo para recuperar en casa, como si en tan poco tiempo la dedicación exclusiva del maestro me hubiera aventajado de manera asombrosa. A la hora del descanso mamá nos dio unos higos y nos mandó a la calle, a que nos diera el

aire. Sole y yo nos sentamos en un poyete. No habíamos hablado desde aquel «Anita» que me dijo al oído.

—Si no quieres hablar, mañana sacamos los blocs y pintamos este rato, que aún hace bueno —me dijo.

—Sí —contesté. Pero no es que no quisiera hablar, es que temía que mis primeras palabras me despertaran de un sueño.

—¿Lo prefieres? —Ella parecía perpleja, o quizá triste—. Es que no sé qué te pasa —añadió.

—A mí nada, ¿qué tal el verano? —le dije cuando ya pude reaccionar.

Ella me miró masticando un higo que acababa de meterse en la boca.

—Bien. Ya me has visto —dijo sonriendo.

—Bueno, sí —admití con la boca seca por la pasta dulce que yo también masticaba—. Tengo que beber agua.

La miré y luego miré la punta de mis botas para no sonrojarme.

—Anita, no me he hartado de hacerle recados a la Ramona todo el verano para que ahora no podamos ni hablar.

Me quedé perpleja y se me escapó la risa. «¡La muy ladina!», pensé, y también si todo aquello no había sido más que una estratagema rebuscada de la Ramona para tener recadera gratis.

—Vamos a la fuente a beber —le dije.

Me había puesto roja del todo y solo se me ocurrió aquello.

—¡Pero si estamos aquí al lado de tu casa!

—Por eso.

Fuimos corriendo. No estaba lejos pero sí fuera del alcance de la vista de mi madre si se le ocurría salir, y también de don Francisco, que fumaba fuera, recostado en la pared encalada, con prematura pinta de erudito.

Bebimos cada una de un caño. El agua bajaba directa del monte y salía tan fría que dolía en la boca. La calentábamos en un buche antes de tragar para que el hielo no nos quemara por dentro. Retuve así el último trago y le escupí el agua. En la cara y en la bata de la escuela que ella aún usaba del curso anterior. Como si yo fuera un

caño de carrillos henchidos, uno de esos angelotes que adornaban las fuentes de postín que salían en las postales que le traían a mi padre para que se las leyeran. Ella se quedó parada del susto y luego rio, se arremangó con un gesto de desafío y metió la mano en la pila para levantar el agua como si fuera Moisés. Una ola helada empapó mi bata nueva.

Reímos de vernos así, su pechera empapadita, el pelo mojado, yo pingando de cintura para abajo, hasta los zapatos.

Volvimos a casa de aquella guisa y mi madre nos riñó. No sabía si mandar a Soledad de vuelta a la suya para que se cambiara o buscarle algo entre mis ropas que le sirviera mientras tendía lo mojado al sol. Al final hizo lo último, con cara de circunstancias y asegurándose de que cada una se cambiaba pudorosamente en una habitación.

Aquella noche papá y ella volvieron a hablar. Esta vez sobre el fondo chirriante de alguna emisora de la radio de la sala. Temí que la paz entre Sole y yo nos pasara factura. Imaginé de todo. Me dormí sonriendo, pensando en su pelo pegado que mojado era oscuro y no ese rubio pardo del campo agostado, en lo chica que se le estaba quedando la bata porque aún no le habían comprado una nueva. Pensé muchas veces que si volvían a separarnos me escaparía, recé por cosas por las que pensaba que estaba mal rezar.

Pero Soledad regresó a la mañana siguiente como si nada hubiese sucedido. A escondidas de todos le puse una vela a la imagen de la Virgen de Fátima. La Paca nos la había traído el día anterior, todo el pueblo la veneraba en casa por turnos estrictos, y se ocupaba de cuidarla bien porque era generosa y milagrera. Pronto volvimos a pasear hasta la fuente a la hora de la pausa. No quisimos mojarnos más, para no romper el hilo frágil de la oportunidad que se nos daba. A veces, sin embargo, sentía calor a su lado, una humedad desconocida que no le confesaba y en la que me regodeaba dulcemente por las noches.

Aquel curso pasó en un suspiro. Las clases parecían cortas, los descansos cortísimos, las tardes nuestras y cortas también. En el

verano, yo con los catorce ya cumplidos, me dejaban más. Soledad me animó a unirme a su pandilla; eran niñas mayores, de quince. Me atreví al fin a algunas cosas, pero siempre pendiente de que mis padres no me cortasen las alas pequeñas que me habían permitido a regañadientes. Por aquel acto de confianza depositaban su apariencia de respetabilidad en mis manos y el tránsito era doloroso para todos. No me importaban las prohibiciones complejas, casi infinitas —no vestir pantalones, no ir con fulanito o menganita si se juntaban al grupo, evitar frecuentar algunos sitios, estar siempre a la vista—, tenía reciente el tiempo en que había estado separada de Soledad, esos meses vacíos.

Escribía un diario en mi cabeza. Era así de secreto. Con muchas páginas. Escribir algunas me daba vergüenza. En todas, Sole y yo.

6. Ana María

En septiembre dejamos el pueblo las dos. Empezamos una febril correspondencia en la que dedicamos mucho tiempo a ponernos al día de las novedades que había en nuestras recién estrenadas vidas de estudiantes, libres de las estrechuras del pueblo, más anónimas.

Todos los chavales de Las Gargantillas que estudiaban fuera lo hacían en Ávila. Yo, sin embargo, lo hice en Salamanca, porque mi padre era de un pueblo de la provincia y tenía contactos con familias de la capital. Aquel hospedaje en casas de conocidos, a los que se les pagaba, era una fórmula común para los que éramos de pueblo, una prolongación de la tutela que daba una mayor confianza a los padres. El señor Lucio y doña Petra, sus hijas Pili y Conchita, fueron mi familia esos años de joven estudiante.

Ávila y Salamanca distaban lo que nos parecía una enormidad; salvábamos aquella separación dolorosa con cartas diarias que nos hicieron entender que ambas teníamos una rutina casi calcada de clases por la mañana, estudio por la tarde y paseos el domingo.

La ausencia de Soledad fue más fácil de llevar gracias a todo lo que me llenaba los ojos: las multitudes, los escaparates, los cafés, la magnificencia de la plaza Mayor, la modernidad. Comprendí lo pequeño que había sido nuestro universo hasta entonces y que parte de nuestra obligación allí consistía, en verdad, en refinarnos lo suficiente para pasar por chicas de la capital, quitarnos aquel pelaje de pueblo que era como vestir una bata gris.

En nuestras cartas hablábamos de las familias que nos hospedaban, la ciudad y lo que ofrecía, de los chicos —ella de los del seminario que estaba a la vuelta de su academia, yo de los tunos que a veces alborotaban las calles—, de las clases y los profesores,

de nuestras compañeras, de una tal Araceli, la mejor amiga de Soledad, simpática y guapa. Odiosa.

Volvimos a encontrarnos en el verano.

Las Gargantillas. Junio, julio, agosto, fundidos en amarillo y radiantes.

Soledad tenía dieciséis años y yo quince.

Aquel verano fue caluroso, plagado de incendios. Parecía que cada tanto teníamos un verano así; el pueblo se inundaba de un resplandor rojo, como si durante todo el día estuviera empezando a anochecer. Vigilábamos atentamente la distancia del fuego, la dirección del viento, olfateábamos el aire. Se volvía el único tema de conversación, y si llegaban a llover cenizas, se apoderaba de la gente un terror silencioso. La radio, siempre prendida en el salón, me parecía una plañidera inagotable. Sole y yo, sin embargo, teníamos la cabeza en otras cosas. Bajábamos a bañarnos al sitio que llamaban Las Playas, nos convertimos en asiduas en la cueva del Antonio. Subíamos al monte con cualquier excusa, a recoger piñas secas, a llevarles a los padres el almuerzo si andaban allí haciendo cortafuegos.

Éramos el rumor de un río.

El Daniel se mostraba ya conforme con nuestra amistad; ni siquiera extrañaba que todo el día anduviéramos juntas. Supongo que valoró que yo, al fin, tenía fama de buena chica y que su hija fuera mi amiga suponía una oportunidad de progreso en el sencillo escalafón del pueblo. Además, la Ramona callaba. Por eso, muchas tardes jugábamos parchís o cartas en su casa y yo la iba a buscar sin ocultarme. Echábamos las horas en su patio quemado de sol a la hora de la siesta, bajo la parra, gritando si había avispas. Nuestra única compañía eran las señoras que se asomaban por las ventanas de enfrente, quizá deseando darle a la Ramona noticias frescas, alzarse con el trofeo aún indiscutido de vigilante de la virtud.

Aunque no lo creía posible, cuando Sole me tocaba en nuestros juegos, yo temblaba más que nunca, más aún, cada vez más, como si fuera un perol a la lumbre, casi lista. A veces disimular el temblor

me costaba tanto que pensaba en irme, en correr como aquella vez que Soledad me llamó tonta.

Nuestro deseo acabó por explotar. Fue por algo tan absurdo como las historietas: vino mi tío de Madrid unos días antes de las fiestas. Me trajo almendras garrapiñadas y también tebeos y revistas para chicos de las que solo traía el Jota a su tienda de la calle del Rollo, de Pascuas a Ramos.

Fui corriendo a casa de Sole después de comer. Todos los tebeos que teníamos estaban manoseados, cambiadísimos: los habíamos leído cientos de veces. Nos sentamos en su patio y dejé que sostuviera ella la historieta y la leyese en voz alta para las dos, pero bajito, porque era la hora en la que el calor hacía que hasta las moscas pararan de zumbar, respetando el inviolable silencio de las cuatro. Era una historia del Capitán Trueno, mis preferidas; ya la había leído rapidísimo mientras mamá freía pimientos para la comida. En esa aventura participaba Sigrid, la novia de Trueno. Hacía tiempo que era mi personaje favorito, pero me había guardado de confesarlo y hacía que suspiraba por el Capitán, como Sole. Aquella siesta, sin embargo, me quedé mirando a mi amiga mientras leía e imaginaba la voz de cada personaje sobrepuesta a la suya, a excepción de la de Sigrid, que era su misma voz. No me resultaba difícil porque Soledad también era rubia y tenía el talle delgado y el rostro decidido y valeroso. Cuando se dio cuenta de que la miraba interrumpió la lectura y no tuve escapatoria.

—Es que te pareces a Sigrid —le dije.

—¡Hale, si es guapísima!

—Claro, por eso es la novia de Trueno —insistí.

—¿Quién te parece más guapo?

La pregunta de Sole me ponía en un aprieto. Debía decir que Trueno, pero no me parecía guapo, tampoco Crispín. Podría apreciar en los dos muchos talentos, pero apenas reparaba en la belleza que el dibujante había pretendido, ¿por qué tenía que ser yo tan rara? Hacer una broma sobre Goliath me pondría aún más en evidencia. Decidí decir la verdad:

—Sigrid. Es muy guapa y valiente. Y fuerte.

—Sí, es verdad —confirmó Sole.

—Me gustaría parecerme a ella, a lo mejor algún día —dije.

Sole me sorprendió:

—¿Y tener que gobernar un reino? Te recuerdo que es reina y que tiene muchas obligaciones.

—Pero lo hace bien. Es lista y es buena con sus súbditos —aclaré.

—Pues yo no estoy segura de querer eso.

Después de eso Soledad se quedó en silencio y yo también. Al final dije:

—¿Qué es lo que quieres?

Nunca habíamos hablado de ello, pero lo supe antes de que me respondiera. La libertad: el matrimonio. Entonces los padres nos ataban corto y los de Sole aún más. Los del pueblo no lo decían, pero pensaban que su belleza salvaje y su inteligencia no correspondían a su clase y deseaban de una forma perversa que las cosas se ajustaran a su orden natural. Yo sentía cómo, sin decirlo, todo eso la alejaba de nosotros, del pueblo, de mí.

—Si yo fuera Sigrid, querría que el Capitán se casara conmigo de una buena vez y no me hiciera esperar tanto —me contestó—. Y que me llevara con él a conocer muchos sitios.

—Bueno, pero te pareces —insistí. En realidad quería desviar la atención de la pregunta inicial y del camino que había tomado nuestra charla.

—Por el pelo rubio —afirmó, y a mí me pareció por un momento que había conseguido mi objetivo.

—No, por todo. Yo no sé si quiero esas cosas normales —admití en un alarde de valor que me desconocía.

—Eso es por tus padres, con todo ese asunto del estudio, pero ya te digo yo que, en el fondo, lo que quieren es que nos casemos, les demos nietos y que salgamos de aquí. Y que volvamos al pueblo con dinero en los veranos. Callarle la boca a todas las pazguatas esas. —Hizo un gesto circular con la mano, como abarcando las casas de

alrededor, las viejas cotillas en sus ventanas. Era un gesto de hartura.

—Pero tú es lo que quieres —dije sin saber si más bien estaba formulando una pregunta.

Soledad me miró grave. Otra vez con aquella seriedad que no entendía. A lo mejor eran palabras que no quería decirme, pensé, porque abría mucho los ojos como para que leyera en ellos. Después bajó la cabeza y cerró el tebeo, dejando la mano derecha dentro para marcar la página. Posó la izquierda en el hueco pequeño que había en el banco entre las dos, casi rozando la mía. Le vi en la cara el ritmo acelerado de sus pensamientos y recordé aquella vez que le toqué la mano con esa suavidad y ese miedo y admití que quizá —lo deseaba tanto— esto era otra oportunidad como aquella, como la de la rata que me dio por pensar. Arrimé aún más mi mano a la suya. Quería que supiera que aceptaba lo de Anita, fuera lo que fuera eso, aunque fueran esas cosas que pensaban los demás. Intuía que mis manos podrían aclarar algo de todo lo que nos latía a las dos plagado de dudas y miedo.

—¿Quieres que siga leyendo? —dijo.

Yo tenía la vista en nuestras manos, tan cercanas, pero levanté la cabeza.

—Vale. —Qué iba decir.

Soledad tenía el tebeo en equilibrio sobre los muslos. Lo abrió moviendo la mano que había dejado dentro y leyó las dos hojas expuestas. Cuando llegó al final, levantó la mano que tenía junto a la mía para sujetar la historieta y poder pasar la página con facilidad. Después, ignorando el balanceo de sus piernas, agarró de nuevo el tebeo con la derecha y dejó caer la izquierda encima de mi mano, como si en realidad hubiera estado todo el rato allí. Siguió leyendo pero yo ya no me molestaba en escuchar. La historia la bombeaba mi corazón, las viñetas parecían algo de niños.

Empecé a llamarla Sigrid en el diario secreto que me escribía en la cabeza, donde registraba todo y no me olvidaba de nada. El único lugar seguro para los auténticos secretos. Pronto, lo de leer en el

porche de su casa se hizo habitual, aquella manera sencilla de estar juntas y hablarnos con las manos porque decir las cosas en alto era difícil.

Pasaron las fiestas. Escribí en el diario interno aquel pasodoble que bailamos juntas fingiendo que nos hacíamos las duras con los chicos. Su cintura abrasaba, con la ropa tan fina. La noche se hacía de rogar —hacia mediados de agosto aún era tardona—, pero después de las fiestas ya se notaba el final del verano. Siempre hay en esos días una luz de tristeza, la vida parece más lenta, las jornadas se acortan poco a poco y el primer frío se desliza desde el monte. Las dos volveríamos a irnos en una semana. Me pareció que aquellos últimos días íbamos corriendo a todas partes: nuestras madres nos encontraban siempre dispuestas a los recados, sin queja. Completábamos los mandados en un suspiro para buscarnos después, pero a las cuatro y media las campanadas de la iglesia tañían la hora mágica. Yo, con la connivencia de mi madre, salía de casa entornando apenas para no despertar a mi padre. Llegaba corriendo a casa de Soledad, que me esperaba en la puerta para que no tuviera que llamar. El agua del botijo de su patio me sabía a gloria y siempre que bebía recordaba el día aquel del pilón cerca de casa, cuando bautizamos la paz con agua y saliva.

Me moría por besarla. Hasta me había convencido de que eso no podía ser pecado. Nuestras manos llevaban muchos días agarrándose en aquel pequeño espacio que dejábamos entre las dos en el banco corrido de su patio, leyendo como excusa para nuestro juego de caricias del que nunca hablábamos. Ni siquiera cuando un día las manos habían dejado de agarrarse para empezar a acariciarse, la palma, el dorso, la muñeca, el blanco y suave interior del antebrazo. A veces, prolongábamos la lectura mucho más de lo que se les supone a dos chicas en edad de tener otros intereses. Ese día no queríamos que acabara, y el territorio del brazo se nos quedaba chico. Vente esta noche, cuando todos duerman, me dijo. En sus ojos había una súplica que no necesitaba. Me encogí de hombros y le pedí instrucciones. Era arriesgado, claro que sí. Pero

ahora, cuando miro atrás, pienso que casi todo lo era para nosotras, las chicas.

No me costó mucho permanecer despierta hasta aquellas horas. Releí las historietas que tenía, sin concentrarme, a la luz escasa de la farola de la calle que entraba por mi ventana. Solo en un momento me pareció que me había deslizado al sueño. Me sacó del sopor el tañido del reloj de la plaza. El corazón casi se me para al pensar que quizá me había perdido alguna hora. Estaba, otra vez, totalmente espabilada. Salí del cuarto para consultar el carrillón de la sala. No me había dormido ni los quince minutos entre el tañido de un cuarto y del siguiente. Con alivio, decidí vestirme y aguardar ya lista la media hora que quedaba. Creo que llegué a su puerta antes de lo acordado, de lo muchísimo que corrí. Por el camino no vi a nadie: todo estaba en silencio. El pueblo era distinto cuando todos dormían, un lugar de secretos que iba a descubrir. Yo también, quizá, iba a tener ya mis propios secretos. ¿Me besaría?, pensé. ¿Me besaría con lengua? ¿Nos tocaríamos más allá del antebrazo? Soledad era como una hoguera a la que yo corría. Ceniza eres y en ceniza te convertirás, decía el párroco de Sotomonte, encargado también de la iglesia del pueblo, cuando nos marcaba una cruz sobre la frente. Ser ceniza era un destino, no un pecado. Todo eso me daba vueltas en la cabeza cuando corría hasta allí, los pensamientos se agolpaban, velaban el ruido de mis pasos en la calle vacía. Por suerte, Sole debía llevar ya un buen rato en el portalillo, atenta a escucharme, así que abrió la puerta entornada en cuanto me sintió. Llevaba puesto un camisón de flores sencillo. Yo era una extraña a esas horas, sin luz, tan vestida. De camino al dormitorio hicimos menos ruido que si fuéramos de aire. Ella volvió a la cama que estaba deshecha y yo me desvestí deprisa para acompañarla. Las dos nos tapamos pudorosamente. Nos besamos, por fin. Como no podíamos reírnos, nos tocamos la sonrisa en la oscuridad. Si algo me reprocho ahora es esa prisa que tuvimos porque era más el miedo que el deseo. Qué tontas. Yo la toqué primero: era más fácil así, yo estaba completamente desnuda y ella

no. Mi mano le alcanzó algún punto entre el pecho y la tripa, protegido por la tela de algodón. No cerró los ojos, ya no sonreía, tampoco temblaba como yo. Como si aquello hubiera sido una señal, estiró la mano y me acarició un pecho que sentí tan duro como una fruta verde. Al mismo tiempo un látigo entre la tripa y el pubis me azotó fuerte: sus dedos fríos me derretían. Se incorporó un poco para quitarse el camisón. A la pequeña luz que entraba por las rendijas de la contraventana alcancé a ver su cuerpo como de miga de pan, con la piel crujiente de electricidad estática. Después de eso recuerdo poco, sus manos como mariposas, la boca besándome por todas partes, ruborizándome al principio, luego no. A veces pienso que me desmayé, pero sé que no fue así, era la sensación de sueño que lo invadía todo. Aunque me pareciera mentira, estaba ahí mientras ella me acariciaba los pechos, me lamía un pezón, me besaba el ombligo. Con el vello erizado explotaba de asombro, me dejaba llevar. Sole se apretaba contra mí, sus caderas buscaban el modo de acoplarse a las mías. Quise corresponder y temí que sus gemidos silenciosos traspasaran las paredes de la habitación. Hice algo que ella aún no había hecho. Bajé la boca y la puse entre sus piernas, depositando breves besos, acariciándome los labios con su pelo abundante. Me susurró que la abriera y la busqué con los dedos. Sin luz su interior era oscuro, con un brillo como el mar de noche. Me empapé de ella los labios, la nariz, la barbilla y ella quiso que la besara después. Un impulso me hizo coger su mano y ponerla en el mismo sitio entre mis piernas. ¿Estás segura?, preguntó. Abrí los ojos. Después dijo que podría romperme el himen con los dedos. Sentí mi cuerpo tenso de pronto. Ella también lo notó. Apartó la mano de ahí abajo. Es que podría desvirgarte, me dijo. Cerré los ojos, otra vez. Esta vez no para sentir más, sino para contener las ganas de llorar que me habían entrado de pronto. Comprendí que Soledad tenía razón, que ni ella ni yo podíamos perder la virginidad así. Me besó y me dijo que solo lo haría si yo quería, que le habían dicho que algunas chicas perdían la virginidad por una caída, que era verdad que algunas veces no se sangraba. Negué con la cabeza.

Ninguna queríamos ser esa excepción. Además, si manchas las sábanas y no tienes la menstruación, qué le dirás a tu madre, dije, como si lo importante fuera eso. Nos besamos otra vez y cuando la sentí con la boca allá abajo tardé más en contraerme y agitarme como ella lo había hecho. No podía dejar de pensar en que yo no podría casarme con ella para repararla, como cualquier mozo podría hacer. Pensé en lo fácil que era para un hombre conseguirse así una mujer, cualquiera que deseara, también a Sole. Cuando sentí venir una oscuridad como una luz que se apaga de pronto sentí que subía, pero me quería quedar allí, al lado de Soledad. No pude. Todo mi cuerpo estaba tenso, como si lo estiraran con una cuerda desde el ombligo, mi voluntad no existía más que para desear aquello que me sobrevenía. Después, la cuerda aflojó y en la caída hubo olas, calor y también frío como al meterte en el mar. Cuando pasó apreté fuerte los ojos, las lágrimas de antes se escaparon. Las sequé poniéndome la almohada en la cara. Pareció que quería ahogar un grito, aunque no iba a hacerlo. Solo gritaba por dentro, aún.

7. Ana María

Después, apenas un par de días antes de que tuviésemos que dejar el pueblo, me parecía que el corazón me pinchaba tanto que a cada rato me faltaba el aire. No podía hablar. A veces, ni siquiera cuando me encontraba con Soledad. Corríamos a estar juntas como antes, pero con más urgencia aún, como si estuviéramos pendientes de otra oportunidad, sabiendo que no la habría. Nos mirábamos. Sobre todo nos mirábamos, pero no nos decíamos nada, incrédulas y felices. Teníamos miedo de lo que había pasado, de lo que nos había pasado, de que alguien nos lo notara. Huía de casa para no recordar que pronto me iría, porque cuando estaba por partir todo en casa era un barullo de bultos. Preparar el equipaje no era baladí. A mi padre le gustaba dejar todo muy bien empaquetado, se enorgullecía de sus nudos, de los atadillos complicados que hacía a las valijas y que luego me tomaba medio día deshacer. Durante el curso anterior había tenido tiempo de ir aleccionando por carta a mi madre sobre lo que se estilaba en la ciudad, y ella se preocupó de que la modista —solo había una en Cabezuela, que trabajaba a destajo— siguiese mis indicaciones. No sentía emoción alguna, sin embargo, cuando pensaba que pronto estrenaría aquellos trajes. Soledad lo llenaba todo, y su ausencia tan inevitable me agujereaba el pecho.

Yo me fui primero. ¡Las ganas de llorar que tuve que aguantarme durante aquel viaje, que llegué con la garganta hinchada como si me hubiera tragado un palo ardiendo! A la noche, ya en destino, de nuevo en casa de la familia que me acogía, con los dedos enrojecidos de desatar nudos de cuerda basta, mostrados los vestidos nuevos, el sombrero que no sabía si me atrevería a ponerme, unos botines y unos zapatos a estrenar, caí en la cama y lo lloré todo: la suavidad de Sole, su mano que apretaba la mía

sobre el banco, las caricias de incendio en la blancura del antebrazo, su piel que guardaba el calor de la ropa de cama.

Nos escribimos pronto. Hasta Navidad fue puro frenesí de historias que iban y venían con la caligrafía pulcra que nos había enseñado la señorita Rosa. Como nuestro secreto lo era tanto, convinimos antes de irnos las claves para hablar de ello en las cartas y que así nadie pudiera entenderlo. Cuando hacíamos referencia a algo de lo que entendíamos como *nuestra historia*, sabíamos que nos recordábamos la una a la otra, que nos añorábamos y nos deseábamos con la fuerza de la distancia. *Qué bien pintas* era qué bien besas. *Echo de menos al Capitán Trueno* quería decir me muero por tenerte cerca. Las referencias al calor en el verano eran siempre alusiones a nuestra noche. *¡No me importa el calor! ¡Echo tanto de menos el pueblo! Incluso cuando el bochorno no te deja dormir*, le escribía desde la cama, añorándola conmigo. Por primera vez en mi vida lamenté no volver a casa en Navidad. Desde pequeña visitábamos a la familia de mi padre por aquellas fechas, y, al estudiar yo entonces cerquita de mis abuelos, me iba derecha en un autobús de línea o, si había suerte, aprovechando el viaje hasta allá de algún conocido. Lo que otros años había sido un privilegio —nadie más en el pueblo lo hacía— y un cambio esperado, este año era un castigo divino que me apartaba de Soledad hasta al menos la Semana Santa. Entonces aquel tiempo se me antojaba más largo que un día de ayuno.

Pasamos así una primera Navidad epistolar. Sole me contó de las fiestas en el pueblo, de las otras amigas, del frío que hacía *en todos los sentidos*. La sentí cerca aunque no lo estuviera. El veinticinco mi padre me dejó ponerle una conferencia. Tuvimos que ir al ayuntamiento, porque aún no había teléfono en casi ninguna casa. ¡Sus majestades de Oriente me habían hecho un regalo por anticipado!

La vuelta a la normalidad supuso una alegría, cada jornada igual a la otra era un día menos hasta las siguientes vacaciones. Sin embargo, enseguida las cartas de Sole comenzaron a espaciarse.

Hasta entonces la correspondencia había sido tanta que raro era si faltaba la visita del cartero. De pronto, el tiempo creciente entre mis cartas abrumadoras y sus respuestas lánguidas me decía cosas que no quería escuchar. Por primera vez conté las cuartillas que viajaban de ida y de vuelta.

Sole dejó también de hacer cualquier referencia a nuestro secreto por lo que yo cancelé mis alusiones. Tenía mil dudas, quería preguntarle si acaso se había arrepentido, si había reflexionado y se sentía avergonzada, como de pronto lo estaba yo, cohibida ante su falta de entusiasmo. Pero no encontré el modo de hablar de ello sin mencionarlo expresamente. Éramos unas niñas enfrentándonos por primera vez a todo eso, y aquel lenguaje que habíamos inventado existía solo para amarnos, no habíamos previsto cómo hablar de desamor. Seguimos escribiéndonos, por supuesto, pero había algo que les faltaba a sus letras: hablaba poco o nada de lo que hacía en sus ratos libres, volvía siempre a lo mismo, a la gente conocida, a todos esos lugares manidos que me parecieron una defensa, una forma de dar cumplimiento a la obligación postal en la que me había convertido. Antes de la Semana Santa me enteré por mi madre de que la familia de Soledad se desplazaría a visitarla esos días de vacaciones escolares, en vez de ser ella la que volviera al pueblo. Aquello era algo insólito y, aunque no pude tirarle de la lengua a mi madre, estaba segura de que el pueblo bulliría en especulaciones, azuzadas por la chismosa de la Ramona. Su fantasía solo servía para transformar cualquier suceso en sospecha. La noticia del viaje de la familia de Sole me atravesó por la certeza de que no la vería ni tendría la oportunidad de aclarar qué nos había pasado, y por el presentimiento negro que acompaña siempre a los cuchicheos. Si el río suena…, pensaban todos. Recuerdo que aproveché que aquellos días eran de recogimiento religioso para escabullirme todo lo que pude de las obligaciones sociales. No podía faltar a las misas ni a las procesiones, pero después me iba corriendo a casa, esgrimiendo la dificultad de las materias, todo para no escuchar los imperiosos

debates sobre qué era aquello tan urgente que les había obligado a salir corriendo, como si les fuera a caducar un premio.

De vuelta a Salamanca me hice el propósito de no escribir más a Sole. Comprobé así, al poco, que si ella lo había advertido no le preocupaba tanto como para pedirme explicaciones. Al parecer tampoco me echaba de menos lo suficiente como para tomarse el tiempo de dedicarme unas líneas.

Acabé muy bien el curso. Decidí estudiar para matar el desasosiego del alma aunque fuera difícil sustraerse a lo que ofrecía la ciudad: los estudiantes que se divertían, la posibilidad y la libertad confundidas, aquel espejismo tan lejano a la vida en el pueblo. Aun así, el rechazo de Soledad me hacía verme mal con cualquier cosa, esquivaba las miradas, los elogios, las invitaciones. Con ese ánimo volví a casa.

Qué difícil fue disimular ese verano que compartía la alegría de todos los que regresábamos por aquellas fechas, mantenerme impávida en los reencuentros, siempre pensando que en cualquier momento alguien me daría noticias de Soledad. Temí las invitaciones a bajar al río o a subir al monte para asar chuletas, las excusas habituales para festejar el buen tiempo. Los dos primeros días el corazón me brincaba cada vez que escuchaba la puerta, pero nunca era Soledad. Mi madre al fin tenía a quien mandar a los recados, así que aproveché la primera salida para pasar por delante de la casa de Sole, que vi cerrada a cal y canto. Era algo tarde y, con el calor, pasado el mediodía todas las casas andaban con las persianillas echadas, así que para saber de ella tendría que atreverme a buscarla o esperar a que me llegara, por cualquiera, algún chismorreo.

Al segundo día no aguanté más y me decidí a picarle en la puerta. Me abrió su madre. Parecía contenta de esa forma exaltada que resulta sospechosa. Hizo salir a mi amiga. Tanto protocolo me extrañó: hasta entonces yo había entrado a buscarla directamente. Me senté en la mesa camilla que tenían en la sala hasta que la vi aparecer e hice amago de levantarme para irme con ella. Su madre, sin embargo, me paró las intenciones ofreciéndome limonada y unos

cortadillos. Por toda respuesta dejé caer el culo en la silla otra vez. Miraba a Sole, esperando quizá alguna señal cómplice, deseando tanto que le asomara al rostro que, por dentro, no paraba de inventarme excusas para justificar su cara impasible. Se sentó y la miré otra vez. Le pedía con la mente que me hiciera muecas, como aquella vez con don Francisco. Se lo pedía con tanta fuerza que me extrañaba que no lo oyera. Una amiga de Salamanca me había dicho que la mente era capaz de aquello y mucho más, que bastaba desear algo con todas tus fuerzas para que se abriera un canal mágico de comunicación con tu objeto de deseo. Sole se puso a comer pastas para mostrarse ocupada —recuerdo estar asustada de su voracidad—, y fue su madre quien habló casi todo el rato mientras yo solo pensaba ya en alcanzar la calle y correr a casa, a mi cama, a mi almohada. La madre parloteaba sobre las maravillas de que Sole se hubiera prometido con un chaval tan apañado. Pareciera que la felicidad les hubiera invadido la casa como el bochorno en agosto. Yo tenía muchísimo calor, me ardían las piernas y la cara, toqué con el pie a ver si es que tenían el brasero encendido bajo las faldas de la mesa, ¡en verano! No era lo mismo imaginarlo que confirmarlo. Para mayor tortura, la madre me informó de que pronto vendría Ernesto —se llamaba así—, que ya lo conocería, ya, qué chaval tan majo, ya iba a ver. Tenía trabajo y todo, me dijo. Yo no paraba de beber limonada para que no se me notara el azoramiento. Recordé la carta en la que Sole me lo mencionó. Había ido por la casa de la familia que la alojaba, para ofrecer servicios de reparaciones en general. Después se lo había encontrado al salir de la academia; esa coincidencia fue por la que me lo contó y yo no le había dado más importancia que a cualquier anécdota. Ella no le había vuelto a mencionar. Imaginé todas esas coincidencias que no eran tales y cómo pronto no les había hecho falta ni disimular. ¡Cómo no había sospechado!, ¿por qué había estado tan ciega? En Valencia, añadió Sole bajando la mirada, tiene trabajo en Valencia. Yo estaba tan avergonzada que si me hubiera dicho que era de Tombuctú hubiera reaccionado igual, callada como

una monja que hubiera hecho voto de silencio. Es de por allí, dijo Sole, ha encontrado trabajo en un hotel, de mantenimiento. ¡Y que se casan!, añadió su madre, casi como si aplaudiera, pasando a loar de tal modo las maravillas del hotel que por un momento pensé que si era suyo. Después me aclaró que Soledad no salía mucho, que andaba entretenida bordando el ajuar, que lo tenía abandonadito. Las amplias sonrisas de su madre contrastaban con la tímida de Soledad, que solo abandonaba la inexpresividad para esbozar una ligerísima sonrisa, como una mujercita responsable y modosa. No reconocía a mi amiga en la chica sentada a mi lado, aunque, ¿cuál de las dos era Sole? ¿Era la de verdad la mía, o era aquella? ¿La que me besaba en la cama y me escribía a diario o aquella que zampaba ansiosa?

—¿Y cuándo os casáis? —carraspeé.

Sole fue a contestar, pero la interrumpió su madre confirmándome que ya mismito, en cuanto Ernesto se pudiera venir para el pueblo, porque no podían estar el uno sin el otro, que estaban hechos un par de tórtolos.

Soledad se revolvía ahora en la silla.

—Mamá, ¿puedo enseñarle a Anita el vestido? —dijo ella de pronto.

La madre tardó más de lo preciso en responder. Seguro que le fastidió que me llamara Anita. Pero dijo que sí. Y que no lo sacáramos de la funda, y que nos diéramos prisa.

Nos levantamos y fuimos a la habitación. Esperaba que Soledad se mostrara aliviada por salir de la vista de su madre, que me hiciera ya la señal maldita, pero parecía tan tranquila que me daban ganas de agarrarla del pelo. La última vez que había estado en su dormitorio fue aquella noche, nuestra única noche, hacía ya casi un año. Miré la cama sin poder evitarlo, mientras ella abría el armario y descolgaba una prenda larga, envuelta primorosamente en una tela blanca impresa con el nombre de una tienda de moda nupcial. La ayudé a extenderla con delicadeza sobre la cama. Desabrochó la

funda lo suficiente para que comprobara los detalles del cuerpo y la falda.

—También llevo velo —dijo—. Yo no quería, pero mi madre insistió en que era necesario. ¿Quieres verlo? Es de tul, bordado abajo con unas rosas.

—No —susurré.

Ella debió darse cuenta de mi azoramiento:

—Anita —dijo despacio como en aquella ocasión, y otra vez me cogió la maldita mano.

Se la llevó a la tripa.

Era la primera vez que notaba alguna emoción en ella. Tampoco era la Sole que yo conocía, pero sí una que podría parecérsele. Pero ya daba igual. Imaginé lo que iba a decirme a continuación:

—En realidad no es plana. Dieciséis semanas. Ya tengo ganas de notarlo —aclaró riéndose.

No por haberlo sabido unos segundos antes de que ella me lo confesara dejó de doler como si me partieran de arriba abajo.

Pensé en su primera vez con Ernesto. ¿Dónde habría sido? ¿En la casa de él? ¿Tendría casa? ¿En un hotel, una pensión? ¿Cómo habrían hecho? Ella le aseguraría que era su primera vez. ¿No lo era? ¿Acaso no lo era? ¿No le habría demostrado que sí lo era? ¿Y nosotras, y las cartas, y lo que nos habíamos dicho? Qué ignorante había sido, qué ingenua, qué me había creído. Yo no le había dejado rastro.

¿Acaso no había podido imaginarme todo esto?

Si el río suena, Ramona, si el río suena. Ramona tiene razón, recuerdo que pensé.

De pronto Sole tenía una sonrisa enorme, real, no como la de su madre.

Claudiqué:

—¿Le quieres?

—Sí, claro —dijo mientras volvía a asegurar el traje en su funda.

Mientras lo colgaba de nuevo en el armario pensé que yo le había preguntado por Ernesto, pero creo que ella me estaba hablando del

renacuajo. Le imaginaba el bebé como una gamba pequeña, como una araña de agua de las que habíamos cogido tantas veces en las pozas, flotando en el líquido de su tripa, enganchado a ella con las piernas y los dientes que aún no tendría, meciéndose mientras ella estaba cose que te cose, convirtiéndose en otra, sin ser más mi Sole.

8. Ana María

Aquellos días evité encontrarme con Soledad. No fue difícil porque ella apenas salía. Me la imaginaba bordando el ajuar y padeciendo, por lo poco hábil que había sido siempre con la aguja, la de tareas que le habría terminado yo, a escondidas, en la escuela. En casa me costaba ser la de siempre. Ya no escribía en el diario de mi cabeza para no llenarlo de páginas tristes. En vez de eso lloraba y procuraba disimular después. No lo hacía del todo bien porque mi madre me veía apagada, pero no sabía hablarme; lo de hablar de estas cosas con las madres es algo muy reciente, entonces a ninguna se nos ocurría mentarlas. Para aliviarme, sin embargo, me encargó para las fiestas de ese año un vestido como el que llevaba Massiel en Eurovisión, con el bajo rematado de ondas. Ella pensaba que yo, como todas, querría ser la chica yeyé del pueblo y que así, quizá, encontraría un pretendiente serio con el que ilusionarme.

Lógicamente mi padre se encargó de arruinarlo todo: el largo de mi vestido lo convertía en una especie de hábito de colores, por mucho que tuviera el bajo adornado a la moda. El «La, la, la» había sido como una bomba atómica, una explosión de felicidad y orgullo patrio que compartíamos niños y viejos. Incluso la llegada de los Beatles a España no fue nada en comparación. Yo me enteré de aquel concierto por las hijas de mi familia de acogida en Salamanca, que eran unas modernas, niñas bien de la *cité*. Pili había estado a punto de escaparse a verlos, qué aventura, pero se achantó y se pasó el tiempo de su actuación en Las Ventas llorando por su falta de valor. Creo que ella apreciaba más el caché que daba conocer al grupo que la propia música de los Beatles. Se suponía hermanada a nuestros contemporáneos europeos, transportada a una modernidad

que no existía aún por debajo de los Pirineos. Ninguna sabíamos inglés.

Sin embargo, la noticia de la victoria de Massiel, su canción, colmaba nuestras televisiones y nuestras radios, y, además, entendíamos lo que cantaba. Yo estaba ahíta de tanto himno festivo, tanto *congratulations and celebrations*, tanta vida como una tómbola donde todos encuentran el amor. Cuando sonaba aquella de los chicos con las chicas, pensaba en lo desgraciada que me sentía. Quería escuchar solo canciones tristes y para mortificarme ponía la segunda cadena, que acababan de estrenar casi, donde la programación era aún escasa y aburrida. La televisión estaba prendida desde buena mañana. A mi padre le gustaba escuchar la música de la carta de ajuste y ahora no puedo recordarla sin sentir la desazón en el estómago que me acompañaba entonces.

Aquel verano eché de menos a algunos amigos. No habían vuelto o se habían ido a trabajar a la ciudad; eran camareros, mozos de tiendas, aprendices en zapaterías, charcuterías o sastrerías. Nos habíamos hecho mayores pero perdimos el gozo de serlo, las promesas de dicha que aseguraban las canciones. Hasta la feliz noticia del principito recién nacido, Felipe, parecía la constatación de nuestro fracaso. Por primera vez entendí lo que era ser de Las Gargantillas. Los días brillantes de aquel verano no me invitaban a bañarme en el río, ni a enfrentar a mi padre por algo más de libertad. Esperaba paciente y triste a que terminara, volver de nuevo allí donde podía estar físicamente lejos de Soledad, donde podría olvidarla.

Tampoco para las fiestas Sole se dejó ver. En su casa intentaban evitar habladurías. Era una chica comprometida y como tal había de comportarse: debía esperar pacientemente al novio, arrobada de ilusión por su próximo enlace y con miedo a la libertad y a la noche de bodas. Yo pensaba que, a lo más seguro, el Francés andaría temeroso de que se le notara la preñez a la hija y que entonces nadie se tragara lo de que Ernesto era un buen partido y nada más. No la vi, no bailamos. La última noche de las fiestas todo el mundo

se propasaba con la limonada dulce, con el vino de pitarra, con el anís. Las comilonas duraban hasta la hora del baile y los bajos de las casas estaban abiertos e invitaban a seguir comiendo y bebiendo entre pasodobles. Cuando la orquesta recogía y sabíamos que el pueblo amanecería ya sin su estrado de tablones, sin las vallas que delimitaban las calles para los encierros, se dormía pesadamente, al arrullo del vino amante, como si en aquel breve intervalo pasáramos de un año al siguiente, igual que en la Nochevieja. Aquella noche Soledad me tocó a la ventana. Cuando la vi allí recordé aquello del poder del deseo y de la carretera sin curvas, mágica y fácil, ¿sería verdad?, ¿serían de verdad todas esas películas en las que ocurren milagros al final? Pero Sole solo quería enseñarme lo que estaba haciendo para el bebé y consultarme sobre unos puntos, eso me dijo. Salté yo a la calle por no despertar a nadie en casa. Mi ventana era tan baja que siempre andaba con cuidado de tener las cortinas corridas, pues más de una vez algún mirón me había dado un susto. Corrimos unos metros, agalastradas, hasta el amparo del lavadero cercano que ya no se usaba, pero aún ofrecía una buena pared de piedra para esconderse. Nos sentamos en el suelo con las piernas estiradas, imaginando algo de claridad más que sintiéndola, hasta que se nos acostumbraron los ojos. Frente a nosotras arrancaba el monte, una espesura de pinos que recuerdo casi negros a esas horas. Soledad se amilanó un poco, pero preferí no hablarle. En mi interior estaba convencida de que me debía una explicación. La luz de la luna permitía ver la vela, ya colocada sobre la cima del monte. Se la señalé para romper el hielo.

—Aún no es san Miguel —me dijo.

—Ya, pero queda poco. «La vela san Miguel la trae y san José se la lleva» —recité, y miré la nube baja y alargada que conocíamos en la zona por ese nombre, que ya estaba instalada prematuramente en su lugar.

—Para san Miguel ya no estaré aquí —dijo—. Ernesto vendrá a principios de septiembre. Vamos a casarnos en Sotomonte. Dice el cura que mejor que aquí, y a mi padre le ha parecido bien porque

así podemos celebrar el banquete en casa de mi tía Chon, que tiene un garaje grande y además se ha comprado un tocadiscos.

—¿Vais a ser muchos? —pregunté.

—En realidad no —confirmó—. Por la parte de Ernesto solo vendrán sus padres y su hermano. Y abuelos vendrán los de la parte de su madre, que son de Ávila también. Parece ser que sus padres no tienen buena relación con sus tíos, y sus abuelos paternos ya están mayores para moverse. Además solo hablan valenciano, son de un pueblo muy chico de allí.

—Nunca he estado en Valencia —dije.

—Ni yo —me informó, aunque ya lo sabía—. Creo que hace un calor húmedo que te suda la frente y entre los muslos, y se te pone el pelo indomable.

Me reí.

—Como tú —le dije recordando a la Sole de siempre.

—Qué cría, es un cirulique. —Se rio ella, imitando a su padre, pero parecía algo triste.

—Seguro que está muy bien Valencia. Hay playa y es la tierra de las flores, como dice la canción —le dije.

—¿Me la cantas? —me pidió ella, como tantas veces me había pedido.

—Ya no canto —contesté—. Es por una promesa.

Mentía y quería que ella me pidiera explicaciones. Pero no lo hizo.

—En Valencia queman cosas. Hacen muñecos de cartón y después los queman. Los prenden, ¿te imaginas? —dijo después de un silencio.

No sabía si lo decía por los incendios. Por las veces que habíamos mirado el horizonte por si venía colorado y se nos apretaba la tripa si acaso se levantaba un viento que trajera pavesas. Cuando la gente guardaba silencio, como nosotras ahora.

Al final Sole se decidió a abrir el paquete que traía. Yo seguía muda, aturdida. Mientras desenvolvía el hatillo me debatía entre esperar a que hablara o preguntarle, recriminarle quizá. Estaba a punto de hacerlo cuando sacó con mimo dos conjuntos de polainas y

jersey, de un blanco tan primoroso que tenían luz propia. Eran tan chicos que costaba creer que no fueran para un muñeco. Me acuerdo de que todo mi empeño era sacarle el tema, que me lo contara todo, qué había pasado, qué tenía Ernesto que yo no hubiera podido darle, y aquel era el momento. Cuando vi la ropita pensé que quizá la respuesta era eso, aquella espera hermosa, ese montón de conjuntos que apenas llenarían un rinconcito del cajón de la cómoda, y se me quitaron las ganas de preguntar.

—¡Qué bonita lana! —le dije de verdad entusiasmada, apreciándola con las manos.

—Sí, es amorosa. Mira, he traído también este babero. Lo estoy bordando pero no sé cómo rematar aquí los puntos.

—Hay poca luz —dije.

—Es que tendríamos que movernos a la farola.

—Y mejor no. —Eso lo dijimos las dos a la vez.

—¡Bisbis! —me apresuré a decir.

—¡Cachis, qué rápida! —dijo.

—Venga… ¡tres marcas de chicle!

—Eeeh, pues Fiesta, Bazooka y… ¡Dunkin!

—Vale, ¡ya puedes hablar! —le permití.

Pero ella se calló. Quizá pensaba en los tiempos de la escuela, como yo, antes de los chismes y de todo lo que nos había pasado.

—Puedo venir mañana también. No voy por tu casa; te espero aquí mismo. Después de que dé el primer cuarto de las doce, ¿quieres? —dijo al rato.

—Bueno.

Me levanté de forma brusca y me despedí alegando que era mejor prevenir, que ya era tarde. Tenía miedo de que mi padre se levantara a prepararse la infusión de melisa que se tomaba cuando no podía conciliar el sueño.

—¡No te vayas! Venga, siéntate otra vez. —Parecía que suplicaba.

La miré desde mi altura y no la encontré culpable de nada. Pensé que quizá estaba más triste que enfadada.

—¿O qué? —le dije.

—O nada… —Cambió de opinión—. ¡Te doy un pericuesco!

Me eché a reír mientras me dejaba caer de nuevo a su lado. Era la primera vez que sentía de nuevo, cercano, el calor de su cuerpo. En cuanto toqué el suelo ella sacó del bolsillo algo plateado que brilló como si fuera un cachito de luna.

—Es de plata. Lo compré para ti y yo me compré otro igual —me explicó, entregándome un colgante con forma de mariposa.

Después suspiró, tan parecido a como lo hacen las embarazadas que casi me da la risa. Entendí que aquella era toda la explicación que iba a tener y así ha sido hasta hoy.

Me probé el dije y cuando le mostré cómo me quedaba me besó en los labios. Nos besamos mucho rato, acariciándonos solo por encima de la ropa, que no se nos olvidaba que estábamos en la calle. Las horas ya no eran prudentes y me comían los nervios. Cuando nos separamos, le puse la mano sobre la tripa. Quería tranquilizarme pero surtió el efecto contrario. Oía su respiración más pausada, algo moverse suave entre la oscuridad de los pinos, los cuartos en el reloj de la plaza. Quizá es que allá al frente estaba la Ramona, sigilosa como un gato, amparada por nuestra ingenuidad. No lo sé, nunca lo supe. Tampoco es que se hablara después, pero Sole no vino al día siguiente, ni los otros.

Esa última noche, tocándole el vientre, escuché también la rabia. La mía. La escuchaba como si fuera un caldo envenenado en el que flotaba el renacuajo de su interior. Quería que Sole abriera el cajón de la cómoda y liberara mil polillas ahítas, que encontrara sus preciosos conjuntos raídos. Quería que le hirviera la tripa bajo mi mano, que bullera el líquido donde se resguardaba el bebé araña. Que Soledad lo encontrara por la mañana como una masa morada y gelatinosa en el retrete, que le dijera a Ernesto que ya no viniera a buscarla, que ella se quedaba allí, conmigo, en Las Gargantillas.

12 DE AGOSTO DE 1988

9. Paco

A principios del mes de agosto siempre echo la cuenta del tiempo que falta para que vuelva Cristina, que suele venir antes del puente, para la fiesta grande. Por eso, unos días antes plancho el único traje que tuvo mi padre. Lo heredé hace unos años, cuando no pudieron enterrarle con él porque se le quedó el cuerpo a trozos, como si hubiera sido él también un tronco grueso de los que se ocupaba en meter bajo la sierra, en la Fábrica de Maderas y Tablones del Ayuntamiento de Las Gargantillas, única industria y orgullo del pueblo. Si fue que se lanzó bajo los dientes, o si fue una de esas cosas que pasan, nadie quiso saber. Yo, menos. Puesto que la fábrica era una cosa municipal, el consistorio pagó —aún eran tiempos de vacas gordas—, cómo iban a dejar desamparada a una vecina, todos estuvieron de acuerdo en que las penas con pan son menos.

En fin, el traje ahora es mío, lo estrené justo el día del entierro. Me vi bien, como el hombre de la casa que le mentaban a mi madre entre ayes: Ay, Luisi, mujer, menos mal que ya tienes un hombrecito para ayudarte con todo. Así le dijeron ese día y muchos después, cuando solo hablaba si recibía visitas. El resto del tiempo se lo pasaba pensando. Creo que en qué hacer conmigo. Al final no quiso que la ayudara en casa. Con el dinero de la indemnización me mandó al seminario, para que me educara, dijo, demostrando toda la inteligencia que seguramente le faltó a mi padre y compensó con su final equívoco. Así que cada agosto desde entonces recuerdo a mi padre y elevo una oración de agradecimiento por haber cambiado mi vida. También cojo del armario la camisa blanca del cuello tieso y los gemelos, los zapatos con cordones que pido por mi cumpleaños cuando veo que me van a hacer falta. Me lo pongo todo mientras

canturreo: *Amor, sal ya, que este trovador se está asando de calor...* Mi madre me regaña cuando aparezco así. Paco, me dice, apéate eso, por el amor de Dios. Diecinueve años regañándome lleva, los mismos que tengo. Cuando era pequeño lo hacía porque me ponía hecho un Cristo y después porque me arreglo. Por si calculo mal el día del regreso de Cristina tengo que ser muy cuidadoso para no mancharme y escrupuloso con la higiene. Por estas fechas siempre hace mucho calor y es un traje oscuro. Ventilo el tufo a alcanfor en una mañana y después camino con él puesto durante todo el día, esperándola.

A mi edad ya no me parece que el pueblo sea grande, así que me mareo un poco desgastando los caminos y las calles, haciendo las cosas a cámara lenta para que cada vuelta no sea igual a la siguiente. En todas paso por su casa o muy cerca. Me paro en los bares a tomar algo. Por un lado, para hacer tiempo, y, por otro, para descansar y guardarme del sol. Desde que empecé a ponérmelo me llamaban el del traje y, sobre todo, el *pringao* del traje, en especial los veraneantes, que siempre me habían visto así y no se molestaban en saber mi nombre, como si fuera otra atracción local. A mí me vale ese mote. Había temido que me llamaran el Sombra, porque aunque es mucho más chulo, no quiero llamar la atención sino todo lo contrario. El traje es elegante, despista, me hace pasar por un tipo raro. Prefiero que piensen eso que no que soy solo un patético escudero de Cristina. Desde que tuve edad de salir solo a la calle no me he alejado nunca de ella, cada agosto. Aunque ella no lo sepa.

Cuando ha llegado esta mañana yo llevaba ya varias jornadas con el uniforme de esperar puesto, pero lo supe inmediatamente. De algún modo todos lo sabemos: ya está aquí, parece que susurran todos, y por todos me refiero a las puertas de las casas, los poyetes con geranios, la piscina cerrada de noche, las sillas apiladas de las terrazas. Cuando sé que ha vuelto aprieto el paso de mi enésima vuelta porque para mí es vital verla enseguida, acomodar cuanto antes la imagen con la que la he pensado tantos meses a su nueva

persona. Quizá lleve el pelo más largo, o esté más esbelta o tenga más pecho. Cada año me asombra comprobar, cuando al fin la veo, que la imaginaba justo así.

Cristina apareció como venía ocurriendo siempre desde que lo recordaba, de forma súbita, de tanto esperarlo. Ese día me había sentado en la plaza chica porque después del pálpito que me susurró que ya había llegado me entró el agobio de que quizá, cuando ella tiraba hacia la izquierda yo tomaba a la derecha, o al revés, así que preferí quedarme en algún sitio por donde tendría que pasar seguro. Y así fue: llegó acompañada de sus amigas. Parecía que iban a sentarse allí mismo, y eso hicieron, se acomodaron en uno de esos bancos fríos, donde tantas veces se me había helado el culo los meses de atrás pensando en ella. Su propósito para estar allí no debía ser otro más que buscar el frescor del hormigón, que en verano se agradece, y ponerse al día unas y otras, ella en el centro de la conversación, como un eje.

Este verano está distinta. Ni siquiera yo, que la pienso tanto, me había imaginado algo así. Con dieciséis Cristina parece haber roto su caparazón de niña pero es, mágicamente, la misma. Las nuevas redondeces, el pelo grueso y cálido, los labios con un tinte sonrosado y fresco; todo hiere de una forma nueva, nunca deja de dolerme cada vez un poco más.

Me limité a mirar intentando no ser muy obvio. Al cabo de un rato Cristina sacó un paquete de cigarrillos y ofreció alrededor. Parecía una reina magnánima repartiendo indulgencias, perfecta para el pedestal de virtud y belleza al que la había encaramado. Las demás rechazaron su propuesta —ese coro infantil gallináceo—, y ella se encogió de hombros, sonrió y a continuación se palmeó los bolsillos del pantalón corto buscando el mechero. El desconcierto cruzó un momento sus ojos y luego hizo el ganso simulando buscar el encendedor aquí y allá, por el suelo, aclamada en su actuación por un orfeón de risas. La reina con ganas de fumar y sin candela que echarse a la cara.

Estábamos solos; aparte de ellas, no había en la placita nadie más que yo, enfundado por tercer o cuarto día consecutivo en mi única ropa elegante. Y esa circunstancia fue para mí la cúspide de tantos días —o años— de ardua espera.

Me pidió fuego. Se lo di. Después se sentó a mi lado a fumar mientras un racimo de ojos la contemplaba en éxtasis desde el banco donde había dejado desamparadas a las amigas. Sentí la presencia cercana de sus piernas desnudas. Hablamos. Apunté la conversación después, para releerla, recrearla, buscarle mil pies al gato, aunque era como un sueño, inventaba la mitad, rellenaba huecos con mis deseos, quizá. Sin Cristina, allá al frente, la charla de su séquito decaía. Me alegré de estar a la distancia justa para que no pudieran oírnos. La placita estaba dedicada a Lorca, y una estatua terrible pretendía decorarla y homenajearle. Pensé que quizá era Dios encarnado en el poeta que me ofrecía el milagro de la presencia que anhelaba tanto, la mariposa dorada y verde. Al fin, al terminar el cigarro, me ofreció otro, y yo lo rechacé, pero ella usó la brasa del consumido para prenderse uno, inhalando y exhalando breve, con prisa. Fue casi como un boca a boca, aunque también en el gesto me pareció ver nerviosismo, un velo de miedo que me pinchó el alma como si hubiera tocado un huso escondido.

Al cabo de un rato de respirar su humo maravilloso aparecieron ellos: los hijos de puta. Me encogí dentro de mi traje oscuro, pero por supuesto a mí no me hicieron caso; venían a saludarla derechos, como si en realidad no hubieran estado buscándola igual que yo, no hubieran sentido al pueblo estirarse y encogerse como un fuelle y hasta a las piedras del suelo resonar de otro modo.

—¡Hostia, Cristina, qué te cuentas! ¡Tía, cuánto tiempo! —dijeron los dos a la vez, o quizá uno solo, no recuerdo cuál.

Eran Pedro y Carmelo. Sin que se enteren, algunos les llaman los Novios, porque siempre van juntos. Yo les llamo las Hienas.

Cruzaron besos y cuando terminaron se le levantó a Cristina el miedo del cuerpo como un alma fantasmal, o como si ella también, en realidad, hubiera estado esperando.

Había llegado esa mañana, cerca del mediodía. Pero puede que nada haya sucedido así. Puede que ella solo me pidiera fuego y charlara conmigo por no quedar mal, y que luego saludara, también por compromiso, a unos chicos. Puede que ella no fuera la reina asustada que imaginé frente al Lorca de escayola que adornaba la plaza, sino solo una adolescente boba que disfrutaba pavoneándose, rebotando de unos a otros como un balón perdido.

Puede ser cualquier cosa.

He querido a Cristina desde que nació. Soy mayor que ella. Con tres años tengo mi primer recuerdo, subido a la mesa de la cocina. Mi madre me riñe y me frota las piernas con una esponja para quitarme una suciedad que no puedo ver. Siempre me riñe y hasta ese momento me anda frotando todo el rato el cuerpo, la cara, amansándome el pelo con agua para peinarlo con la raya a un lado. Lo odio. A ella supongo que la quiero. La mesa es una de esas redondas, mesas camilla, se llaman, y lleva el mismo hule que llevará después durante años, un plástico verde que aún no tiene marcas de uso, ni un reborde mugroso bajo el vivo. Entonces aún tiene un color nuevo como los ojos con los que lo miro. Todo tiene la cualidad de la primera vez, pero es pobre. Si me siento, las piernas desnudas se me quedan pegadas al plástico.

Con esa edad ya sé que nuestro pueblo se llama Las Gargantillas. Entonces me parece tan grande como el mundo entero. Mi madre tiene la mesa arrimada a la ventana de la cocina. Por los cristales se ve el cerramiento de la casa. Remata un pasillo estrecho que bordea la fachada, después está la carretera, luego la acera y casas enfrente. La valla de nuestra casa es de bloques de cemento en bruto. Por arriba mi padre ha instalado una verja que no ha pintado ni pintará nunca. Mi madre teme que eso ocurra y por eso ha colocado macetas debajo. En ese momento solo hay varias cañas largas por las que luego treparán plantas y tomateras que, muchos años después, taparán el minio desvaído. Mamá me hace daño en las piernas y cuando me quejo me da cachetes. Ella es enorme y yo pequeño, por eso dejo de luchar y miro por la ventana.

Por delante pasa en ese momento la madre de Cristina. Cuando crezca sabré que tiene poco más o menos la edad de la mía, pero no se parecen. Empuja un cochecito de bebé. Se llama Ana María, y, como después le pasará a su hija, incita a parpadear muchas veces porque parece un sueño. Se detiene enfrente de nuestra casa —está tan cerca que puedo ver los mechones de pelo que se le escapan de la coleta—, cruza la calle y timbra a una puerta. Va de visita. Aunque soy pequeño ya sé lo que es porque en el pueblo es lo que se hace todo el rato. La miro esperar paciente a que abran. En su lugar se abre la puerta contigua y sale una señora cualquiera del pueblo. La madre de Cristina y la señora se saludan, se dan besos. La madre de Cristina y la señora se ponen a hablar. La señora no para de sonreír. Es la Benita, aunque aún no lo sé. Su sonrisa se hace aún más grande cuando la madre de Cristina saca al bebé del carrito. Lo sostiene en el regazo mientras la vecina le hace carantoñas. La felicidad de ambas es completa.

Como la mía.

Esa es la primera vez que veo a Cristina.

10. La narradora

Aunque no te lo parezca, este es, en realidad, el principio. Es agosto y la noche tarda en llegar. El cielo, violeta, muestra la luna pero no las estrellas. Ellas necesitan un cielo negro para brillar. Los jóvenes solo están en la plaza lo imprescindible, ese rato hasta que anochece del todo. Aun así es necesario dejarse caer por ahí cuando todavía hay luz, que cualquiera que les mire, que les busque, compruebe que no se ocultan. Allí quedan y matan un rato antes de dispersarse.

Ese día, como ya sabes, han llegado Cristina y Joaquín.

A Cristina la esperan en la plaza. Llega acompañada de una amiga porque las chicas nunca van solas. En la plaza hay pocos bancos, pero sí bares, cuatro, uno en cada esquina. A los bares de la plaza no se puede entrar, no a la edad de la mayoría de los chicos, y, en especial, si no son del pueblo. Pero la puerta es perfecta para esperar fuera, hacer ahí el corrillo y la conversación si los bancos están ocupados. A medida que avanza el verano, los distintos grupos han ido haciendo suyo cada rincón de la plaza.

Cristina no ha sido la primera en llegar. Lleva tiempo andando con la misma gente. Algunos son del pueblo, otros vuelven, como ella, todos los veranos. Los padres de Cristina suelen venir antes de que empiecen las fiestas y quedarse hasta mediados de septiembre, cuando Cristina y su hermano tienen que volver a clase. Antes de ese momento, los hermanos viajan fuera de España para aprender idiomas y sobre todo para saber moverse por el mundo. A Cristina y a Tito les parece bien, pero siempre quieren volver al pueblo. ¡Ahí no hay nada bueno que aprender!, dice su padre. Si no fuera por la familia, dice su madre. Está Rosi, piensa su hermano. Están las amigas, los amigos, todo, piensa Cristina. Los hermanos no opinan lo mismo que los padres: la familia les importa poco y desde críos

ven mil cosas que aprender en el pueblo. La libertad, por ejemplo. Esa que en Madrid se da con cuentagotas.

La primera noche es importante. Cristina lo sabe. Por eso ha estudiado bien la ropa que lleva —al final se ha puesto una falda corta, sandalias de tacón bajo, y apenas ha podido maquillarse—, y se pregunta con cierto temor cómo la encontrarán sus amigos. Este año le importa más. Siente que está cambiada. Su madre no para de repetírselo y hasta ha liado a su hermano para vigilarla. Tito, aunque es solo un poco mayor, ya es mucho más libre. O quizá porque es un chico.

A la plaza se entra por varias calles, pero todos saben por dónde vendrá Cristina. Los ojos están fijos en la costanilla de la Cuesta, que es por donde se llega desde su casa. O puede que ella lo piense así cuando pisa la plaza por primera vez ese verano, con Olga. Las dos amigas van derechas al banco que hay junto al pasaje de la Tahona, una callejuela estrecha que recibe su nombre del establecimiento que la ocupaba, como muchas otras calles en el pueblo. Cristina recuerda bien aquel horno de pan de cuando era niña: el frío de la piedra de las paredes en el invierno, los dedos enrojecidos de haberse entretenido arrancando el musgo de entre las grietas, los pinchazos mientras se le descongela la mano que agarra la moneda al fondo del bolsillo del anorak. El pan ardiente que le envuelve el panadero en un pedazo fino de papel que cierra con un celo.

Por un momento Cristina querría quedarse en esa ensoñación de mejillas ardorosas y demasiado abrigo, cuando lo más difícil era ir a hacer los recados, no perderse por el camino, pedir las dos vienas sin titubear ni sonrojarse y volver a casa con la vuelta correcta. Pero enfrente ve el banco de siempre, las amigas que ya saludó por la mañana, expectantes como si al fin pudiera comenzar la fiesta, una nueva noche de verano.

El banco de su pandilla queda a la sombra durante todo el día y es uno de los mejores de la plaza. La pandilla de Cristina también lo es. En los pueblos hay gente de siempre y forasteros, buenas y

malas compañías. Cristina se junta con las niñas, como todas las de su edad. Eso no significa que no haya pandillas de chicos también. Pero ellos no forman un grupo tan compacto, sus fronteras son abiertas, cambiantes, salen y entran buscando la atención de los grupos de chicas.

Este año el tema de conversación son las cuadrillas. Ha habido muchos incendios en el valle y los jóvenes del pueblo se organizan en grupos que llaman así, y suben al monte a ayudar. Van casi todos los días de la semana. Limpian el suelo de maleza, podan las ramas para separar los árboles y hacen cortafuegos donde se les marca. Llevan enfrascados en esa tarea desde el mes de marzo, y a pesar de eso el año ha sido especialmente malo. El Cotanito, el Pinofranco, *a donde el Rober*. Cristina sabe que esos parajes han ardido, sus padres lo han hablado en el coche esa misma mañana mientras ella fingía dormir para espantar el miedo nebuloso con el que se ha acostumbrado a vivir desde que comenzó el curso. Habló con Tito de aquello, un día que, por fin, se atrevió, pero él no fue de ayuda, solo se rio de ella como hace siempre. La madre de su mejor amiga de Madrid dice que no es miedo, que se llama pubertad y que se pasa. Desde entonces cada vez que vuelve a casa de su amiga le da pudor mirarle a la cara porque la palabra pubertad le suena obscena, como si tenerla fuera ir desnuda.

Las cuadrillas pasan a un segundo plano cuando llega Cristina. Ella es el nuevo tema. Ya han hablado un rato por la mañana, en la plaza chica, pero insisten en preguntarle cómo está y en confirmar cuánto ha cambiado. Quieren más detalles sobre el curso en Madrid y sobre las vacaciones en esos sitios chulos a los que va antes de venirse al pueblo. Luego, con prisa, pasan a otros temas más concretos que se les habían ido ocurriendo desde su encuentro de aquella mañana, como si ha visto tal o cual peli o cómo lo hace para ocultar a sus padres que fuma. En apenas unos minutos parece que esa noche transcurriera igual que la primera del verano anterior.

A Cristina la ponen al día. Lo de todos los años, aunque no por ello deje de ser una información emocionante. Quién lleva el bar de

la piscina, las casetas que se espera que vengan a las fiestas, cómo casi mueren porque se le salió una rueda al autobús que les baja al instituto de Sotomonte, que aún alguno está con el susto porque fue el último día de clase. También se atropellan para irle contando lo que ha ocurrido ese verano, desde que acabó el curso. Las fiestas de Pinocera, en julio, cuando se escapó una vaquilla que salió brava. Quién vino y ya se fue, las nuevas parejas, si Fulano no levanta cabeza porque Mengana no pudo venir porque le quedaron todas y se pasará el verano estudiando para septiembre. Los forasteros es lo que tienen: ciudades misteriosas, otros colegios, algo que se llama «clases extraescolares». Hay chicas que rebuscan en sus bolsos las fotos de carnet que les dieron sus novios para mostrárselas a Cristina.

Pero a ella, como a las otras, lo que les interesa es acabar pronto con esta charla. Estar en la plaza consiste en mirar y dejarse mirar y en que, aún con luz suficiente, cualquiera que pase compruebe su formalidad. Con el anonimato que da estar a cierta distancia, las amigas incitan a Cristina a dirigir su atención a los otros grupos. Lo primero que hacen es mirar a donde los mayores. Todas saben que Pedro y Carmelo ya saludaron a Cristina por la mañana y que puede que, cuando se den cuenta de que ella está en la plaza, vuelvan. La posibilidad tiene a todas hablando más alto de lo normal, gesticulando mucho. Vuelven a preguntar a Cristina sobre ese encuentro. Todas se acuerdan minuciosamente de cada detalle. Han hablado de ello de vuelta a sus casas, en la piscina esa tarde mientras esperaban que Cristina apareciera, y en el camino hasta la plaza, hace un rato. Pero quieren que ella les cuente de viva voz qué sintió cuando los dos —sobre todo Pedro— le plantaron los dos besos. Si los sintió lascivos o amistosos o quizá no sabe. Ninguna de ellas se acuerda del *pringao* del traje, el que tenía fuego y le robó unos minutos a su amiga.

El joven, sin embargo, ha entrado en la plaza hace un rato y nadie se ha dado cuenta. Su figura tétrica ya es un paisaje común: el tipo raro que parece que siempre anda listo para un funeral les

llama menos la atención que un charco cuando llueve. Se ha arrimado a la pandilla de *los sin peña,* un grupo heterogéneo de jóvenes de aquí y allá, poco agraciados en general. Lo son tan poco que apenas hablan entre ellos, o parecen aburrirse cuando lo único que hay que hacer en la plaza es fingir diversión. Casi todos ocultan un botellín de las miradas controladoras de los adultos que cruzan la plaza.

Paco. Se llama así, y no suele venir por aquí. Es un chico que por edad podría ir con los mayores, pero que no se junta con nadie. Esa tarde su madre le ha vuelto a regañar por ponerse el traje. Paco, hijo, apéate eso, que pareces un enterrador, le ha dicho en vano. Antes, desistía él, ahora es su madre la que no lucha más. De todos modos ha conseguido que Paco vaya a buscar a su primo y le acompañe a la plaza, a ver si hace amigos y conoce el pueblo. Cuando le ha dicho aquello de hacer amigos —se lo había pedido así, con esas palabras— su prima Sole ha pensado que quizá Paco no es el más apropiado para eso y no ha sabido quién acabará presentando a quién. Parece mentira, ha suspirado, llevan en el pueblo toda la vida. La madre de Paco se alegra de haber podido darle suficiente educación para salir de allí, pero a veces se siente culpable por ser más feliz cuando Paco está en el seminario.

El primo se llama Joaquín, es un chico alto, casi de su edad, con el pelo rubio y la sonrisa descuadrada por un diente roto, una paleta que tiene partida en diagonal. Cuando Joaquín ha visto a Paco en el umbral de su casa ha estado a punto de poner una excusa. ¿Cómo iba a presentarse con un tío así? Esa tarde ya se había dado una vuelta él solo y podía orientarse. El pueblo no es para tanto si vienes de una ciudad grande. Lo que quería era echar un vistazo, ver qué se cocía, qué gente hay, las chicas. No ha visto nada interesante, y ahora esto, ha pensado cuando ha visto a Paco ahí, en la puerta, ahora este tipo, un Raphael desgastado que le viene a buscar. Casi suelta una carcajada al abrir, qué *show*, menos mal que ha podido reprimirla a tiempo. Joaquín se ha presentado sin ganas y su madre le ha explicado el parentesco, pero ahora no es capaz de acordarse

entre tanto tío y primo. Cuando ha salido con Paco, por hablar de algo, le ha vuelto a preguntar. Que aquí hay pocas familias, le ha dicho Paco, y tú eres de la mía. Todo el mundo resulta ser un primo, ha puntualizado, sin rastro de risa. Así ha zanjado la cuestión. Joaquín le ha mirado de arriba abajo: ese pantalón negro, brillante de la plancha, la americana desgastada en los codos, la camisa casi gris de los lavados y unos anticuados zapatos con cordones que parece que se los haya dejado un novio. Paco casi corría, como si llevar a su primo por ahí fuera una tarea que completar cuanto antes. A Joaquín, algo detrás, le daba cierta grima pensar que quizá sudaba dentro del traje.

Han bajado hasta el pueblo. Resulta que Joaquín vive en unas casas nuevas, así las llaman, aunque tienen pinta de haberse construido hace ya unos años. Están lejos del centro, ha dicho Paco, y a él —este gilipollas no ha estado en su vida en Valencia, ha pensado— le ha sorprendido que en un pueblo pequeño exista centro y afueras. Además, no han tardado tanto en llegar hasta allí, con Paco andando como si le persiguieran. Ese ritmo no le ha permitido hacer muchas preguntas, pero no ha visto tanta gente joven por el pueblo y eso sí lo ha preguntado. A estas horas están todos por la plaza, le ha dicho Paco. ¿Vamos ahí? Qué remedio, ha farfullado Paco, atusándose la chaqueta, en un gesto que a Joaquín le ha parecido una manera de poner distancia.

Al entrar en la plaza ha sentido que todos los ojos le miraban y ha lamentado más que nunca la compañía que llevaba. Ha decidido que mañana ni de coña, que dirá que ya conoce el pueblo, que su madre no puede obligarle a andar por ahí con aquel oficinista rancio. Todo es tan distinto a como esperaba; nada iba según lo había imaginado antes de llegar. Quería joder a su padre, en primer lugar. Su madre llevaba hablándole de Las Gargantillas desde que era un crío y él lo había imaginado como un paraje habitado por espíritus invisibles que prenden las chimeneas y cocinan solo para perfumar el aire. Le ha hablado de las casas recogidas y cálidas, de las calles umbrías, de cómo hacer lumbre con unas piñas y papel de periódico, de los

pilones que hay a cada poco, donde en sus tiempos bautizaban a los novios nuevos, de cómo es lavarse con el agua helada que baja del monte.

También le ha hablado del verano. De las noches tibias, del sonido de las cigarras tan fuerte en el campo, del lejano olor al monte quemado, de sentarse a leer bajo una parra. ¡Todo huele a resina!, le había dicho. ¡Y sabe a higos y a castañas! ¡Al final del verano las moras están maduras! A Joaquín lo que más le gusta del mundo es ver feliz a su madre, aunque procura disimular detrás de una fachada de joven pasota. Por eso deja que hable del pueblo. Después de ver a su madre feliz lo que más le gusta es ver a su padre jodido. Aunque eso es fácil porque siempre lleva puesta la puta cara de amargado, o si no la de borracho. Aun así, hablarle del pueblo consigue sacarle de sus casillas. Su madre solo lo menciona cuando él no está, como si fuera un secreto entre madre e hijo y así a Joaquín le ha parecido siempre un lugar mitológico en el hueco de un valle, accesible solo después de abrirse camino entre las zarzas, las agujas de los pinos y los helechos que todo lo invaden, como si fuera el castillo olvidado de la Bella Durmiente. Solo hace poco que se ha enterado de que la familia de su padre era oriunda de otro pueblo cercano, aunque sus abuelos ya nacieron en Valencia, en un pueblo llano de casas cuadradas distribuidas en una calle recta, como un decorado del oeste americano, solo que con gruesas cortinas tapando las puertas. Fue cuando su madre planteó pasar las vacaciones en Las Gargantillas, en la casa que acababa de heredar de un tío. Su padre, que le había parecido siempre de ningún sitio, o quizá del país de los cabrones de mierda, resulta que estaba emparentado con los espíritus.

Joaquín no sabe cómo su madre convenció a su padre para venir. Quizá la perspectiva de unas vacaciones casi gratis le sedujo. Nunca le ha importado gorronear. Ni tomar posesión de las cosas, con esas formas suyas grandilocuentes de señorón al que el mundo le ha tratado mal.

Pero a Joaquín, ahora, el pueblo de las maravillas, aquel lugar soñado y perfecto con el que ha crecido, le defrauda.

Hasta que llega a la plaza siente los ojos que le siguen, las preguntas que les parpadean a todos sobre la frente, tan obvias como anuncios de puticlub. Mira desafiante a su alrededor. Y ve a Cristina. Joder, piensa. Joder, joder, joder.

11. La narradora

Y, claro, ahora llegan las preguntas.

—¿Y ese quién es? —pregunta Cristina.

Aunque ha dudado, le ha parecido normal hacer esa pregunta, al fin y al cabo, llegó hoy. Es el primer día, la primera noche.

—¿Ese? ¿El rubio? —dice Olga.

—Joder, el nuevo. Es nuevo, ¿no? —insiste Cristina—. ¡Olga, no me habías dicho nada! —la reprende.

—¡Es la primera vez que le veo! —confirma Olga, sorprendida.

—Ni idea. ¡Acaba de aparecer! —suelta Cruz.

Las chicas se alborotan un poco. Es Patri la que está más enterada y hace un rato que espera la oportunidad de ser protagonista. Levanta la voz para que le presten atención:

—¡A ver! Mi madre conoce a la familia. Han llegado hoy. Su madre se ha pasado por nuestra casa a saludar y se han llevado unos melocotones.

Todas esperan que haya más información, pero Patri parece haberse desinflado.

—Son de Valencia —dice—. Bueno, no, su madre es del pueblo, solo que hacía años que no venían. Están en las casas nuevas. Su madre es la sobrina del tío Chato, es en su casa donde se quedan. Supongo que lo mismo ahora es suya, porque el Chato murió a principios de año, ¿no?

—Pues está buenísimo, pero ya sabemos quién se lo va a ligar —concluye Cruz, poniendo pucheritos para hacer reír a las otras.

Cristina piensa que Cruz le tiene envidia. Vive en el pueblo, ha acabado este año el instituto y no sabe qué hacer con su vida. Quiere volar, pero no estudiar. ¡Si su madre supiera lo descarada que

es! Cristina a veces admira su valor y otras se avergüenza de su vulgaridad.

Las chicas se ríen, pero Cristina evita hacerlo.

—¿Cómo se llama? —pregunta e inmediatamente se arrepiente.

—Uf, no sé. —Patri disimula—. Creo que un nombre valenciano. No vino con su madre, aunque ella le mentó muchas veces. ¡Ahora veo cómo está! Será de nuestra edad, ¿no? ¿O mayor?

—Ese tío no tiene dieciséis años, flipadas —dice Cruz.

Todas desean que se equivoque.

—¿Voy a presentarme? —pregunta Cruz—. Está con estos, pero no pasa *ná.*

—Coño, Cruz, no seas loca, ¿no ves que está hablando?

Están inquietas. Cruz no es la mejor carta de presentación, pero siempre es la única que se atreve.

—A ver, cacho pavas —dice, y se tira resuelta hacia el grupito de chicos que está hablando con Joaquín.

Alguna intenta agarrarla sin éxito, porque solo lo hace por disimular. Seguro que los chicos ya se han dado cuenta del movimiento. Las demás miran alrededor. El atrevimiento de Cruz les parece bien, siempre que no haya espectadores indiscretos. Por suerte, no parece haber nadie mirando desde las casas que dan a la plaza, aunque ninguna apostaría por ello.

Cruz vuelve enseguida. Trae las mejillas coloradas a pesar del moreno que se ha currado en la piscina.

—Dios, ¡está cañón! A ver, se llama Joaquín. No me he enterado de la edad que tiene pero segurísimo que es mayor. —Está acelerada, habla atropelladamente—. Ha venido con el *pringao* ese del traje, creo que es su primo, pero vaya, que no parecía hacerle mucho caso. —Las otras asienten—. Le he dicho que va a ser la sensación y ha empezado a reírse. ¡Tías, casi se me para el corazón! ¡Aún me late! Es que tiene un diente partido, uf, una de las paletas, ¿sabéis? Madre mía ¡qué cosa tan sexy!

Cruz está nerviosa de verdad, si no, habría hecho el ganso, quizá habría fingido un desmayo teatral mientras miraba de soslayo a los

chicos.

—¡Qué puta suerte, Cris, cabrona! —suelta.

Cristina hace una mueca, siempre están con lo mismo.

—¿Pero de qué vas, tía? —dice. Vuelve a sentirse molesta por la actitud de Cruz. Una cosa es gustarle a los chicos del pueblo y otra muy distinta es que se ligue a cualquiera. Ella nunca ha estado con nadie en el pueblo.

—A ver, Cristina, no te ofendas, es que Cruz es sagitario y no puede evitar ser demasiado sincera —se ríe Patri.

—Pues quién se lo va a ligar si no tú, ¿no? A ver si crees que se va a fijar en mí o en alguna de estas moscas muertas, que además tienen novio. —Cruz recalca esto último con tonito de guasa, aunque se nota que no le sienta bien que las otras sean tan remilgadas.

—No sabemos si él también tiene novia —apunta Patri un poco dolida con el soniquete, pues ella es una de las ennoviadas.

—Joder, qué novia ni qué niño muerto. Te digo yo que no. ¡Y qué si la tiene! —dice Cruz.

—¿Pero ha dicho algo de nosotras? —dice Olga.

—Pues me ha preguntado que quiénes éramos y de dónde y eso. Y que por qué no estábamos juntos todos. Dice que somos raritos. —Cruz se ríe.

—¿Raritos? —pregunta Cristina.

—Sí, porque en Valencia ya estaríamos todos juntos bebiendo un agua de no sé qué, que me ha parecido que en realidad agua agua, no es.

Un murmullo de excitación atraviesa el grupo.

—¿Y tú qué le has dicho? —pregunta Olga.

—Que no se preocupe, hostias. —El lenguaje de Cruz molesta a algunas y ella lo nota, pero hace un gesto de desafío—. Bueno, eso, que en un rato salimos de aquí, que primero venimos a la plaza pero que aún queda mucha noche, y luego le he dicho que ya nos veremos por ahí. Que nosotras enseguida vamos para la zona del parque, que hay un par de bares que en el verano sacan mesas fuera.

—¿Y va a venir? —pregunta Olga.

—Hostia, imagino —confirma Cruz—. A ver qué va a hacer. Según parece le han endilgado al *esaborío* ese, ya sabéis.

—Paco —dice Cristina.

—Sí, como se llame, Chuchi o Pepe o su puta madre, pero me apuesto lo que sea a que se deshace de él rápido. Los otros tíos estaban todos pendientes del macizo. No creo que tenga problemas para moverse por ahí, aunque le he visto como muy de tranqui.

—¿Cómo que de tranqui? —Cristina está claramente intrigada.

—Sí, no sé. A ver, que es una impresión, tías, y después de verle esa sonrisa pues como que me he quedado flipada, bloqueada, eso, pero que vamos que va seguro para allá.

Las chicas se callan un momento. Han acabado las preguntas. Ahora empieza la acción.

—Pues vámonos —dicen Patri y Olga.

—¿Ya? —pregunta Cristina.

—Sí, así pillamos mesa si han puesto —dice Olga.

—Pues id, yo me quedo un rato más por aquí. Cruz, quédate conmigo —dice Cristina.

Olga y Patricia tienen que irse, a pesar de que la actitud de Cristina les ha extrañado. Pero este verano es otro verano y ya se empiezan a dar cuenta. Las otras también las acompañan. Cristina sabe que es un movimiento arriesgado; no sabe muy bien por qué lo ha hecho. Desde que ha visto a Joaquín tiene la sensación de estar en un barco que cabecea descontrolado. Sentadas en el rincón de su pandilla solo han quedado Cruz y Cristina, que fingen charlar tan concentradas que las demás se han ido sin que ellas lo adviertan.

Enseguida aparece Joaquín. Las dos le ven venir y les cuesta disimular. Cuando llega a la altura de las amigas, se dirige a Cruz y dice que vaya, que ahora que se ha decidido a venir resulta que se han ido todas. Sonríe como si fuera muy consciente de que su diente roto no le afea. A Cristina ni la mira y un extraño ataque de celos le hace estar segura de que Cruz se equivoca esta vez, que quizá él busca con interés a otra. Piensa rápido en las demás, en qué hay en

ellas que guste a los chicos, como el pelo dorado de Patri, las tetas puntiagudas de Olga, el descaro de Cruz que da a entender que ya se ha comido a más de uno. Piensa todo esto con más cabreo del que le gustaría. A pesar de eso ha levantado la cabeza y sonríe mientras ellos hablan.

Al fin, Joaquín se dirige a ella:

—¿Y tú te llamas…?

Cruz se apresura a contestar primero:

—Se llama Cristina. Cristina, este es Joaquín, Joaquín esta es Cristina.

Lo dice con tonito, pero de todos modos Cristina se levanta y los dos hacen el paripé de los besos.

—¿Eres de aquí? —pregunta Joaquín, y Cristina se siente por fin contenta de poder hablar.

—No, de Madrid. Mis padres son de aquí. Venimos todos los veranos, ¿y tú? ¿Cómo has dado con Las Gargantillas?

—Ya veo que de Madrid. —Se ríe—. Se te nota en el acento. ¡Pues ya ves! Resulta que este es el pueblo de mi madre. Tenía un tío segundo o algo así que la quería mucho, le ha dejado la casa en herencia y aquí estamos. Yo no suelo moverme de Valencia en vacaciones, ni falta que hace, aunque entiendo que a los de Madrid sí les haga falta.

—Ah, claro —interviene Cruz, obviando su chulería—, como ahí tenéis playa y eso.

—Sí, las mejores playas y un ambiente *dabuten*. Aunque, claro, lo mismo a vosotras no os dejan aún.

Cruz ríe con su descaro habitual y Cristina piensa de qué va esta, si acaso le va a reír todas las gracias. Ella no piensa hacerlo:

—Pues no, Madrid no tiene playa, pero tiene otras cosas, y sí, nos dejan —se apresura a contestar Cristina—, al menos aquí en el pueblo. Otra cosa es salir de aquí, pero aquí...

—¿Aquí qué? —interrumpe él.

—Pues que también nos lo pasamos bien, ya verás —dice Cruz—. Viene mucha gente de fuera, ahora el pueblo está lleno. Hay

rincones bonitos.

—Me lo creo —dice Joaquín, mirando solo a Cristina, que, sin quererlo, se ruboriza—. Oye, creo que estos estaban hablando de ir al parque. Ah, ya se están moviendo. ¿Vosotras venís? ¿Dónde es?

—Sí, las otras ya han ido para allá. Es que nos hemos liado a hablar Cruz y yo, pero ya íbamos. Lo mismo les ha dado tiempo a pillar una mesa —responde Cristina.

Joaquín mira alrededor, sin demasiado interés.

—He venido con un *pringao*, un tipo raro, ¿le conocéis? Casi me caigo cuando le he visto. He pensado a ver si todos ibais a ser así.

Ellas se ríen.

—Pero veo que no está. —Ha vuelto la cabeza y sigue hablando—. Ni siquiera sé si va a ir para allá. Estaba ahí como un *pasmao* mientras yo me he tenido que presentar a todos. Lo mismo tenía que irse a trabajar, todo trajeado, ¿me lleváis?

Las dos ríen y le cuentan que Paco siempre anda con esa facha. Cristina añade que no es mal chico, pero Cruz la mira con los ojos muy abiertos para que deje ese tema.

—Tiramos —dice Cruz, por fin—. Supongo que aún no conoces mucho el pueblo.

—Pues no —confirma Joaquín mientras ellas se levantan y caminan resueltas—, ¿hay mucho que conocer?

Cristina está callada ahora. Caminan los tres a la par, Cruz entre los dos. A Cristina le parece que Joaquín y ella están a kilómetros de distancia, aunque solo les separe su amiga. Está tan nerviosa que no puede parar de sonreír. Quizá, piensa, así deben de ser los porros. Le parece que escucha las pisadas de Joaquín en el suelo irregular, el mecanismo de su respiración, el momento exacto en el que despega los labios con la intención de hablar.

—Hombre, hay algunos sitios —confirma Cruz, ante el mutismo de su amiga.

De pronto se hace un silencio entre los tres. Cruz lo rompe.

—¡Oye! ¡Me voy corriendo que aprovecho que pasamos cerca para pasar por casa, que se me olvidó la pasta! Os veo ahora en el

Poli, ¿no?

Cristina casi no tiene tiempo de reaccionar porque su amiga ha volado. Mira a Joaquín pero se arrepiente. No sabe si le ha mirado con susto o ha seguido sonriendo como una estúpida. Se siente morir. Le da algo. Mierda, Cruz, que te mato, verás luego.

—¿Qué es el Poli? —pregunta Joaquín cuando se recupera él también de la desaparición de Cruz.

—Un bar de los de cerca del parque. Lo llamamos así porque está al lado de la antigua pista polideportiva. Bueno, que tiene otro nombre el bar, pero ya ni me acuerdo. —Cristina hace que pone los ojos en blanco y se ríe—. ¡Ah! Tampoco es que haya pista polideportiva ya. Cuando yo era una niña sí. Pero ya está toda despintada y nadie la usa.

—¿Ayer? —dice Joaquín.

—¿El qué?

—Ayer, cuando eras una niña.

—Ah. —Cristina se ríe—. No, en realidad hace bastante más.

—Noooo —dice él, prolongando la última vocal y riendo—. Ayer tuvo que ser.

Cristina pretende hacerse la ofendida, y lo está un poco. ¿Qué pasa con este tío, de qué va? Se acuerda de su madre, de todo el rollo ese que le ha dado. ¿Parece tanto una niña? ¿Entonces por qué su madre supone cosas? Se le aturullan las preguntas en la cabeza, recuerda la matraca que le han dado, a la madre de su amiga de Madrid diciendo «pubertad», esa palabra horrible que suena a sucio. A Tito riéndose, llamándola tetas gordas, melenuda. Querría mirarse el escote, comprobar que sus pechos siguen ahí, ellos demuestran que es una mujer, eso le dice su madre sin decir, pero en vez de eso se encoge.

—Bueno, no hace tanto —admite, y pone ese mohín que a su madre le preocupa, todo le preocupa ahora, y ella no sabe por qué. Se pone súbitamente seria—. ¡No! Ya no lo soy.

—Si tú lo dices. ¿Y por aquí vamos al parque o a los bares?

—A los dos. —Cristina se alegra del cambio de tema—. Primero a los bares y si sigues un poco más adelante, te encuentras con el parque. Los llamamos los bares del parque, pero solo porque queda cerca, por la zona, quiero decir.

—¡Un pueblo con distintas zonas de marcha! —exclama Joaquín.

—¡Oye, que tú te ríes mucho!

De nuevo Cristina simula estar herida en su orgullo y la mueca hace que los dos se rían. La complicidad hace que Cristina se relaje. De nuevo piensa en fumar marihuana, si será así, un zumbido, una sensación de sueño, o las dos cosas. No le apetece probarla, quizá sea así, piensa. Joaquín y yo fumando, riendo, piensa. Saca el paquete de tabaco del bolsillo de la falda. Le ofrece a Joaquín.

—Yo lo enciendo luego —dice cuando él coge uno—. No quiero que me vean.

Ha metido la pata, es una niña. Es una niña, piensa Cristina. Ni tetas ni nada, es una niña.

Pero Joaquín no le da importancia. Quizá no la ha escuchado. Está concentrado, se ha prendido el cigarro.

—¿Y si queremos ir al parque? —le pregunta Joaquín, dando una calada profunda de fumador experto.

—¿Cómo que si queremos ir al parque? —Cristina parece no entender.

—Sí, tú y yo. A que me lo enseñes. Me gusta la naturaleza y eso. La fauna autóctona.

Cristina le mira mientras él hace muecas de inocente.

—Ey, no seas mal pensada, Cristinita. Es que como ya he visto los monumentos pues ahora hay que ver la naturaleza.

Ella no sabe qué quiere decir con los monumentos. No le entiende nada. Tampoco sabe qué pensar de ese diminutivo. Luego se lo contará a las otras. Se imagina a Cruz diciendo qué cabrón, a Olga defendiéndole, a Patri indecisa, a Raque interrogándola como si de sus respuestas fuera a sacar la pista definitiva. De qué va este tío, tías, dirá. De qué va. Monumentos. Cristinita. Joder. Desea muchísimo fumar. O puede que beber.

—Pues por aquí vamos bien, solo que pasamos por delante de todos —dice, al fin, casi sin mirarle.

—¿Te preocupa?

—Bueno.

—Me acabas de conocer.

—Sí, por eso.

A Cristina le ha costado ser sincera.

Los dos se callan. Después se miran. Al final Joaquín habla:

—¿Y no hay otro modo de ir al parque que no sea pasar por delante de los bares esos?

—¿Para?

—Ya te lo he dicho, me gusta la naturaleza, la hierba, los pajaritos, los árboles.

—Eres un poco cachondo, creo —dice Cristina y está a un tris de acelerar hacia el Poli porque de pronto le molesta ser un rollo. O no le molesta. No sabe. Solo sabe que quiere fumar y que no quiere que él piense que es una niña.

Una niña que aún no ha besado a nadie, que nunca ha tenido un rollo, que no sabe si quiere rollo, que quiere darse el lote pero lo mismo no así.

No así, ¿pero entonces cómo, Cristina?, piensa.

Joaquín se para. Cristina sigue pero enseguida se detiene también. Lo mira y piensa que quizá haya metido definitivamente la pata. Puede que lo haya insultado llamándole cachondo. Ella no usa esa palabra como su madre, que la regaña siempre que la usa, porque para su madre es tan sexual como para ella pubertad. Le suena grosera, descarada, exhibicionista. Por un momento piensa que ya está. Lo has jodido, Cristina. Niñata, ¡niñata! Pero Joaquín la alcanza.

—En realidad tú me has parecido más interesante que los bares esos y todos los otros. Solo vamos a hablar —dice Joaquín.

Cristina calla. Le ha parecido sincero.

—Hablar. Solo —repite él—. Te lo prometo.

Se pone la mano derecha sobre el corazón, en un gesto dulcísimo y puro teatro, todo a la vez.

Cristina tarda un momento en responder. Ya no piensa. Siente su cuerpo balanceándose hacia adelante y hacia atrás, como si de pronto se hubiera levantado aire en la cubierta del barco en el que va desde hace un rato. Meciéndose, meciéndose. Cuando contesta, le engancha la camiseta por un costado, sobre el pantalón.

—Hay otra puerta. Ven —dice, y tira de él.

13 DE AGOSTO DE 1988

12. Cristina

A esa estructura maciza de hormigón que ocupa buena parte del recinto de la piscina la llamamos la piedra. No sé bien qué es. Puede que sea la depuradora, que cuando la hicieron quedara fea y que por eso la cubrieron así y ahora sirve para tomar el sol. A mí me parece una nave espacial gigante que llegó un día, se plantó allí, y nadie se ha atrevido a explorar. Cuando me acerco siento vibraciones, como si me hubiera adentrado en un triángulo de las Bermudas en tierra firme. Puede que solo yo tenga miedo de ese secreto que guarda la piedra porque, en realidad, ese rectángulo muerto y palpitante tiene sus habituales: las locas del bronceado, cuarentonas cuya aspiración vital es ponerse negras. Se calienta muchísimo y, al estar más elevada y no tener árboles alrededor, es un cocedero. Vengamos a la hora que vengamos a la piscina, las fanáticas de la piedra ya están ahí, hipnotizadas por su superficie caliente.

—¿Nos vamos a la piedra? —me había dicho Olga, hacía un rato.

—¡No, tía, a la piedra no, que te torras! —le dije.

—¡Pues yo estoy helada! —insistió.

Me daba pena que ahora que empezaba para mí el verano el sol quisiera irse tan rápido. Imaginé que fuera de Las Gargantillas ya había anuncios de la vuelta al cole adelantando el final de las vacaciones, como pájaros de mal agüero. Una de las cosas que más me gustaban de estar en Las Gargantillas es que el valle nos protegía, nos ocultaba, el mundo de afuera no se atrevía a asomarse ni siquiera a la televisión, que solo era un runrún en cualquier bar o en el comedor.

Olga y yo acabábamos de salir del agua y a la sombra hacía frío. Además, el césped de la piscina tenía calvas y nos resbalábamos en

ese barro oscuro y fino que hacía pedorretas entre los dedos de los pies. Me imaginaba la planta sucia y me moría de vergüenza.

Pensé otra vez en la piedra. En el rectángulo-parrilla donde las mujeres se ofrecían al dios Sol. Yo odiaba ponerme allí. Era incapaz de tumbarme en la toalla en ese firme tan duro. Boca abajo las tetas se me aplastaban. Este año imposible. Tampoco podía estar mucho tiempo sentada sobre ella, ni de pie, porque su superficie rugosa pincha. Otros veranos, después de toda la tarde en el agua, con los labios amoratados y las yemas de los dedos surcadas de líneas blancas, profundas, nos íbamos a la piedra para entrar en calor. Entonces daba gusto sentarse un rato en su borde, o quedarse de pie recostándose en ella, charlando, con el culo del bañador enganchado en su superficie áspera, calentándonos los huesos. Raque siempre quiere que nos pongamos en la piedra, pero ese es territorio de madres. También dice que tengo la piel tan fina como la princesa del guisante y que lo de las tetas les pasa a todas. Sé que de mayor será una de esas locas del bronceado y que leerá el *Hola* boca abajo pringada de aceite bronceador.

—¡No exageres, no hace frío! ¡Vamos a sentarnos en el bordillo! —animé a Olga.

—¡Sí, ya, con medio culo en el césped! ¡Que llevo un bikini nuevo y no me lo quiero manchar! —me dijo.

El resto de la pandilla había hecho un pequeño círculo con las toallas bajo una de las acacias en las que solemos ponernos. Pensé que no podíamos alejarnos tanto, dejar a las otras solas en el árbol, que quedaría raro. Ayer ya me había apartado con Cruz cuando lo de Joaquín, y no me dijeron ni pío cuando aparecí después, al menos no a la cara, pero sí noté que les había extrañado mi actitud.

Me callé, pero Olga volvió a insistir con el frío y con la piedra. Repetí en voz alta lo que había pensado hacía un momento, sobre desaparecer las dos, apartarnos, aunque sospechara que la insistencia de Olga no era por el césped embarrado, ni porque hiciera tanto frío a la sombra de los árboles. Sino por estos, los

chicos: se habían colocado hoy enfrente, a la izquierda de la piedra, y desde donde estábamos no podíamos verlos.

Esta tarde nosotras llegamos antes. Cuando llegaron ellos pasaron de largo y se instalaron allí, del otro lado de la piedra, y de ahí no se han movido. Jugando a cartas, haciendo el bestia en lo hondo. A lo suyo. Ni siquiera se han acercado cuando nos hemos metido al agua.

Podría proponerle a Olga que subiéramos al bar, pero no me atrevo. Comprar una Coca-Cola o un polo sería una buena excusa, incluso aunque tardáramos. Pero si de verdad tiene frío no es la solución. La piscina tiene la entrada arriba, donde queda el bar y un emparrado para beber y jugar a las cartas. Para llegar desde la entrada a la zona de baño hay unas escaleras muy anchas, bastante empinadas, que la gente usa para sentarse porque desde ahí, como desde el emparrado, puede verse toda la piscina, el césped, la piedra, unos columpios en el extremo más alejado.

Parece un sitio hecho aposta para mirar o para ser visto. A mí no me gusta que me vean en bañador. No me gusta que me miren sin que yo lo sepa.

Al final he convencido a Olga para que nos sentemos en el bordillo. Estamos las dos ya instaladas en ese sitio estrecho; con el culo hacemos equilibrios para no mancharnos con el barro frío y tenemos los pies sobre el terrazo marrón que enseguida se convierte en el rebosadero de la piscina. Bordillo, terrazo, rebosadero, piscina. Unos cinco metros. Olga tiene las piernas estiradas y cruzadas a la altura de los tobillos, los brazos también tensos, hacia atrás. Es una postura en la que parece ofrecerse a los que pasan, con los muslos lisos, el pecho alzado, un hueso que le sobresale allá abajo de la braga del bikini y que evito mirar. Las mujeres sí la miran. La repasan. Ella las desafía sin moverse, otra novedad de este año. Olga ha cambiado también. Pienso que debe de estar manchándose las manos con el barro fresco bajo el césped, que cuando se incorpore tendrá sucia y marcada de verde y marrón esa parte bajo la muñeca donde se apoya para sentarse en esa postura.

Yo estoy echada hacia delante, con las piernas dobladas y encogidas. Me las recojo con un brazo. Miro hacia abajo mientras hablo con Olga. Muevo los dedos de los pies como si comprobara algo, pero sé que no, no estoy atenta a ellos, ni a mis pies ni a mis piernas, ni a ocultarme estas tetas a las que aún no me hago, y ni siquiera estoy atenta a Olga. No me molestan los niños que saltan en bomba delante de mí, ni la tabla del trampolín rasgando el aire. No me parece estar fuera, sino debajo del agua. Desde que estamos en la piscina tengo todos los sentidos puestos en si aparecerá Joaquín.

Miro a Olga sentada y estirada en el bordillo del césped. Sé que está nerviosa, que llegó hace dos días y después de estar carteándose con un chico del pueblo todo el curso él apenas le ha dirigido la palabra. El dichoso Juande se supone que es su novio; se lo pidió por carta al poco de volverse ella a Madrid, y ahora solo le lanza miraditas con los ojos redondos como un cordero tímido mientras es muy simpático con las otras. Esta mañana subí a su casa para analizar con ella todas sus cartas. Los pocos acercamientos que se atrevió a hacer ayer en el Stop, después del Poli, y cuando nos sentamos a comer pipas en la plaza esta mañana, ya me los sé de memoria. Me los ha repetido unas cien veces. De hecho es que además estaba allí. Todas estábamos. No sé cuántas veces más voy a tener que oírlo. O sí sé: las que haga falta.

Sin embargo, yo no les he contado nada aún de lo de Joaquín y lo que pasó en el parque.

Esta mañana Olga me ha dicho que ya le han puesto el Pala. Vaya mote feo. Podrían haberle llamado el Rubio, o el Valenciano. Pero no, el Pala. Por la paleta partida, qué original. Sonríe y se le ve el rectángulo perfecto de su paleta derecha y al lado un triángulo, la paleta izquierda partida de una esquina a otra, en diagonal. Anoche sonrió mucho. El hueco de su boca es como un espejo de circo que me refleja, pero no me reconozco.

Yo también sonreí mucho. Hasta que salimos del parque. Después de pedirme indicaciones tiró derecho a su casa, que no le apetecía

buscar a la gente que había conocido en la plaza, que mañana más y mejor, me dijo, con una expresión que me sonó un poco macarra, diferente a lo dulce que había sido en el parque. La luz de las farolas del frontón sacaba su lado oscuro.

Mañana; hoy.

Y no ha aparecido por la mañana en ningún sitio ni hasta ahora tampoco, que ya son las siete. Y eso que ayer parecía tan sincero y fue tan simpático que no tuve la impresión de parecerle una niñata ni un momento, y que por la noche estuve venga a dar vueltas en la cama por el maldito diente roto. Pensé que hacía un calor inusual, como si se hubiera prendido algo cerca; ese calor que no es bochorno sino que te levanta la piel. Me hubiera espabilado de no ser porque debía de estar enfebrecida con el diente. No había ningún incendio, era obvio esta mañana, porque si no mamá me lo habría dicho en el desayuno, así que tenía el calor por dentro, puede que de pensar tanto si acaso no habría parado yo de mirarle la boca, fascinada por el aire que se le escapaba a veces, y le habría parecido una boba, o una descarada. Uno de mi clase dice que se nota si alguien te gusta porque cuando te habla le miras la boca.

Hablar solo, dijo, y lo cumplió.

Aunque yo le mirara la boca, o el diente, o los ojos que son como perlas apenas tintadas de azul.

Y luego volví al Poli, y nadie me dijo nada cuando me senté en la silla que me habían guardado, aunque hubieran sido casi dos horas y aunque quizá se me notaran las ganas de tomarme una cerveza, que no pude porque Tito pululaba por allí en su tarea de hermano guardián. Todas esperaban el momento propicio para preguntarme.

Pero luego nos levantamos, casi enseguida, como si solo hubiesen estado esperando a que por fin volviera, y de camino al Stop me dijo Olga que Tito le había dicho que según Rosi era mejor que no me juntase con ese.

No me gustó que Joaquín pasara a ser «ese», pero me gustó que todas esperaran para preguntarme, porque aún no estaba lista.

El Stop es el típico bar en el que estás de pie. Pululamos de un lado a otro y siempre aprovecha alguno para acercarse si vas al baño. Eso pasó con Pedro, me dijo algo, pero la música dentro estaba fuerte y no le escuché. Le cogí el botellín y le di dos tragos aprovechando que no había moros en la costa. Pedro quiso retenerme, pero yo me escabullí para intentar sonsacar a la Rosi antes de que se me pasara el efecto de la cerveza. Pero nada, no soltó prenda, esa es una borde que ni siquiera es guapa y no sé mi hermano qué le ve. Solo me repitió la advertencia, que debería evitar a «ese», como si en mi casa ella no fuera «esa» todo el rato. Por supuesto, me callé esa parte. Dicen que tiene ojazos, Rosi, pero con dos kilos de rímel cualquiera, y yo siempre pienso que lo dicen porque los pezones bizcos no pueden decir; se los he visto cuando sale del agua, señalando al este y al oeste.

Yo también estoy nerviosa acordándome de todo esto y por eso muevo los dedos de los pies, como haciendo escalas, *do-re-mi-fa-sol*, para no pensar, para adelantar el tiempo por si llegara Joaquín. Olga no ve a los chicos desde aquí. Yo, de espaldas a las escaleras, tampoco puedo verle llegar.

Antes, bajo el árbol donde nos ponemos la pandilla, veía las escaleras con solo girarme un poco. También en el agua, cuando nos bañábamos, he procurado mirar a los escalones. En nuestros juegos surgíamos del fondo con el pelo pegado, mirando de nuevo al frente con los ojos abiertos y chorreantes de agua y esperanza. Tal y como estamos ahora puede que llegue y no le vea, y que se siente en algún lugar desde el que yo no pueda verle y así estemos hasta que toque irse, él mirándome desde su sitio elegido a conciencia, yo ignorando que está pero deseándolo tanto.

Si lo pienso mucho, el estómago se me revuelve. Si sigo pensándolo, quizá tenga que contárselo a Olga, y no quiero hacerlo.

No quiero, porque cómo se cuenta que me dio miedo sin que se rían de mí, un miedo parecido a asomarse desde un sitio alto, que te quieres tirar sin saber por qué, que te temes más a ti que al vacío.

No quiero por lo que dijo la Rosi, que no sé qué es, pero que luego se convirtió en palabras por lo bajo que se referían a nuestras madres, algo inimaginable y estúpido, que ni sé si lo entendí bien. Tito no quiso aclararme nada, pero estaba que echaba los dientes y a mí todo empezó a parecerme una película de esas en las que la gente habla gritando pero el protagonista no se entera porque todos hablan a la vez y muy alto y además tiene un pitido en el oído cada vez más fuerte, como si una mosca se le hubiera atascado adentro y zumbara y zumbara. El protagonista de la película hace aspavientos, aprieta los dientes, se sujeta la cabeza, pero los demás continúan a lo suyo, como si él no estuviera allí. Así me sentía. Algo gordo debió de ser, eso seguro, porque oí llegar a Tito a casa al rato que yo, que normalmente no le oigo. Siempre llega muy tarde porque me imagino que en cuanto me voy busca un sitio para darse el lote con Rosi, juntarle los pechos con las manos para ponerle los pezones mirando al frente y no cada uno para un lado como si estuvieran enfadados.

No quiero contárselo a nadie, porque tendría que contárselo a todas.

Y no quiero porque todo el mundo piensa que me gusta Pedro porque a todas les gusta Pedro, porque *Pedro, Pedro, Pedro*, que es mi novio oficial desde que en este pueblo existimos los dos y aunque jamás hayamos dado ni un paseo juntos, solos, como si las chicas de mi edad también fueran unas casamenteras como las madres. Que si te dio dos besos, que si a nosotras no nos saluda, que si a qué huele. Que si mola su coche. Todo me lo dicen a mí como si fuera algo mío y yo supiera más que las otras, cuando lo único que sé es que con él me siento como una gacela perseguida por un león africano, y que prefiero el otro miedo. El que es mío, el de temerme a mí y no a él. No el de sentirle alcanzándome, no el de rendirme sino el de entregarme. Parece mentira: Las Gargantillas con su monte, sus pinos, sus huertas, como un puñetero documental de la selva, con la voz en *off* de Félix Rodríguez de la Fuente.

No quiero que me pregunten qué pasó ayer.

13. Cristina

A Carmelo le llaman el Sucio y siempre va con Pedro. Algunos les llaman los Novios, aunque no a la cara. El Sucio ha salido del agua y ha venido a sentarse con nosotras pegado a Olga. La está mojando. No trae toalla. Le resbala el agua por la cara, por los brazos, un río por las piernas, el pelo le chorrea y hace un charquito entre los pies. Yo diría que está limpísimo. Imagino que estrechos hilos fosforescentes recorren su espalda.

Habla con Olga y yo me hago la ensimismada. Sé que todo esto es un juego que no tiene tanto que ver con ellos dos como conmigo. Lo sé porque Pedro ha salido del agua mientras Carmelo se acercaba hasta aquí, encaramándose por el extremo más alejado de la piscina. Se ha quedado allí sentado en una postura parecida a la que hasta hace un momento tenía Olga, solo que con las piernas bien abiertas y los pies en el agua, moviéndolos arriba y abajo, despacio, y las palmas de las manos sobre el suelo a su espalda.

Pedro y Carmelo van por libre; jamás pertenecerían a una pandilla. Si en algún momento se separan parece deliberado. Si está Pedro, a diez metros estará Carmelo. Quizá cada uno esté enfrascado en su conversación, centrado en su presa, pero cuando una se escapa —o más bien deciden dejarla marchar—, por alguna señal secreta, por medio quizá de una comunicación telepática que han desarrollado, comienzan a acercarse, poco a poco, y sus movimientos recuerdan a una de esas danzas que empiezan suaves y acaban en un grito estridente y un frenesí de sangre. Describen un círculo entre dos, como unos magos de la geometría. No hay exterior o interior que se les resista. Todo el pueblo, quizá el valle, es el folio sobre el que trazar sus planes redondos.

Hoy no es la excepción.

Está Carmelo, y allí, lejos, Pedro. Que le mira. Que se deleita con la ejecución perfecta de su compañero de baile.

No sé si los demás se dan cuenta. Yo sí. Los he mirado muchas veces. Mi madre cree que no me protejo, pero tengo dieciséis años, no trece. Les llevo viendo desde hace tiempo al salir del baño, haciéndome la invisible en la zona más oscura de la barra o desde el interior de alguna tienda antes de que me aventurara en los bares. Todos los comercios del pueblo tienen la caja a la salida, al lado de la puerta. Su exterior es un lugar perfecto para mirar hacia dentro. Su interior, para controlar lo de fuera mientras pides que te den el cambio en chucherías. Si son veinticinco pesetas, el dependiente cuenta al menos hasta veinticinco, casi medio minuto. ¿Quieres chicles? Bueno, pero dame todos los que puedas de fresa. Así ya son cincuenta segundos. Mejor dame un *flash*. ¿Congelado? Sí, por favor. Un minuto entero. ¿No tienes de cocacola? Espera a ver. Un minuto y medio.

Yo les vigilo tanto como ellos a mí.

Para estar lejos.

Quizá lo saben.

Pero nosotras no sabíamos que estaban en la piscina.

A lo mejor llevaban ya un tiempo arriba, en el bar, o sentados en los dichosos peldaños que nos empeñamos en tener a la espalda. O puede que acabasen de llegar.

Pero, de pronto, allí estaban. Atravesaron corriendo el césped hasta el bordillo donde al final nos habíamos sentado, lo saltaron, superaron los metros de terrazo grande imitando piedritas, el rebosadero, el borde blanco de la piscina. Pasaron como un rayo escandaloso, una exhibición masculina, uno por mi lado, pegado a mi brazo, otro por el lado de Olga, rozándole el codo, como si no hubiera más sitio por donde correr a zambullirse.

—Joder con estos, ¡qué susto! —me dijo Olga.

—Hacen el pavo. —Sonreí.

—Que hagan lo que quieran, ¿no?

Olga volvió la cara, en los ojos le bailaba algo travieso.

Me reí. Sentí que una mano salvadora me arrancaba de las profundidades en las que me ahogaba. Volví a mirar a la piscina. Los dos se pavoneaban ahora, espléndidos en el agua. Al rato salió Carmelo y echó a andar hacia aquí. Después salió Pedro. Le miré. Mi mirada salió desde el bordillo estrecho, atravesó el terrazo de piedrecitas, el rebosadero y el borde blanco milagrosamente vacío, y después casi un ancho completo, toda esa superficie azul. Superó salpicaduras, otros bañistas, mujeres haciendo suaves movimientos a braza con la cabeza estirada como pequeñas boyas floridas. Atravesó el aire repleto de ruidos, ignoró los obstáculos y se insertó como una lanza en los ojos oscuros de Pedro.

Él lo recogió todo. La mirada, el desafío.

¿Quiero estar lejos?

Pedro allí, sentado, mientras venía Carmelo. Tic-tac.

Venía el Sucio, limpísimo, como una estatua de cristal, reflejando los últimos rayos de la tarde.

—¿Y Juande qué? —pregunté a Olga, confiando en que ella no se hubiera dado cuenta de nada.

Juande, el de las cartas. El amante desaparecido. Otro desaparecido, como Joaquín.

—Eso digo yo, y Juande qué —contestó, y puso cara de fastidio.

Yo no iba a responder. No era una pregunta. Y no sé qué pensaba Olga. Si de verdad estaba muy fastidiada por eso o era solo su amor propio. Yo sí: pensaba en sonreír a Joaquín desde las fauces del lobo. Mira, Joaquín, qué te creías, ayer tan bien y hoy ni apareces, ¿dónde estás?

El Sucio dejaba que le resbalase el agua por el cuerpo como si fuera un baño de almíbar. Decía no sé qué a Olga mientras yo miraba al frente. No a Pedro, porque sabía que se había movido. Porque si Carmelo se mueve, Pedro se mueve. Carmelo bailaba ante Olga, Pedro se dirigía hacia aquí. No me hacía falta mirar para saberlo. ¿Cuántos pasos hay?, me preguntaba, cantaba. Do-re-mi, do-re-mi. De pronto la melodía esa me volvió con fuerza: *Cristina and Pedro, under a tree*. Lo cantaban en la familia inglesa con la que

estuve este verano. Tenían un niño, dulcísimo, de unos nueve años, que cada vez que yo aparecía se ponía de un rojo tan vivo que parecía que iban a explotarle los cachetes. Sus padres le hacían de rabiar con la canción. Me esforzaba por parar el *jingle*, hasta que una sombra, la de Pedro, cubrió mis pies.

K-I-S-S-I-N-G. Seguía el *jingle*.

Levanté la vista, Pedro había llegado. Me había dado tiempo de contar hasta quince.

—Le decía a Olga que está muy buena este año —dijo el Sucio a su amigo.

Pedro solo me miraba a mí.

—¡Qué mentira!—se escandalizó Olga, aunque seguramente se sentía halagada.

—Tienes razón —dijo Pedro mirando a Olga, y luego a mí—, y Cristina mucho más seria este año.

Se descubrió las piernas y se pasó la toalla a los hombros. Mi vista quedó frente a sus espinillas, como hermosos troncos de corteza suave. Pensé en koalas abrazados a un árbol, en serpientes enroscadas en las ramas, documentales de *Vida salvaje*. En Félix Rodríguez de la Fuente y su musiquilla por los altavoces de la piscina. «¿Cuándo será que el hombre y el lobo serán amigos?» Y en *Cristina and Pedro under a tree, K-I-S-S-I-N-G*. *First comes love, then comes marriage.* El hombre y el lobo no pueden ser amigos, no cuando el hombre tiene ovejas, Félix, no te empeñes. Tengo demasiada imaginación, pensé.

—No sé, ¿seria? —dije—, ¿por qué lo dices? No creo.

¿Le había lanzado una mirada desde casi treinta metros y no quería decir nada? Puede. Puede que solo me atreviera hoy, que Joaquín no había aparecido, o porque Joaquín no había aparecido.

Then a baby in a baby carriage.

Pedro no pudo controlar un pequeño gesto de decepción. Volvió a ponerse la toalla sobre el bañador, anudándosela a la cintura.

—Bueno, chicas, nos vemos —dijo—. Cristina, no seas tan seria, ¿vale?

Y se fueron, aunque a mí lo último me había sonado a advertencia.

—¿Qué ha pasado, tía? —preguntó Olga—. ¿Qué cojones ha sido eso?

—No, nada, ni idea de qué va el gilipollas ese. «¿Vale?», me dice, ¡será imbécil! —Me reí, aunque no me había hecho gracia.

—Yo creo que le has jodido bien —me dijo.

—¿Por qué? Venga, no seas bruta.

—Lo digo en serio. Creo que Pedro pensaba que este año ya tocaba —me dice y me mira directamente a los ojos, como intentando averiguar qué pienso de eso.

—¿Ya tocaba el qué? —le digo.

—Joder, Cris —exclama.

Nos callamos y yo vuelvo a ensimismarme, mirando más abajo de mis pies, como bajo la tierra, por debajo de la pileta de la piscina, de las raíces profundas de los sauces que lloran, por debajo del foso de la depuradora que tapa la piedra. Siento una energía procedente de lo hondo. Una fuerza extraterrestre de ovni varado. Quizá se han despertado sus habitantes después de cientos de años durmiendo y ahora zumban —hablan así—, y se sienten perdidos y desconcertados. Me abrazo las piernas otra vez, apoyo la cabeza en los muslos y aspiro despacio porque no quiero sonreír. Es solo media victoria porque no sé si Joaquín me ha visto.

14. Paco

—¿Tienes fuego? —me dijo Cristina ayer cuando llegó, y estuvo sentada conmigo un buen rato charlando.

Era la segunda vez que hablábamos. El verano anterior fue la primera, el mismo día que regresaba a Madrid. Me preguntó si se entendía la letra cuando me escribió su dirección en la agenda que le pasé, todos con la rutina esa de intercambiarnos las direcciones, y los demás soltando lagrimitas y abrazándose, como si un año fuera a durar mucho más que doce meses. En un momento tan emotivo hubiera estado mal dejarme fuera, aunque a mí nadie me abrazaba, a lo mejor por el traje.

Leí la agenda: Cristina Alonso Blázquez. Jorge Juan, 27, 2.º B. 28001, Madrid. 7152762.

—Se entiende perfectamente —confirmé, pero ella ya había volado.

Ha escrito el teléfono, pensé. Como si fuera a reunir el valor suficiente para llamarla.

Pero a escribirla sí me atreví, aunque mis primeras cartas no tuvieron respuesta. Le hacía dibujos en los sobres y en los márgenes de los folios. Colgaba de las esquinas viñetas de arañas que hablaban. Tuve que preguntar a mis compañeros del seminario qué es lo que molaba y eso se lo escribía también. Por ejemplo, le pinté un «I LOVE A-HA» al pie de mi firma, con unas letras flipantes, después de averiguar quién cojones era el grupo ese de nórdicos que las volvía locas. Estuve casi dos horas currándome aquella gilipollez. También le copiaba las letras de las canciones que escuchaba en la radio, o las de El Último de la Fila, porque a ella le gustaban, aunque a mí me pareciera que cantaban para que nadie los entendiera. Una vez le dije que en el seminario habíamos

empezado a aprender inglés, y que las palabras que más me gustaban eran «I love you».

Cuando me vio ayer, sin embargo, no hablamos de las cartas que habíamos intercambiado ni de todas esas cosas que nos habíamos contado en el largo año de correspondencia después de que, por fin, se decidiera a contestarme. De lo de mi padre y su muerte afortunada, de la ridiculez de mi madre aún guardándole el luto. De las ganas que tenía ella de volver al pueblo para ver a todos. A todos.

Entendí que era normal. No nos habíamos hablado más que por carta y quizá las cosas debían seguir así, igual que siempre. No esperar nada.

Anoche Cristina ya se retiró tarde. La dejan más, como a todas las de su panda. Desapareció un rato con Joaquín, y luego la vi por el bar del Poli, que suele ser la primera parada. Se fueron al parque, no me atreví a entrar porque aún no estaba del todo oscuro y no quería agobiarla desde el primer día si quería que me siguiera haciendo caso este verano.

Al principio Tito se le arrimaba a cada rato. Sabría de su desaparición misteriosa y andaba pegado a ella para saber qué estaba pasando. Cuando se movieron al Stop fui yo también. La miraba desde la esquina de la barra pero ni me saludó. Luego, cuando se dio cuenta de que estaba, me dedicó una sonrisa breve.

La vigilancia estrecha de su hermano duró poco. Enseguida andaba con la Rosi otra vez. Ya estábamos como el año pasado, que parecen en celo. Es verlos juntos y todos piensan en la Rosi pronto con otro bombo y otro niño de otro padre, pero yo pienso en Cristina allí sola, sin nadie para vigilarla.

Cristina se estaba tomando un sanfrancisco o algo así, una bebida de esas para niñas buenas, aunque le dio dos tragos a la cerveza que le ofrecía Pedro cuando el Tito no estaba. Luego salió afuera y no la vi un rato, ni al Tito ni a la Rosi, y me puse a pensar en qué iba a pasar si su hermano se iba a manosearse con su novia y en que *mecagüendiós* que estaba sola, y los dos esos, las Hienas, los

de siempre, claro, que también estaban, que son como Dios omnipresente, a su alrededor siempre como mosquitos. Y con el calor como que se ponen peor, como si olieran la sangre y todo lo dulce, el aliento de la granadina que se le queda en los labios y que lo noto desde el otro lado de la barra cuando me dice hola como si acariciara, como si fuera a meterse por mi chaqueta y a soplarme, a aliviarme de pronto todo el calor.

Me puse malo pensando esas cosas, hasta que salí afuera y allí me la encontré hablando con la Rosi y al hermano con cara de estar medio enfermo también, que no sabía por qué hasta que los enteraos del pueblo me han contado una historia infantil de bolleras que no se la cree ni Dios.

Pero lo mismo me equivocaba del todo y no tendrían que ser esos cabrones mi preocupación, el Pedro y el Carmelo, sino el tal Joaquín. Otro primo aparecido. Ese primo. Nadie lo conocía hasta ayer, pero ahora querían conocerle porque lo que le interesa a Cristina les interesa a todos.

Anoche me tocó llevar a Joaquín a la plaza. Me tocó ver cómo miraba todo con indolencia hasta que vio a Cristina. No te jode, este. El puñetero valenciano, me dije secándome el sudor del cuello de la camisa para no mancharla.

Hoy ya no he ido a buscarlo y me he venido solo a la piscina. Creo que su madre llamó a mi madre esta mañana. La mía estaba disgustada, a pesar de todas las explicaciones que se escuchaba a la otra darle por el aparato que hasta yo lo oía: «Son chavales, son chavales, no seas tonta», y «ya se llevarán, mujer, no te preocupes». Pero mi madre se preocupó, como lo hace siempre, que de vez en cuando la descubro mirándome seria, y ayer me dijo que si quería hablar. ¿Hablar? ¿Con mi madre? Cuando se pone así cierro la puerta y bajo la persiana, y me quito el traje y lo cuelgo con muchísimo cuidado. No veo un pijo con la persiana cerrada, pero me sé todo de memoria. A veces me tumbo en la cama y respiro despacio hasta que se me pasa el calor que me da todo: el traje y Cristina, como un incendio. Yo estuve feliz de poder seguir a mi bola,

no tener que cargar con Joaquín, poder seguir siendo la sombra de Cristina, que para eso ella estaba ahí y era verano, y encima ella estaba así tan cambiada, tan mujer que daba vértigo.

Me acordaba de eso mientras la miraba desde el bar de la piscina.

Estaba con Olga, las dos sentadas en el bordillo del césped.

Joaquín apareció enseguida cuando estaba sentado allí, mirando cómo las Hienas cazaban y achicharrándome un poco con la americana negra. Se vino a sentar a mi lado. Dije «che, Joaquín», pero no pareció hacerle gracia. Llevaba una camiseta negra también y parecíamos dos plañideras extrañas y dolientes en el sol de agosto. Él miraba fijo allá abajo, donde estaban las dos amigas sentadas en el bordillo, donde la Olga parecía que los llamaba a voces a esos dos gilipollas, y eso que se suponía que era novia del Juande. ¿Y Juande qué?, pensé. Y que todas son iguales, joder. Pero es que todas habían cambiado mucho ese verano, les habían crecido esas cosas que son mucho más atractivas que nuestros mostachos. Aquellos dos se acercaban a Cristina y a Olga, cada uno bordeando la piscina por un lado y Joaquín y yo mirábamos como quien mira un partido de *ping-pong*. Yo ya estaba acostumbrado, pero, por lo que se ve, Joaquín no. Para mí que apretaba los puños y los dientes. No aguantó mucho: en un rato se levantó y se fue y yo le miré alejarse hacia la entrada de la piscina, y después tomar la cuesta arriba corriendo como si fuera a apagar un fuego, y por mirarle casi me pierdo el momento en que esos dos llegaron donde estaban estas, primero Carmelo, caladito, haciendo un charco entre sus pies, y luego Pedro, con la toalla atada a la cintura y la mano siempre apartándose la media melena de chica que tiene, en un gesto de esos de qué bueno estoy, y pensé que no iba a dar abasto para vigilar a tantos.

15. Cristina

Me he encontrado con Joaquín arriba de la cuesta que hay al salir de la piscina. Ahora apareces, he pensado. También he pensado otras cosas, pero como pienso a veces, por debajo, como por dentro. Son pensamientos que no se convierten nunca en palabras. Tampoco quería que lo hicieran: sabía que me sentiría mal. El tío estaba sentado en el suelo, bloqueando la acera estrecha, como para asegurarse de que le viéramos. Se había recostado en el cartel que señala la salida del pueblo, la carretera del monte y el albergue forestal, frente a donde vivíamos antes, en casa de mi abuela. Se lo he señalado cuando se ha puesto en pie al vernos, y también la casa de la Benita, donde había pasado yo tantas tardes, de pequeña, si mi madre tenía cosas que hacer. Los demás enseguida nos han dejado atrás, charlando, y yo estaba tan nerviosa que hablaba sin parar.

La Benita era bastante más joven que mi abuela, y Vanessa, su hija, me parecía tan moderna. Era la pequeña de tres hijos; los otros se le habían marchado ya a la Benita de casa cuando yo las visitaba, y como nació así, a destiempo, pensaba nuestra vecina que ya estaba mayor para embarazarse. A la niña la llamó Vanessa por la doble ese, porque también le vino con doble alegría, primero al saber que estaba encinta y no moribunda —así de mala se puso después de concebirla—, y luego cuando fue una niña. La primera vez que Vanessa me enseñó el cajón donde su madre tenía guardada toda su ropa de bebé me alucinó la explosión de rosa en aquel cuarto tan austero. Al parecer, después de parir le había llevado al cura toda la ropa blanca y beis que le había cosido durante la espera, para que la repartiera entre los pobres. En las primeras noches en vela, poseída de energía, le tejió un ajuar completo de

ropita nueva de ese color, con la mejor lana, con hilo y perlé y con encajes que le encargaba al gitano Ginés, al que pagaba a plazos. Vanessa llevaba con orgullo su nombre, porque su madre se enfrentó al padre para ponérselo, que la única niña que iba a tener no iba a llamarse como ninguna virgen ni muchísimo menos Dolores, como su suegra. Con lo que ganaba Vanessa haciendo de canguro de Paquito, el niño que vivía enfrente, se había comprado los avíos, como los llamaba ella, que los tenía escondidos en una caja bajo la cama para que su madre no se enfadara, y que eran sombras de ojos, pintalabios y pintaúñas, y tabletas de sucedáneo de chocolate y pastillas de jabón.

Joaquín se ha reído muchísimo cuando le he dicho que el Paquito al que cuidaba Vanessa era su primo Paco, el que le había llevado a la plaza anoche, que entonces era un crío mirón y ahora seguía igual, solo que desde que se le murió el padre le había dado por ponerse un traje que era suyo y pasearse así, y a mí me daba pena y ternura, que era un buen chico y educado. Joaquín me ha dicho que estaba *zumbao*, que era un raro, un *boig*, ha dicho, pero yo le he defendido porque me cae bien, y porque puede que sí se haya quedado un poco tocado por la muerte del padre de esa forma tan monstruosa, que hasta le habían tenido que sacar a trozos con un zacho de entre los dientes de la sierra aquella que era como una rueda de camión. Joaquín se ha dado cuenta de que no me hacía gracia que se riera de Paco, así que ha cambiado de tema y me ha preguntado por los dos de la piscina. He intentado disimular la sorpresa, porque había pensado que al final no había aparecido por allí. Claro que estaba, ¿no te dije que te veía hoy?, ha dicho, como si aparecer a las ocho y media de la tarde fuera lo normal. Como me he callado, me ha preguntado si es que estaba nerviosita ya, así, con ese diminutivo otra vez, y yo no sé qué es lo que me pasa cuando dice esas cosas, que me da por pensar que es normal que le hayan partido el diente. Se habrá dado cuenta de que tampoco me ha sentado bien.

—Tenía que estudiar —ha confesado al final, y me ha contado que estudia primero de carrera, aunque ya ha repetido un año. Quiere ser aparejador, pero es difícil.

—¿Te han quedado, o qué? —le he preguntado.

—Unas cuantas. Pero no porque sea tonto, joder, es que este año no me apetecía darle ninguna alegría a mi padre.

—¿Y eso? —le he preguntado.

Luego se ha encogido de hombros y se ha señalado el diente y me ha dicho que si quería me contaba esta noche. Me he quedado un rato callada pensando si eso sería una estrategia para repetir y quizá ir un poco más allá. Al final he decidido preguntar.

—¿En el parque?

—Me gustó. Se está tranquilo —ha dicho—. Solo si tú quieres, claro.

—Podríamos ir, pero no tan pronto quizá.

Sabía que me arriesgaba a que me malinterpretara, que pensara que estaba dispuesta a todo, pero prefería que no me vieran irme con él. Sería más fácil escabullirse después, con todo el lío en el Stop, o si nos íbamos un rato a bailar a la plaza; que me cubriera Olga, o Cruz; darle así también esquinazo a Tito cuando ya llevara unas cuantas.

—Mira —le he dicho con un valor que me desconocía—, yo también prefiero poder hablar contigo tranquila, pero no quiero que nos vean todos irnos.

—¡Si ahora ya vamos apartados de los demás! —ha dicho, señalando a la pandilla que ya nos sacaba un buen trecho.

—Es distinto, a la luz del día no es lo mismo.

Me ha mirado, ha rodado los ojos y se ha echado a reír.

—Estáis fatal aquí —ha dicho, pero luego se ha puesto serio—. Va, no, creo que te entiendo. Esto es lo que pasa en los pueblos, Joaquín, che —se ha regañado él solito.

He sonreído aliviada, aunque la perspectiva de más oscuridad y quizá de más tiempo me estaba haciendo hervir la sangre, también tener que buscarme enseguida un encubridor. Todo esto lo íbamos

hablando al mismo tiempo que caminábamos hacia el centro del pueblo, porque la piscina está casi al final, no tanto como las casas nuevas donde vive él, que quedan arriba ya, tirando a la derecha por la carretera de Sotomonte, cogiendo la forestal. También le iba señalando los sitios que me parecían interesantes, los bares, los pilones, y le contaba anécdotas de la pandilla o cosas graciosas que le hubieran pasado a alguno del pueblo, o a algún forastero. Por el camino se iban quedando algunos que vivían antes de la iglesia.

—¿Y dónde estabas en la piscina? —me interrumpí.

—¡Ah! Arriba. Iba a bajar pero como os vi tan a gusto con esos —me dijo.

—¿Los Novios? —le pregunté.

—¿Es que son maricones?

Me partí de risa. De pronto se me fueron los nervios. Le expliqué que era un mote, porque siempre iban juntos.

—Ya me parecía a mí —dijo.

—Te aseguro que maricas no son. —Me reí—. Si tienen a casi todas locas por aquí.

—Ya. ¿Y a ti?

—Pues vamos a ver. —Quería explicárselo para que no pensara nada raro—. Pedro, el que tiene así el pelo larguito, pues ese se supone que es mi novio desde que éramos críos, pero de estas cosas de los pueblos, ¿sabes? Porque es guapo y de los pocos que estudian, pero a mí no me gusta. Es un salido. Como Carmelo, que supongo que por eso le llaman el Sucio.

—¿Pero no has tenido nada con él? —me dice.

—¿Con Pedro? —le pregunto, y él me lo confirma con un gesto—. Pues no. Claro que no.

—¿Y con otros? —insiste.

—¿Y este interrogatorio? —le corto, algo molesta.

—Está bien —claudica—. ¿Qué es eso del albergue forestal? Lo he visto en el cartel donde estaba sentado.

—¡Ah! Yendo para tu casa, mucho más arriba, en el monte, hay un albergue. Es un sitio muy chulo aunque no tiene luz, y agua solo

de un pilón cercano. Se quedan grupos de excursionistas y cosas así. Se supone que no se puede, pero también suben del pueblo a hacer botellón. A mí me da un poco de asco, porque a veces suben parejas.

—¿Condones? —me pregunta.

—Sí —confirmo, y no puedo evitar ruborizarme—. El sitio está arriba del todo del monte, es precioso. Hay un claro entre los pinos al lado, y aunque está prohibido hacer fuego, los excursionistas prenden hogueras, cantan y se cuentan historias de miedo. A veces subimos cuando hay algún grupo. Lo que pasa es que luego se ponen a beber y pasan cosas.

—¿El qué? —dice.

—¡Si lo sabes mejor que yo!

—¿No quieres decirlo? —me pregunta.

Me callo. Él dice:

—Suben a follar.

No hablamos durante un segundo que parece un año.

—Una vez subí con mi padre a ver las lágrimas de san Lorenzo, la lluvia de estrellas —cambio de tema—. Cuando empezó se veía el cielo redondo y tan claro como si solo estuviera anocheciendo. Nos tumbamos allí y vimos las estrellas fugaces mucho rato. Recorrían todo el cielo y dejaban una marca detrás como la de los aviones. No parecían fugaces porque daba tiempo a pedir muchísimos deseos. Fue increíble. Por cierto, ¡es mañana!

—Ya eres un poco mayor para subir con tu padre, ¿no?

—Ya —le digo—, sí.

Y de pronto estoy deseando llegar a casa.

16. Ana María

Cuando Sole se fue para Valencia con esa preñez adolescente que solo se le notaba en los ojos, nadie volvió a hablar de ella delante de mí. Como si no hubiera existido ni hubiese sido mi mejor amiga, pienso mientras miro desde el balcón cómo llega Cristina con su pandilla.

Nunca pude imaginarla así, Soledad con tripa, ni tampoco pariendo después, ni criando al chico, aunque en algún momento me enteré de que tuvo un varón y lo llamó Joaquín. Me lo dijo la Benita, la vecina de mi madre, que nunca fue maliciosa ni meticona ni era de esas de creerse cualquier cosa que dijera la gente. Si daba oídos a la historia de amiguitas que iba por el pueblo, a ella no le importaba porque me quería como a una hija, sobre todo antes de que le naciera la suya. Y a Cristina la ha cuidado tantas veces que es como otra abuela. El niño de Sole viene por ahí con los otros. Se han dado prisa en hacerse amigos, ya es casualidad que se junte con estos. Han pasado la iglesia y se han parado al pie de la cuesta a despedirse y quedar para luego, supongo yo. Solo fue ayer que le puse por fin cara y ojos al chico y ya ni recuerdo cómo le imaginaba antes. Su padre llegó al pueblo en aquel entonces con pinta ufana, dejándose ver por todos, convidando sin que nadie lo esperara, casi tirándose él solito al pilón de los novios, como si le resbalara la indiferencia general porque se llevaba la prenda del pueblo. Es así: todo lo que decían de Sole y a la hora de la verdad no querían que se la llevara nadie. Yo a él le veía cara de choncho, de malaleche, y aunque era guapito se me aparecía como uno de esos tomates que tienen buena pinta por fuera y por dentro están marrones. A Sole no le dije nada porque después de que me regalara la mariposa la

esperé en el lavadero varias noches, como habíamos quedado, pero no apareció.

Cuando llegó Ernesto, el Francés salía siempre con él para mostrarle el pueblo y presentarle a todos, mientras Sole se quedaba en casa, que una futura novia no tiene que exhibirse tanto. Aunque el casamiento iba a ser pronto, la cosa se precipitó porque Ernesto no era de esos que procuraran disimular. El primer domingo que sonó el campanillo tocando a misa dijo que él no creía en las fiestas de guardar, que se les uniría en el aperitivo, y al padre de mi amiga se le llevaban los demonios, que medrar había sido su vida. Se le oían tanto las voces que la madre de Sole tuvo que hacerle callar antes de que pudiera irse de la lengua o matarle a palos por descreído y chuleta. Eso decían. Era un pollo pera, un lechuguino; no le gustaba el campo, no le gustaban el monte, ni los castaños, ni las higueras, ni los guindos. Tampoco los paseos, ni el pueblo, ni la pesca, ni el tiro al plato, ni el vino de los bares, ni las migas. Nada que fuera nuestro, nada de aquí. Creo que solo le gustaba Soledad, a la que quería llevarse lejos cuanto antes, por evitar que la fachada bonita que tenía se *arringara* toda porque estaba hecha de cemento armado sobre un entramado de cañas huecas. Ay, cuándo se habrán conocido su hijo y mi Cristi, si llegaron el otro día, que por casualidad los vi bajándose del coche cuando estaba en la cocina de la Benita, que me fui para allá a conocerle a la nieta, la Desirée que se llama, para perpetuar eso de las letras dobles. La fatalidad siempre con prisas. Yo también tuve que apresurarme entonces, acelerar la vida para no morirme de pena. Y claro, ¿qué será?, ¿dos años mayor que Cristina? Si llega... ¡cómo no van a conocerse!

Se marcharon al día siguiente del casamiento, bien prontito, como forajidos. Ese día Sole tenía la tripa tan plana como siempre, seguramente apretada por una charpa ajustadita, qué bueno era para su hija el Pintado. Llevaba un vestido azul, el collar de la mariposa al cuello, cara de susto. Yo me había levantado con el gallo para verla partir; amanecía detrás de ellos, me rodaban lágrimas por la cara de mirar de frente al sol y de la pena. Después, hasta que la

Benita me informó del nacimiento yo pensaba muchas veces en mi mano sobre su tripa la última noche, si habría hecho hervir al pez chupón de adentro, si lo habría perdido de tanto desearle yo un costalazo bueno. Admito que yo pedía para que se le quedara lelo al sacarlo o se le resbalara al médico de las manos como ocurría con la niña de la famosa canción: así tendrían que internarle al crío y Sole podría regresarse al pueblo. Y todos contentos, ¿o no era feliz la niña que hasta se enamoraba y todo?

Fue providencial que apareciera Alberto. Le llamaron enseguida el Marica, quizá porque el pueblo bullía por llamármelo a la cara, pero no iban a hacerlo, que de los huertos de mi familia vivían muchos. Era alto, flaco, con el pelo pobre, y tenía la costumbre de leer en público, lo que la mayoría llevaba mal, lo encontraba pedante. Vino para hacer la revisión del catastro, casi inexistente, y para ponerle las pilas al ayuntamiento para que aprovechara una prosperidad que no podría durar para siempre. Era instruido, funcionario, un buen partido; al tercer día papá ya le había invitado a comer a casa. Cristina se parece a mí y Joaquín a su madre, pues sí que estamos buenos, y hasta desde aquí veo que no se quitan los ojos de encima y que cada vez que se sonríen miran al suelo como para ocultar el rubor. ¿Te imaginas que tienen algo como tuvimos su madre y yo? ¿Éramos tan jóvenes? Entonces crecíamos más deprisa.

Se ha parado todo el grupo delante de la casa de Juande, el de la Maricarmen. Algo pasa entre Juan de Dios y Olga, se les ve mohínos. Desde aquí no se oyen las conversaciones, pero me basta con verlos. Se estarán despidiendo, quedando para luego, para esta noche. Con ese pelo que traen, mojado, y la toalla empapada colgando del hombro. Qué escalofrío. Esa humedad a la sombra y esas sonrisas de Joaquín y Cristina, que van y vienen por detrás de los demás, como nos pasaba a Soledad y a mí, igualitos. Como lo vea su padre... Si nunca habían vuelto, que casi había conseguido conjurar a Sole después de tanto tiempo, que dejara de doler como una yema rajada. Virgen María. Si se gustan, Dios no lo quiera, ya tenemos el lío con los hombres, que ya estoy procurando yo que a

Alberto no le llegue que Soledad ha vuelto, no vayan a reabrirse las heridas. Recuerdo la cara de pasmarote con la que vino del bar un día, allá cuando éramos casi novios y que mi padre le llamó aparte y allí estuvieron encerrados en la sala con la radio encendida de fondo, y cuando salió me tomó de la mano, aunque temblaba. Lo que le costó superar las insinuaciones de si es macho o no solo por casarse conmigo, como si hubiésemos matrimoniado para guardar ambos las apariencias. Hasta que no nació Tito y le vieron la cara, la duda de la gente me dolía como ver un monte quemado. ¿Y Ernesto? Después de lo que le vi el otro día, miedo me da. Cruz y Raquel se van hacia la izquierda, para donde las casas de las fábricas, y Olga se va para su casa, que aún le queda un trecho hacia arriba, pero primero le planta dos besos a mi Cristi como si no se vieran a cada rato.

Entonces no nos dábamos tantos besos, pero podíamos cogernos de la mano o de la cintura, bastaba arrancarse a cantar para que nadie sospechara y yo era muy cantarina, como no lo he sido después, porque cuando se fue Sole se me murió el pajarito cantante. Se han quedado solos los dos, bailando los pies, que digo yo que si pretenden algo no se les ocurrirá ahí mismo que cualquiera los ve. Que no, que mi Cristi tiene cabeza. Se viene ya para casa mientras él se queda ahí al pie de la cuesta, delante de la iglesia, mirando cómo mi hija sube. Es guapo el chaval, muy guapo, aunque vaya con esas pintas tétricas. ¿Debería ir a ver a Sole? ¿Si voy hablarán? ¿Si no voy no hablarán más todavía? ¡Señor, qué castigos nos mandas a estas alturas! Sigue mirándola el chico. Cristina me saluda con la mano y desaparece. Habrá entrado en casa. Joaquín sigue ahí. Quizá se ha dado cuenta de que estoy en el balcón. En casa quitamos los visillos, aunque pusimos cortinas de tubitos por las moscas, pero entran igual. Me gustaría que corriera el aire, que hubiera una nube en el cielo que tapara el sol, amanecer y que Sole no hubiera vuelto, que este fuera como cualquier otro verano.

¡Cristina, cámbiate, hija, no estés con el bikini mojado!, grito a la niña. Ha puesto el radiocasete, el grupo ese que el cantante parece un mirlo triste. Devuélveme a mi chica, dice, pero si se lo pide así,

con ese miedo, no la recupera. Devuélvemela, Ernesto, pienso yo, con el mismo miedo. Voy a llamar a mi madre, o a la Benita. Ellas sabrán si con las fiestas han cambiado el horario de las misas. Tengo que ir a confesar, sí, pienso mientras miro al hijo tan guapo de Soledad y cierro las contraventanas para que no moleste el sol de poniente.

17. Paco

Por supuesto que Cristina es lo mejor y lo peor del verano. Con esta intranquilidad apenas duermo en todo el mes. A veces extraño los días en el seminario, cuando al rato de la cena nos apagaban la luz y yo podía pensar en ella sin que nadie me interrumpiera y hasta que por fin cogía el sueño.

Tengo buena imaginación, así que solo pensaba historias en las que los dos éramos protagonistas: yo le contaba mi vida y a ella parecía que le interesaba. Mi favorita es una en la que Cristina me dice que va a venir a Ávila, y yo me escapo por la noche para colarme en su hotel. Llamo a la puerta y me abre en camisón y la convenzo para enseñarle la ciudad de noche, que es tan romántica, la piedra iluminada parece dorada y mágica. Paseamos y hablamos y cuando está amaneciendo tenemos frío y una cosa lleva a la otra hasta que nos besamos. A veces, en el sueño, ella solo lleva una chaqueta sobre el camisón y unas zapatillas de casa como de raso, y cuando la beso siento su cuerpo desnudo debajo y me despierto con una erección. Otras veces, allí tumbado, me daba por pensar qué andaría haciendo, si habría conocido a alguien, si se habría enamorado de él y ya no tendría yo la más mínima posibilidad. Entonces pensaba en sus cartas para no desvelarme. Muchas veces, cuando me escribe, no sé de qué va, es como si me mirara con ojos lánguidos para luego rechazarme. Quizá porque no me cuenta detalles, no soy su confidente, apenas me escribe sobre recuerdos del pueblo, me dice cómo echa de menos los veranos y cuenta anécdotas de su colegio, pero siempre acaba con un «tu amiga que te quiere» o un «love» y muchísimas cruces y circulitos que según me ha explicado significan besos y abrazos. Sus cartas valdrían para cualquiera: nunca me pregunta cómo estoy ni comenta lo que yo le

haya contado antes, es una niña mimada que se divierte presumiendo. Pero cuando la imagino todo ese rato pensando en mí se me pone una sonrisa que nadie conoce, porque solo me sale en la oscuridad. Aquí en el pueblo es distinto. Cuando la veo y me saluda, este trajín que me traigo merece la pena, aunque reconozco la rabia que me da cuando todos la miran, y en especial cuando Pedro la ronda de esa forma babosa, insistente; como anoche, que cuando sonaba el «Gimme Hope Jo'anna» se lo cantó enterito y en su cara delante de todos, dándole vueltas alrededor, soplándole el humo del cigarro, agarrándola de la cintura.

Me he venido directo al Stop porque sé que en el parque no pasará nada, que si acaso es aquí, donde los grupitos se mezclan, cuando surgen las historias. En el seminario tengo un compañero, Ovidio, que se llama así no por tradición familiar sino porque sus padres admiraban al poeta, pero a él no le gusta nada la poesía: es un flipado del ajedrez. Soy el único que no le huye porque no tengo más amigos y me obliga a jugar aunque yo sea un contrincante pésimo. Por eso sé que soy como un peón, que mientras doy pasitos me toca mirar cómo los caballos atacan y los alfiles se desplazan rápidos y bloquean las salidas de las reinas. Pero perderme es perder una pieza importante. He visto a Cristina al llegar; está hablando con Raquel, y eso me alivia, porque Raquel es la más pava de sus amigas, una chica maja. Olga está en la barra, con Juande. Parece que al fin han hecho progresos. Tienen las cabezas muy juntas; ella bebe algo que no parece solo limón. Los tres Mosqueperros están desaparecidos, quiero decir, los Novios y el puñetero Joaquín, pero la euforia me dura poco porque, cuando vuelvo a mirar a las dos amigas, Raquel se tensa y se acerca al oído de Cristina, como si esto fuera una disco con la música a todo trapo. Es un cuchicheo brevísimo que produce un efecto inmediato en Cristina: se estira, intenta relajar el cuerpo, aunque no le sale bien; imagino que ensaya que se divierte. Raquel también ha dejado de sonreír tímidamente y ahora luce una sonrisa grande, falsa. Estoy de espaldas a la puerta pero el movimiento de las dos me dice que

acaba de entrar alguien, que detrás de mí está el objeto de los desvelos de Cristina, que Raquel estaba de vigilante y ya fue con la noticia. No quiero volverme porque me jodería mucho que fuera Joaquín. Me acerco a pedir a la barra y me coloco en el extremo en el que puedo ver la entrada. Cuando llego y me decido a mirar a quien sea se lo ha tragado la multitud. No debería mirar más, pero miro. Mientras me ponen la cerveza registro el bar, cada cara conocida. No está Joaquín, no están los Novios, ¿acaso no era ninguno de ellos? Estoy pensando en las posibilidades que eso abre cuando veo a Joaquín. Cojones. Está plantado ahí en el medio, no se ha acercado a pedir nada, no lleva un vaso en las manos ni parece que vaya al baño. Desde donde está puede ver a Cristina y ella a él, pero no se miran, quizá a propósito. Enseguida se le acercan varias chicas. Son de la panda de la Rosi, la novia de Tito, aunque la Rosi ya no salga con ellas por andar todo el día pegada al Tito como un chicle *mascao*. Veo que Cristina le mira, le intuyo un gesto de decepción, y se mueve enseguida con Raquel hasta la barra. Me ve a mí, me hace un gesto de saludo con la barbilla. Al menos sabe que estoy. Veo cómo sirven a Cristina un sanfrancisco y a Raquel un Martini con limón. Luego se dan la vuelta, se quedan hablando cerca de la barra, cambian de dueña las bebidas. Muy pronto las dos salen del bar y, aunque quiero salir detrás, sé que debo esperar un poco. Cuando estoy a punto de ir aparece Vanessa con un *Paquitoooo* y un abrazo. Creo que es la única que me quiere de verdad en este pueblo. Me dice que estoy ardiendo con la americana puesta y me toca la frente. Sonrío por toda respuesta y ella me dice qué rarito eres; yo no me mosqueo porque tenemos confianza, me cuidaba de chico. Por eso mismo no puedo salir corriendo detrás de las dos amigas. Hablo con Vanessa medio mortificado, procurando disimular, con la atención puesta en el movimiento de la puerta. Me cuenta que dejó a la Desi con su madre, el tiempo que hace que no sale, que al menos la niña ya toma el bibe y ella puede volver a tomarse una cerveza, que parece mentira echar de menos el alcohol. Me invita a otra ronda mientras me pregunta de todo sobre el seminario,

si acaso voy a ser curita. Ella sabe que no y se ríe muy fuerte mientras me lo pregunta. Luego quiere saber si hay avances con Cristina, a ella no he tenido ni que decírselo porque según cuenta yo aún no hablaba bien y ya me las apañaba para decirle que quería ir a ver a Cristina. Bebé Ina, le decía yo, y señalaba la casa de enfrente, aunque yo no me acuerdo de eso, sino de auparme a un cuco y pasar el dedo por la cara de Cristina, que hacía pucheros.

Por el rabillo del ojo me doy cuenta de que Raquel ha entrado en el bar. Da los últimos tragos al sanfrancisco, pero Cristina no viene con ella. Cuando aparece el marido de Vanessa —un cejijunto al que no sé qué le ve—, hablamos un poco los tres, pero yo no le caigo bien, así que enseguida se despiden y me quedo en la barra, acabándome muy despacio el botellín. También veo a las amigas de la Rosi, vaya por Dios. Ahora están mezcladas con otros chicos, pero ninguno es Joaquín. Me pido otra porque necesito una excusa para no salir; Cristina y Joaquín tienen que estar fuera por fuerza, pero a la mitad de tomármela veo que salen Olga y Juande, ella agarrándose a la espalda de su camiseta, dando minipasitos como si se escondiera detrás de él. Doy dos tragos largos y salgo detrás con la birra.

El Stop está un poco por encima de la plaza, hacia un lado, haciendo esquina con una cuesta pronunciada que hace que las ventanas del local queden solo un poco por encima de la calle. Desde fuera se oye la juerga del baile porque la orquesta lleva ya un rato tocando. Es la hora de «Paquito el chocolatero». La ponen para que la gente se anime al principio y la bailen los críos. Luego la tocan también más tarde, cuando el personal ya va bebido y la línea de la conga es tan larga como una fila de procesionarias. Me parece que hay tanta gente fuera como dentro del bar. Acaba la conga y reconozco los acordes de la historia de Rufino, un señor con clase, lo que me gustaría ser para invitar a Cristina y que se dejara querer como la de la canción. Hay un punto en el que se mezcla la música del Stop con la de la plaza, Gabinete Caligari con Luz Casal en la voz de la vocalista de la Orquesta Fantástica.

Salgo del ensimismamiento musical por la risa estridente de Cruz. Está fuera con toda la pandilla, localizo a Cristina sentada con Joaquín en el poyo de una ventana del Stop. Imagino que, aunque no está muy alto, el caballero rubio de la Orden del Diente Partido la ha ayudado a encaramarse ahí. Balancean y entrechocan las piernas, hablan con los otros de la panda. No puedo oírlos pero se lo pasan bien. Ya me imagino mañana a toda la peña hablando de los progresos del valenciano y de qué le habrá dado a Cristina para tenerla así de embelesada. Siento una pena enorme de mí mismo, me veo como un fantoche, como un paleto quiero y no puedo con el traje brilloso. Así que decido perderme un rato, porque de aquí de todos modos no se mueve la gente todavía. Me bajo a la plaza y miro con envidia a los niños y a las señoras mayores moviendo el culo, sacudiendo sus brazos alados arriba y abajo con un pasodoble de Manolo Escobar. Al rato me aburro de mirar los mismos traseros y voy a los bares que están ahora vacíos, esperando la clientela que llega un poco más tarde. Los pocos parroquianos que hay me conocen todos, somos de la fraternidad de los bichos raros. Me tomo chatos con el Eladio, el farmacéutico, del que se rumorea que le gusta ofrecer piruletas a las niñas en la trastienda; con Domin, que corta el pelo y también la chupa; y con Roque, que tiene la piel curtida de la huerta, las manos grandes como coles y lleva los pantalones atados con un cordel. Cuando me canso de zascandilear con los perdedores vuelvo al Stop. Todo sigue igual un momento, pero enseguida los de la pandilla de Cristina vuelven dentro y Joaquín y ella se quedan solos. Pienso que han ido a pedir, pero no salen, y los tortolitos pelan la pava delante de todos. Estoy amargado, pienso, pero no me da tiempo a recrearme en la autoconmiseración: un trompazo en el hombro por poco no me hace caer. Cuando quiero reaccionar me doy cuenta de que un hombre ha entrado en el bar, va muy rápido, se abre paso a topetazo limpio. Se oye griterío y me acerco para mirar adentro. Oigo los hijos de la gran puta y los puto cabrón por encima del ambiente festivo y denso del interior, algunos tropiezan, sale una chica con la pechera

empapada, se ha tirado la copa encima. Veo que la parejita salta del poyo. Reconozco a Ernesto cuando sale afuera buscando a su hijo, increpa a los que le miran y se ríen y se marcha con paso vacilante por donde vino. Me espero un poco y salgo detrás: tengo que encontrar a Cristina.

14 DE AGOSTO DE 1988

18. Cristina

—¿Y dónde os metisteis, tía? —me pregunta Olga.

Estamos las dos otra vez en la piscina con las chicas, porque chicos no hay; casi todos han subido al monte con las cuadrillas forestales. Estos días son los más aburridos, pero cuando me quejo en casa mi madre me regaña: que si el monte es el medio de vida de la gente de aquí, que si hay que cuidarlo y tenerlo limpio, que no tengo ni idea de lo que es un incendio. Le digo que sí lo sé, que si no se acuerda cuando cruzamos a Portugal hace un año y papá nos dijo que cerráramos la ventana porque se nos llenaba el coche de carbonilla y que durante una hora larga solo hubo un paisaje retorcido y muerto. ¡Muy bonito!, me dice, y me recrimina *quenosénada*, *quenosénada*, *quequésabréyo*, mientras se marcha a hacer algo, y me grita que si para mí un incendio es como ver una película. Tonta, me dice, a ver si empiezas a crecer, así que ya ni me quejo del aburrimiento.

Le estoy contando a Olga el soponcio que me dio ayer, después de que saliéramos corriendo del Stop. Yo no sabía lo que estaba pasando, pero sí notamos follón dentro del bar. Joaquín y yo nos volvimos para mirar por la ventana en la que nos habíamos sentado. A mí no me dio tiempo a ver a nadie cuando ya estaba abajo; casi aterrizo con las rodillas del tirón que me dio Joaquín, pero me levanté inmediatamente y corrí con él, porque no me soltó la mano. En un momento se paró, dijo que teníamos que escondernos. Me empezaron a pitar los oídos, sentía la cabeza como un relleno de cojín, pero le dije que podíamos ir a las escuelas.

—Es verdad —dice Olga—, ¡el verano pasado aún nos colábamos cuando estaban cerradas para entrar desde ahí a la finca de Melchor! ¡Qué buen escondite!

—¡Y qué buenas las uvas! —le recuerdo a mi amiga y se le ilumina la cara.

—¡Sí! —me dice—. Aunque a veces las encontrábamos ya picoteadas por los pájaros —recuerda—. Sigue, anda, no me dejes colgada en lo bueno —me dice mientras rebusca en su bolsa un paquete de pipas.

Asiento, acordándome de lo rica que sabía la fruta mangada. Luego le sigo contando que llevé a Joaquín al hueco por donde entrábamos el año pasado, una parte de la valla vencida hacia adentro por algunos gamberros. Por suerte no la habían arreglado. Nos encaramamos e hicimos equilibrios sobre el mallazo tumbado hasta colarnos adentro. Delante habían puesto unas vallas de obra para que los niños no se acercaran a esa parte del patio. Tuvimos que saltarlas. Lo que en cualquier momento hubiera hecho con agilidad, me supuso apretar los dientes, el palpitar loco del corazón, pero quería ignorarlo. Llevé a Joaquín a la entrada del edificio.

—¿Te acuerdas de la puerta de la escuela? —le digo a Olga.

—Sí. —Se ríe—. El murete de la escalera la tapa desde abajo; si te sientas en el suelo y hablas bajito parece que no hay nadie.

Confirmo con la cabeza. Aquel escondite lo conocíamos de sentarnos ahí a dar cuenta del botín de Melchor, incluidos los madroños que encontrábamos maduros y que nos retábamos a comer, y también a beber calimocho. Sigo contándole que cuando llegué con Joaquín me dejé caer de un culetazo y a continuación cerré los ojos y me vencí hacia un lado. Le oía llamándome como si estuviera arriba del monte, sobre las copas de los pinos. Se quitó la camiseta y la estiró en el suelo, me movió para que apoyara en ella la cabeza, aunque no lo supe hasta que un rato después empecé a espabilarme un poco. Joaquín me abanicaba con la mano, me soplaba frío en el cuello.

—Te ha dado una pájara, tía —me dijo.

Como le miré sin comprender, me explicó:

—Sí, como a los ciclistas del Tour.

Olga me detiene, incrédula:

—¡O sea, tú fatal y él hablándote del Tour!

Se está riendo y a mí también me entra la risa.

—Ya, casi me da algo, pero es que el pobre se asustó —le digo.

Olga suspira y pestañea como la pata Daisy cuando se muere de amor por Donald, y la regaño por mala. Me insiste para que siga.

Le di la razón con lo del Tour a Joaquín con un movimiento de cabeza y volví a cerrar los ojos. Te he puesto encima de la camiseta, me dijo, es que esto está lleno de tierra. Pensé en los críos entrando en tropel con las botas llenas de barro seco, era una imagen alegre que me hizo sentir bien. Luego me acordé vagamente de que era verano, que nadie llevaba botas ni había niños entrando al colegio por las mañanas. Será el aire que trae la tierra, pensé, porque notaba una corriente que me tenía la piel erizada y el estómago como si se me hubiera cortado la digestión.

—Pero ¿qué dices? ¡Si anoche hacía un calor! —dice Olga, interrumpiéndome otra vez.

—Ya, joé, pero es que estaba malísima. Flípalo, si hasta me puse en posición fetal y me agarré los brazos porque era como si se me hubieran dormido y se me despertaran llenos de hormigas.

—¡Qué horror! —dice Olga.

—Joaquín se ofreció a acercarse a un pilón a por agua —le digo a Olga—, pero le contesté que no, que prefería que no me dejara sola.

—¡Pues claro! —Olga lleva un buen rato comiendo pipas como si le fuera la vida en ello. Las tira al suelo y me fijo en que la tía de Raquel la mira con intención de levantarse y reprendernos. Dudo si decirle algo, pero me imagino que Olga va a pasar de todo y que no merece la pena que me moleste—. Venga, sigue, que seguro que ahora viene lo mejor. Estaba sin camiseta, ¿no? —me dice.

Ahora venía la parte más difícil de contar. No sabía cómo decirle a Olga lo que había pasado, o mejor, que no había pasado nada pero que yo sentí que sí, que había pasado algo importante.

—Joaquín me retiró el pelo de la cara —comienzo—. Estaba muy serio, me dijo que no podía quedarse ahí como un pasmado, que a ver si iba a darme otro desmayo, pero le tranquilicé porque ya me

sentía un poco mejor. Yo no quería decirle que era la primera vez que me había tomado dos copas, más la cerveza que me bebí en el garaje de Cruz cuando fuimos a buscarla, pero al final confesé. Eso y el susto, añadí, que estábamos ahí tan tranquilos y de pronto estábamos corriendo y no sabía por qué. Entonces fue cuando me enteré de lo de su padre, ¡qué miedo, tía!, ¡es un pirado!

—Pues eso que no estabas dentro, que a nosotros casi se nos cae el vaso de la impresión; parecía el tío ese que se transforma en Hulk, pero en colorado. Además tenía algo malo en los ojos.

—¿Malo?, ¿como legañas? —pregunté.

—No, hombre, algo que asustaba mucho, maldad.

—Odio —le digo.

Olga se estremece y yo me quedo callada recordando lo que Joaquín me había contado. Y cómo se mezclaba todo en mí: su proximidad y el escondite, el miedo y la emoción de estar a solas con él y el terror a su padre, pero, sobre todo, la incredulidad por lo que escuchaba.

—Y luego tenías que ver las voces que pegaba fuera —sigue Olga—. Llamaba Ximo a Joaquín, como los caramelos. Por eso no me enteré al principio que le buscaba a él, luego me lo explicó Juande.

—Es que así llaman a los Joaquines en Valencia —le explico.

—Pues mira, caramelito sería un buen mote —dice Olga y las dos nos reímos.

—Al poco tiempo ya me encontraba mejor —le sigo explicando a mi amiga—, pero me quedé tumbada. Joaquín se echó a mi lado y le pedí que me explicara todo, por qué su padre habría entrado así en el bar, qué le pasaba. Estuvo un buen rato callado, me pareció una eternidad, y luego me contó que era un hijo de puta, así lo dijo, y que aunque había estado deseando venir al pueblo a ver la casa ahora solo decía que quería irse de aquel agujero asqueroso que no había cambiado ni un poco. También me dijo que su madre andaba con pies de plomo para no disgustarle más, porque cuando su padre no estaba a ella se la veía radiante, contentísima por estar otra vez

en su pueblo. Decía que abría la ventana y le volvían de pronto todos los olores de su infancia y que le daban ganas de llorar.

—Uf, qué bonito —dice Olga.

—Ya, pero imagínate yo, que me dio por pensar que lo mismo al día siguiente desaparecía si al padre le daba la ventolera —le contesto.

—¡Hala, eso es que estás enamorada! —me dice Olga—. ¡Ay, tía, por fin!

No sé si lo estaré o no.

Pienso en el pelo rubio y en el diente, y en ese aire de suficiencia tan incómodo. Pienso en los diminutivos que a veces usa y en sus silencios. Sé que no me hace falta utilizar la balanza, no hay duda. Me molesta un poco ese «por fin» de Olga. Ella parece que me lee el pensamiento:

—Si sientes que si se va puedes llorar durante días, eso es que estás enamorada.

—Entonces supongo que sí —le confirmo mientras me maravillo de esa fórmula tan acertada.

—¡Estás coladita! Ya lo sabía yo. No querías decir nada pero se te notaba desde el primer momento. ¡Si fue un flechazo! ¡Verás cuando se entere Pedro!

—Qué va, yo no creo en eso de los flechazos —le digo—. Y paso de Pedro, joer, a ver si os enteráis.

—Bueno, no te enfades, pero no me digas que no parecía que este año ibais a estar a puntito de liaros. Solo hay que verle, que está que no caga.

Pienso en liarme con Pedro y los nervios se me cogen al estómago, pero no sé si eso significa algo bueno o malo. Pero no lloraría si se fuera, eso está fuera de toda discusión.

—¿Y tiene buen cuerpo? —me pregunta Olga.

Se refiere a Joaquín, claro. Me río por el cambio de tema, pero le digo que al principio no estaba para fijarme tanto, aunque enseguida me percaté de que lo tenía tan cerca y de que los dos estábamos tumbados en aquel sitio donde no nos veía nadie y que…

—¿Te besó? —me interrumpe bruscamente, con una de esas sonrisas que ha traído nuevas este verano. Olga está empeñada en que vaya al grano y me da rabia porque yo a estas alturas no quiero saltarme nada, quiero decirle lo bonito que fue y lo que sentimos, o al menos analizar con ella qué fue lo que pasó.

Me callo un rato para hacerme la misteriosa. También porque quiero saltarme toda la parte en la que Joaquín me contó que su padre la tenía tomada especialmente con mi familia, que andaba por la casa soltando burradas sobre mi madre. Yo quería saber, no entendía aquel odio, y le tuve que jurar y perjurar que no iba a enfadarme para que me contara.

La perra esa, tu amiguita la marimacho, la del corazón roto, esas cosas decía el muy asqueroso de mi madre. Me quedé tan alucinada que no pude enfadarme. Pero a Olga no quería contarle eso porque aquello era una cosa entre él y yo, algo que había sentido que nos unía románticamente. Huir de la bestia. Gracias a él estábamos allí los dos solos, que se jodiera, decía Joaquín a cada rato. A veces pensaba si se venía conmigo solo por eso, por joder al padre. Intenté sonsacarle sobre lo de mi madre, pero si sabía algo no habló. Explicó que a su padre no le gustaba que su madre se relacionase con nadie y punto, y que en el pueblo andaba jodido porque todo el mundo se presentaba a visitar a Sole y a saber de ella después de tanto tiempo. Yo quería confirmar que él hubiera escuchado los mismos rumores que yo, que su madre y la mía se quisieron cuando eran muy jóvenes, para tener a alguien con quien reírme de la tontería, pero como no dijo nada me dio miedo sacarle el tema.

—No, tía —le digo a Olga una media verdad—. No me besó. Pero como estaba temblando de lo mal que me sentía me abrazó y me tuvo así sujeta un rato hasta que le dije que ya había entrado en calor.

—¿Y te soltó? —me pregunta.

—¡Pues claro, tonta! —le digo.

Ella se ríe de mí y me pregunta si es que soy gilipollas, y a continuación quiere saber todo tipo de detalles sobre cómo eran sus manos, si grandes o pequeñas, duras o suaves, y cómo olía, y si le sentía respirar cuando me abrazaba o si le había notado el paquete duro.

Quiero contarle a Olga que fue mágico, que estuvimos mucho rato abrazados y quietos, sin hablar ni falta que nos hacía. Y que también sentí que Joaquín callaba muchas cosas de su casa, pero algo me lo impide, quizá que ella piense que no fue nada, que todo lo imagino y nada más. Así que le cojo a Olga la bolsa de pipas y me como unas cuantas, tiro las cáscaras al suelo y me río con mi amiga. Ella tiene ya los labios curtidos de la sal, los dientes llenos de cachitos, a mí me arde la cara del sol y de las mentiras que le voy a decir: me invento cómo eran sus manos, a qué olía su piel y que su tacto era suave como el de un niño pequeño, porque la verdad es que, mientras me abrazaba, me dormí.

19. Ana María

He venido a ver a Soledad. No se me ha ocurrido mejor hora que la de la siesta porque seguro que Ernesto estará dormido. Pocos hombres perdonan una cabezada con este calor. Bajo la solana que prende las calles me siento expuesta, camino tan rápido que estoy segura de que llegaré calaíta; vaya impresión voy a darle a Sole después de tantos años.

Cuando llego, vacilo en la entrada. Si timbro, despertaré a Ernesto, pero tampoco quiero estar mucho tiempo en la puerta por si me ven. Por eso rodeo la casa para asomarme por la ventana de la cocina. Sole está ahí, acabando de recoger. Cuando me descubre se sobresalta, no sonríe, yo sí. Reacciona y me hace señas para que vaya a la puerta y voy. Enseguida me abre. Enseguida cierra detrás de mí. Dentro, el recibidor es diminuto y oscuro. Soledad me susurra que la casa es pequeña y con un gesto apunta al techo. Entiendo que se refiere a Ernesto, a que está arriba, a la necesidad de no hacer ruido; quizá a la conveniencia de no movernos del sitio. Se le oye roncar. Afirmo con la cabeza para que sepa que lo entiendo. ¿Y Joaquín?, le digo. Se baja al sótano, dice. Ahí está más fresco. Yo lo dudo mucho, porque esas casas recientes no tienen las cuevas que hay en las casas antiguas, que exhalan la humedad del fondo de la tierra en los cimientos, pero me callo. De hecho, no se me ocurre nada que decir, me he quedado de piedra, como me pasaba con ella tantas veces, aunque esta vez no puedo echar a correr y, además, soy una mujer hecha y derecha, no una cría. Soledad me pregunta que por qué vengo. ¡Sole!, le digo. Ella me mira como si no entendiera y me desmorono por dentro, bum, como un edificio que cae, ahora estoy viva, ahora estoy muerta. ¿Puede ser que para ella yo no fuera nada? Lamento haber venido con las manos vacías, si le

hubiera traído unas uvas podría dárselas y despedirme y correr a llorar a casa, confirmar que tengo la cabeza llena de pájaros, el corazón roído de un deseo idiota que me he empeñado en azuzar hasta provocarme un incendio en el que me quemaré sola. Le pregunto que cómo está, cómo es que ha venido. Me cuenta rápido lo que ya sé por otros. ¿Vas a seguir viniendo?, le digo. Ella me dice que dependerá de Ernesto. Ya, lo entiendo, confirmo, y vuelvo a callarme. Luego, como si me hubiera venido una iluminación, recuerdo por qué estoy aquí. Que no ha sido por mí ni por ella, no he venido para verla, no he venido para recuperar lo nuestro. ¡Lo nuestro! Mira, le digo. Es por los chicos, tienes el chaval mayor, muy guapo. Se ha juntado con la panda de mi Cristi, supongo que te habrán dicho. Ayer los vi, y, Sole, bueno, mi hija se ha hecho mayor este año, pero es muy cría, una niña aún, los he visto y me ha parecido que, no sé, ¿tú los has visto juntos? No sé si exagero, Sole, no sé si a lo mejor no es lo que parece. Ella agita la cabeza, negándolo.

La melodía de una balada *heavy* se oye de pronto desde el sótano. La reconozco porque también le gusta a Cristi: *Still loving you*. Se interrumpe la cadencia de los ronquidos de Ernesto, se desencaja la cara de mi amiga, no respiro por un instante. Pronto se le oye de nuevo, con el mismo ritmo de hace un momento, un gruñido hondo, silencio, un gruñido alargado, un silbido. No debería haber venido, digo. No, dice Sole. Bueno, voy a irme, digo, pero no me muevo y de pronto la abrazo. Su cuerpo está tenso, huele a la misma colonia de baño que solía usar. Qué curioso que me vuelva tan claro ese recuerdo. Cuando deshago el abrazo, ella sigue igual, tiesa, con una expresión de dolor torciéndole la boca, y habla aún más bajo. Si se gustan, dice por fin, quizá ellos tengan más suerte que nosotras. Miro a Sole a los ojos, escrutando no sé el qué, qué es eso que he oído, me agarro a la esperanza de que lo que he escuchado sea cierto y signifique lo que yo quiero entender. Más suerte que nosotras. La vuelvo a abrazar y ahora la siento llorando

bajito en mi hombro. Mi Sole tan alegre, tan loca, la niña vivaz que era, ahora desaparecida, ahora esta mujer que llora.

Cuando nos separamos otra vez me dice que Ernesto es peligroso, que ya habré oído que la va liando por ahí. Ya, le digo, y si los niños se gustan a nuestros maridos no les va a caer bien, ¿verdad? No, confirma. Aunque Ernesto es, dice, y deja la frase en el aire. Debo poner cara de no entender, ella se levanta entonces la camisa. Aún en la oscuridad del recibidor veo con claridad su tripa amoratada. Una línea imprecisa, como espuma violeta, separa su carne apaleada de su carne blanca de bebé. Hace años que no me pongo en bikini, añade. Vuelve a meterse la camisa por la cinturilla de la falda y se acelera. Habla muy rápido pero bajísimo. Es peligroso, Ernesto. Ha sido así casi desde el principio, dice, aunque desde hace un tiempo es peor. Por Ximo, sabes, bueno, Joaquín, allí le llaman así: Ximo. El niño me defiende, para qué queremos más. Cuando Ernesto me levanta la mano, Joaquín levanta la voz. Amenaza con denunciarle, ya no le teme, y Ernesto se vuelve loco de rabia. Vive que salta, ¿viste el diente que le dejó?, me dice. Yo prefiero no pensar en eso, en el diente partido, perturbador, de Joaquín, en la oscuridad del hueco de su boca luminosa. Ojalá no me vieras así después de tantos años, con esta facha, dice. Con esas heridas ocultas, pienso, con este llanto tan extraño a ti. Sonríe mientras me dice lo de la facha, me toma la mano, se la aprieto. ¿Pero qué facha?, le digo. Anita, ya no soy la que era, me dice. Bueno, yo tampoco, ¿y qué? Sonríe ahora de verdad. ¡Pero si tú estás muy bien!, me dice. El corazón me brinca como si hubiera alzado la vista y descubierto a Ernesto escuchando en la escalera. No van a tener suerte nuestros niños tampoco, ¿verdad?, le digo cuando me recupero, cuando respiro. Mira, Ana, yo también creo que a Ximo le gusta Cristina, pero, sabes, es hijo de ese monstruo, aunque lucha, lo veo en sus ojos, lo siento por dentro, pero... ¡Se parecerá a ti, Sole!, la interrumpo, también puede parecerse a ti, creo que tiene tu espíritu. Bah, dice, y hace un gesto con la mano, uno que quiere decir que ya no es ella, Soledad, la niña que era

demasiado guapa, demasiado lista, demasiado de todo para ser solo la hija del Francés, mi rubia Marilyn. Estará contento este pueblo, pienso, contento tiene que estar: la hija del Pintado no es nadie, como debía ser, como impone el orden natural. Perdona a tu pueblo, Señor, perdona a tu pueblo, perdónale, Señor, me acuerdo de esa canción de misa.

Como yo tengo la garganta atenazada, ella sigue. No te preocupes, Anita, lo importante son ellos, hablaré con Joaquín, que no se encariñe con tu hija, aunque sea la mejor, seguro. Le diré que su padre me mata de una paliza, no creo que…, dice, y se calla, como si prefiriera no pensar más allá. Yo ya no me puedo quitar la jodía canción: *No estés eternamente enojado, no estés eternamente enojado,* ya está otra vez, ahora no se me va en toda la tarde. Es un fondo siniestro para esta historia. ¿Y tú crees que se puede parar eso, Soledad?, interrumpo mi sonsonete. Si no se puede nos vamos, dice categórica. No quiero perderte, le digo, ahora sería más difícil todavía. Ana, Anita, si ya nos perdimos, nos perdimos entonces, ¿no lo ves? Tú, no sé qué piensas de mí. Qué pensabas. Era una tonta, no era la chica que imaginabas. Yo le perseguí, me entregué para atraparlo, me volví turuleta, me embarazó enseguida y tuve que quedarme con él, aunque Joaquín haya sido lo único bueno que me ha pasado. Cuando lo dice pienso en cuánto me he arrepentido desde antes de ayer de haberle deseado de chica un aborto, un engendro que tuviera que internar. Sole, le digo, venga, lo dejamos, voy a irme, me da miedo, me da miedo estar aquí, que Ernesto se despierte, solo quería decirte esto de los niños, pero quiero verte, ¿nos veremos? Si de chicas encontrábamos el momento, ¿no lo vamos a hacer ahora? Soledad se queda callada mucho tiempo. Tanto que al final no sé si va a responder. Cuando estoy a punto de darme la vuelta y abrir la puerta, habla. Vale. En el lavadero, dice. ¿Irás esta vez?, le pregunto. Ana, si puedo iré. Esta noche, a la una, que la gente andará liada ya con la pachanga. Diré que me acerco a casa a por una chaqueta, me dice. Pero, Ana, añade, tienes que jurarme una cosa. Lo que sea, digo. Anita, prométeme que no vas a

ayudarme, prométeme eso. Asiento, pero no digo nada de viva voz. Me voy. Cuando cierra la puerta detrás de mí, me persigno. Palabrita del Niño Jesús, pienso, y rabio por su dolor, deseo a Ernesto una gangrena en los ojos, sí, maldita tu estampa, el día que se vieron por primera vez, cómo se nos metió por medio. Por tus heridas de pies y manos, por tus azotes tan inhumanos, perdónale, Señor, canto por dentro, y vuelvo a empezar.

20. Cristina

Esa fue la primera mentira que le conté a Olga. Que le dije a Joaquín que me soltara. Cómo iba a decirle que, en realidad, me dormí mientras me abrazaba y que cuando me desperté eran casi las cuatro.

Fui yo la que salí del abrazo y le moví: Joaquín, Joaquín, es tardísimo. Se espabiló enseguida. Te acompaño, dijo, ¿cómo estás? Le dije que bien pero de pronto me volvió todo lo que había pasado y me sentí rara, avergonzada, como si no pudiera hablar con él de nada de eso. Deshicimos el camino hasta estar fuera de las escuelas. Ya no me pitaban los oídos pero tenía la extraña sensación de haberme quedado sorda. La luna nos miraba, hacía que nuestro silencio pareciera culpable. Joaquín me acompañó hasta la fuente de la iglesia, debajo de la cuesta, y allí me dejó para que subiera sola a casa. Apenas se despidió con la mano. A mí me hubiera gustado que dijera algo, cualquier cosa. Solo oírle me hubiera hecho sentir mejor. Pero vete a saber qué es lo que pasaba por su cabeza. Puede que nada: dicen que los tíos son unos simples, lo mismo es que aún estaba medio sopa.

Entré en casa y me fui directa al cuarto; pensé que me la iba a cargar porque era la primera vez que llegaba tan tarde. Adiós a las fiestas, Cristina, verás mamá, pensé, con su obsesión con los bares y los mayores. Pero si alguien me oyó nadie chistó, nadie se levantó a regañarme. Lo mismo ni estaban. Me asomé al balcón de mi cuarto, por ver si acaso Joaquín se había quedado esperando hasta ver que se encendía alguna luz. No le vi allá abajo, solo vi un punto naranja incandescente, cercano: alguien fumaba sentado sobre el poyo de la Paca, una señora gordísima que vive enfrente. No pude reconocer al fumador solo por el mentón iluminado. Me asusté y me fui a la

cama. Cerré los ojos porque necesitaba dormirme cuanto antes. Olvidar. En mi cabeza se debatían un dios y un diablo, cada uno hablándome a una oreja igual que en los dibujos de la tele: el bueno me decía que Joaquín sentía algo por mí, el malo, que no había pasado nada, que yo no era más que una niña flipada que imaginaba cosas. No pensé que estuviera enamorada hasta que Olga me lo dijo esta mañana en la piscina. Qué raro es, ¡qué mal! Yo pensé que sería algo especial y, sobre todo, inequívoco. Pero resulta que son solo temores, que amar a alguien consiste en pasarse el día dudando de lo que uno siente, de si lo que se siente es lo que debería ser, de lo que el otro siente. Se te hace un lío entre el corazón y el estómago: se han vuelto casi un mismo órgano; cuando tienes mariposas en el estómago el corazón se acelera, si el corazón se para el estómago se te encoge como un fuelle estropeado. A lo mejor es solo con Joaquín y con otro sería distinto. Es como si él hablara otro idioma o lo pronunciara mal y yo entendiera siempre otra cosa. Podía haberme besado, pero no lo hizo. Podía haber insinuado algo o podía haberse apretado más contra mí, ¿no hubiera sido eso lo normal?

Quizá solo había querido respetarme, quizá solo me quiere como una amiga, pensé mientras le veía bajar por las escaleras de la piscina al día siguiente. Me había tumbado al sol, boca abajo con la cabeza apoyada en el hueco del codo.

Venía pronto, para variar. Mientras le miraba me imaginé escribiendo toda esta historia para una de esas revistas que compraba con mis amigas en Madrid, las que nos leíamos en voz alta cuando nos juntábamos en casa de alguna. Esas de final terrible.

Llegó al final de las escaleras. Traía puesta otra vez la camiseta negra de los agujeros y un bañador negro también. Parecía un nórdico vestido de *heavy*, con ese pelo reluciente al sol y la piel blanca de ir a la playa solo de noche. Demasiado dulce para un final dramático, pensé, y sonreí, aunque los pensamientos que no se

hacen palabras querían hablar. ¡Callaos!, pensé, y metí la nariz en la toalla porque me cegaba el sol.

Yo me había sentado con toda la panda de chicas y no pensé que se acercaría, pero lo hizo, a lo mejor porque los chicos debían de estar a estas horas volviendo del monte. Aún no había aparecido ninguno. Se sentó con nosotras y estuvo hablando con todas hasta que se dirigió a mí para decirme si nos íbamos al agua. Respondí que sí y cuando nos acercábamos me empujó adentro, saltó detrás y empezó a hacerme ahogadillas hasta que se pasó y me enfadé, porque las odio, es casi lo que más odio del mundo. Se dio cuenta de que se había pasado. Entonces se acercó Pedro, yo ni sabía que estaba por allí, no me había parado a buscarle. Llegó con una cara de preocupación que no colaba, aunque reconozco que me encantó por si Joaquín se la creía: aún estaba enfadada con él por ese segundo de pánico bajo el agua en el que ya no respiré. Cristi, ¿estás bien?, me preguntó usando el diminutivo que odio y que no usa nadie más que mi madre; seguro que lo hizo aposta para marcar distancias con Joaquín. Y funcionó. Le vi enrojecer. Yo quería ponerme de su lado, estoy de tu lado, Joaquín, pensé, me parecía que tenía que saberlo. Pero antes de que pudiera hacer nada para tranquilizarle nadó hasta el bordillo y se aupó afuera levantando una cortina de agua. Me quedé dentro con Pedro, que aprovechó para pasarme el brazo por los hombros y llevarme hacia lo bajo, como si de verdad tuviera que recuperarme de un ahogamiento. No debí, pero me dejé hacer. A veces Pedro sabía ser agradable, y estaba tan guapo con su bañador de marca, con el pelo hacia atrás como si se hubiera echado gomina, los pectorales marcados que Olga siempre me señalaba, el yerno perfecto para todas las madres. Si ellas supieran. Nada como ser un cabrón a plena luz del día para parecer un santo. Había bajado el brazo y me abrazaba ahora por la cintura. Se agachaba para hablarme al oído, sentía su aliento en el cuello mojado, su mano resbalando hacia el borde de mi bañador. Estoy bien, Pedro, le dije, pero no me soltó. ¿Si te ahogas me dejarás hacerte el boca a boca?, me preguntaba. Sonreí porque quería que

me dejara pero no podía decírselo. Joder, Cristina, pensé, qué haces, lo mismo solo está siendo amable. Intentaba mirar afuera sin que se me notara, localizar dónde habría ido Joaquín, si nos estaría mirando o se habría largado. Estaba triste y rabiosa porque se hubiera pasado con lo de las ahogadillas, porque anoche nos habíamos dormido y eso quizá era algo. A lo mejor sí, si hasta se había venido a hablar conmigo y a invitarme a bañar como si fuéramos novios, pensé, pero todo se había fastidiado al final.

Estuve un rato con Pedro donde hacíamos pie, pero nos molestaban los críos con sus gritos y se empeñó en que me iba a quedar fría y que saliera a ponerme al sol. Salí por la escalerilla pinzándome abajo el bañador, odiaba que me marcara la tripa. Siempre sentía todos los ojos sobre mí en ese momento. Se infló como un globo y lo palmeé rápido para que volviera a su posición. Pedro había salido por el bordillo y me cortó el paso cuando iba a recoger mi toalla. Llevaba la suya extendida para envolverme, aunque ahora no le dejé y la agarré para hacerlo yo sola. Mientras me tapaba me di cuenta de que Joaquín estaba sentado con Olga, hablando y riéndose con ella como si fueran muy amigos. Así que me fui con Pedro. Nos sentamos al sol en el extremo apartado donde se ponía siempre con Carmelo, que, por supuesto, apareció enseguida. Ninguno había subido al monte. Los forasteros no tenían por qué hacerlo y Pedro lo era. En cuanto a Carmelo, nadie quería un tío que solo subía a liarse petas mientras los otros curraban. Por la forma en la que se sentaron delante de mí parecía que quisieran bloquearme la salida. Estás tonta, Cris, coño, pensé para intentar tranquilizarme. No lo conseguí. Enseguida, cuando vi a Joaquín ir hacia las escaleras, me levanté yo también, pasé entre los Novios y corrí arriba. Procuré mantener distancia para alcanzarle cuando ya hubiera subido y que nadie me viera desde abajo. Vale que imaginaran que yo corría tras él pero no que lo confirmaran. Joaquín caminaba tan deprisa que por un momento pensé que había calculado mal y no le pillaba. Para, le dije, ¿ya te vas? Se quedó mirándome, tenía la mano bajo la camiseta, se la veía apretada a

través de los agujeros de la tela y la movía arriba y abajo como si se acariciara la tripa con el canto del puño.

—Sí. Oye, no quería ahogarte, perdona —me dijo.

—No ha sido para tanto, estoy bien —contesté—. ¿Qué vas a hacer esta noche?

Sonrió un poco. Sacó la mano de debajo de la camiseta. Sus ojos no se estaban quietos, recorrían mi cara como si buscaran algo.

—¿No te regañaron por llegar tarde? Pensé que a lo mejor no te dejaban salir hoy. Te he dejado un recado con Olga, habla con ella —respondió—. Oye, ¿te pasa algo?

—A mí no —le dije un poco a la defensiva—. Pues no me regañaron, esta mañana nadie ha dicho ni pío, alucinante. —Cambié el tema—. ¿Y por qué no me lo dices a mí directamente?

—Es que pensé que ibas a quedarte ya con esos —dijo.

Había un leve tono de reproche en su voz y pensé que eso sería bueno, pero al mismo tiempo me espantó la idea. ¿Acaso éramos algo? Eres tonta, Cristina, si piensas que un tío así va a pedirte salir, pensé, seguro que le pareces una cría.

—Oye, Pedro es un gilipollas —dije. Pensé que quizá así él entendería, que podríamos tener el final de la historia que había imaginado. Uno que no valía para las historias de aquella revista. Uno feliz.

Joaquín callaba. Nos envolvía el olor de los baños cercanos, que siempre olían igual, a cloro y a diarrea. El sol aún estaba muy alto, calentaba el suelo e inmovilizaba la peste en el aire.

—Oye, me voy que tengo que llamar a un *nano*, que es su cumpleaños —me dijo—. Joder, atufa.

—Vale —claudiqué—. Nos vemos luego si eso.

—Es que es mi mejor amigo —se disculpó.

Me di la vuelta. No quería bajar tan rápido; con Pedro no podía volver y no sabía qué le habría dicho Joaquín a Olga. Me daba miedo saber. Me acerqué al bar de la piscina y pedí una Coca-Cola, que luego se la pagaba al subir, le dije al de la barra. Me guiñó el ojo como diciendo que no necesitaba explicaciones y me reí. Cuando me

di la vuelta vi a Paco fumando en el emparrado, era mi salvación, así que me acerqué a él y le ofrecí de mi lata a cambio de un cigarro. Abajo no podía fumar con todas las madres por ahí. Paco seguro que me había visto corriendo detrás de Joaquín, pero con él me daba igual hacer el ridículo.

Me fumé el cigarro que me dio y le insistí para que bebiera de mi lata, pero no quiso. Estaba tristón, pero no pude sacarle por qué. Vaya pareja hacíamos, seguro que ya se había dado cuenta de lo que me pasaba, que me había colado por Joaquín como una tonta, y él, quién sabe, quién sabe si podía enamorarse siquiera, a Paco no se lo iba a decir. Le pregunté si algún verano bajaría a bañarse y él me dijo que para qué, si en aquel emparrado se estaba mejor. Pensé que tenía razón, que cuando no había nadie era un paraíso, la sombra más fresca del pueblo para uno solo. La conversación con Paco decaía si no hablaba yo, pero no me importaba. Nuestro silencio era cómodo. Cuando acabé de fumar me terminé rápido la bebida, enjuagándome la boca con el último sorbo para no oler a nicotina. De todos modos pensaba echarme al agua nada más bajar. Adiós, Cristina, se despidió Paco. Con eso bastaba, Joaquín, ¿no ves?, pensé mientras bajaba las escaleras hacia el agua y sentía otra vez un ahogo peor que el de antes. Me voy corriendo a bañar, pensé, pero no lo hice. Olga estaba al pie de la escalera, esperándome.

—Tía, es la última vez que te hago de celestina, que lo sepas —me dijo—. Además, a lo mejor tú no eres la única que tiene algo que contar.

21. Ana María

No era una mariposa lo que estaba pegado al cristal, sino un polillón gordo que me quedé mirando hasta que las líneas de sus alas se plagaron de dibujos de muertos. Es una señal, hubiera dicho la Sole de entonces, mi Sole, y yo me hubiera reído y la hubiera llamado tonta.

Alberto me sacó del ensimismamiento prendiendo el televisor que nos hacía de reloj para la cena. Echaban los anuncios previos al telediario, por lo que debía darme prisa, acabar la ensalada, poner la mesa. Sole y yo habíamos quedado en vernos en unas horas. Recordé en un vértigo la última noche que pasamos juntas, en el lavadero, cómo también entonces habíamos quedado en regresar y cómo supe la primera vez que faltó que no volvería. Quizá lo mejor era no apresurarme, pensé mientras sacaba los platos, salir más tarde, de esa manera facilitaría el encuentro, que no podía ser demasiado temprano. Chispas de aceite me saltaron al brazo al echar los huevos batidos a la sartén. Lo metí corriendo bajo el grifo abierto. ¿Las pequeñas contrariedades también pueden ser una señal, Sole?, me pregunté. ¿Y por qué todas me parecían signos de catástrofe?, pensé mientras veía a la polilla emprender un vuelo oscilante, como si cargara con algo muy pesado.

Cristina y Tito iban a comer en sus peñas, o a beber, menudos. Mejor, pensé. Alberto se quejó un poco de lo que tardaba. Le dije que había estado pelando patatas para el concurso de tortillas de mañana, lo que era verdad, pero solo a medias, porque lo había hecho, pero eso no me había retrasado en absoluto. Las mejores mentiras son las que casi son verdad. Y cenábamos tortilla con parte de las patatas peladas. ¿Y no se te estropean?, me preguntó, tan ignorante. ¿El qué? ¡Las patatas! No, hombre, no, las dejo a remojo,

contesté, y volvimos la vista a la televisión que teníamos girada hacia la mesa del comedor. Cuando terminamos, recogí todo con parsimonia —de todos modos Alberto parecía muy interesado en los deportes—, y le advertí de que iba a darme una ducha antes de vestirme. Abajo, un montón de ropa sobre su cama delataba a Cristina, y una bofetada de colonia varonil en el baño, a Tito. En el último momento cambié de idea y me decidí a llenar la bañera. No era una manera de alargar aún más la hora de salida, sino un intento absurdo de evitar el momento. Quizá saliera demasiado tarde de casa al final, quizá yo debiera darle ahora plantón a Sole. La porra de años después, seré tonta, pensé mientras repetía el gesto de meter la mano bajo el agua, esta vez para comprobar si templaba. Hacía mucho tiempo que no me miraba despacio, intentado imaginar qué pensaría un amante nuevo al verme, si acaso no se fijaría lo primero en las estrías de la tripa o en si mi pecho aún caía hacia arriba, como una vez me había dicho Alberto, riendo, antes de tener a los niños.

El baño no fue tan placentero como había imaginado, sin darme cuenta había puesto el agua ardiendo, a pesar del calor que no terminaba de apagarse a esas horas. Salí de la bañera y me envolví rápido en la toalla. Caminé de puntillas hasta el cuarto para no salpicar mucho, y sorprendí a Alberto cambiándose para salir. Qué prisas, pensé, porque siempre se quedaba dormido un ratito después de la cena, una especie de siesta que le dejaba hecho un chaval y que yo envidiaba cuando, mortificada por tener que salir, me maquillaba para borrar los restos de cansancio del día. Enseguida advertí las señales que todo matrimonio reconoce después de tantos años. Esa mirada directa a los ojos, un pequeño engolamiento de la voz, la melosidad en el trato. Sus maneras amables parecían detener el aire o el tiempo. Pensé rápidamente que era buena idea. El sexo siempre era un sedante para Alberto y yo necesitaba que esa noche estuviera confiado y contento. Te has mojado un poco el pelo, me dijo. Sí, las puntas, confirmé sacudiéndolo un poco para precipitar el encuentro, mientras me

acercaba a entornar las contraventanas del dormitorio. Hacer el amor con Alberto era siempre igual: suaves besos previos en el cuello, intensos besos en la boca como adolescentes que necesitaran confirmar su excitación, y ahí acababan los preliminares. No lo pedía muchas veces, a mí tampoco me apetecía tanto, pero nunca se lo negaba. Terminaba pronto y yo comenzaba una cuenta atrás con cierto alivio, como cuando sales del dentista y sabes que aún queda bastante para la próxima cita. Pero debió de ser el agua, la piel arrebolada del calor y Sole en la parte de atrás de mi cabeza, ese amante nuevo que me volvía a descubrir y a acariciar.

Me tumbé sobre la cama y dirigí la mano de Alberto, que se dejó hacer un tanto sorprendido. A continuación le acaricié yo exactamente como pensaba acariciar a Sole si se diera la ocasión, en una práctica retorcida, mientras le instaba a que hiciera lo mismo conmigo. Estuvimos mucho tiempo. Yo evitaba mirarle a los ojos para no romper la concentración que necesitaba. Susurró qué te pasa hoy, pero yo le contesté con un shuuus que no admitía réplica. Empezamos a jadear y él ya estaba totalmente erecto, lo que a veces no sucedía salvo que yo le ayudara con las manos. Otra vez le dirigí yo, cogiéndole la cabeza para que pusiera su boca en mis pezones y su mano entre mis piernas. Se había pasado el efecto secante del agua y la lubricación casi brillaba en la penumbra del cuarto. Sentí una oleada de calor muy fuerte, y antes de tener el orgasmo que se avecinaba me encaramé sobre él, dándole la espalda, para que me penetrara profundo. Empecé una serie de movimientos rítmicos, suaves; él me acariciaba la espalda, subía su mano hasta cogerme del hombro para acompañar mis movimientos. Me advirtió que no aguantaría mucho. Inténtalo, le dije. Por respuesta solo oí un leve gruñido. Entonces miré a la ventana, a la contraventana entornada, a la cuesta que se veía por el cristal, a la iglesia al fondo. Y vi a Joaquín allí, plantado en el medio, mirando fijo hacia la casa como si fuera la polilla de antes, un animal que observa y espera y al que si miras un rato le descubres los monstruos. Desde esa distancia no podía vernos. O sí, pensé. Quizá

sí. Contraje los músculos de la vagina e incrementé el ritmo hasta que sentí una humedad plena, la corrida de Alberto, y después me corrí yo, pensando en Sole, o quizá en Joaquín, mientras la consciencia se me hacía arañitas de luz.

Ahora te tendrás que dar otra ducha, dijo Alberto, y yo solo asentí. Me hubiera gustado quedarme con ese olor a sexo, si acaso limpiármelo solo de entre las piernas y llevarlo aún en la piel como un desafío a todos, a Sole en primer lugar. No puede ser, idiota, pensé, y templé de nuevo el agua y la comprobé otra vez con la mano, en lo que parecía ya un círculo vicioso. Luego no hablamos mucho, nos vestimos y nos fuimos a la plaza, pero no había nadie allí, era la hora aún de los abuelos y de los niños, los jóvenes estarían escondidos en sus peñas y los mayores tomando un Bitter Kas o cervezas. Manolo Escobar nos acompañó en el breve trayecto hasta las mesas del Flamenco Rosa, que estaba cerca. Aquel bar de toda la vida durante el verano apenas acogía parroquianos adentro, toda la clientela se sentaba en las mesas metálicas que colocaba el dueño en el suelo desnivelado del exterior. Cuando entrabas al baño, su amplio espacio interior parecía acoger el eco, era un frío rectángulo de terrazo granate en el que lucía un neón con forma de flamenco rosa fosforescente colgado de la pared, demasiado pequeño para no perderse en el paño enlucido.

Nos sentamos con una pandilla de mujeres con las que frecuentaba la piscina, pero enseguida se fueron añadiendo parejas mientras Toni, el camarero, nos iba juntando mesas una a continuación de la otra. La orquesta competía con el constante arrastrar de las sillas. Yo participaba como podía en la conversación, pendiente de si acaso aparecía Soledad por algún sitio. Ya eran más de las doce, y, si la veía, era muy probable que fuera con Ernesto y que no pudiera darle esquinazo para encontrarnos a la hora convenida. Si por mí hubiera sido, la orquesta tocaría esa en la que a Raffaella y a mí nos explotaba el corazón. A la una menos cuarto alerté a Alberto de que tenía frío y de que me iba a casa a por una rebeca. Algunas de las mujeres se prestaron bienintencionadas a

dejarme la suya, pero alegué haber tenido una ideal preparada y haber olvidado cogerla en el último minuto. Ay, Ana Mari, tú siempre tan bien *arreglá*, dijeron algunas con un poco de guasa, y no hace frío, me dijo Alberto. Insistió: quédate, anda, si hasta hace bochorno, casi parece que hay olor a incendio y todo. Estaba extraordinariamente atento después de nuestro encuentro y de un humor excelente. No sé, yo estoy destemplada, alegué, esperando que me creyera, porque de verdad que no era normal el calor que hacía ese verano, todos lo decían. No tardo, también dije, y sin dar más opción cogí el camino a casa, agarré la chaqueta que sí había dejado preparada y enfilé lo más rápido que pude al lavadero.

No estaba lejos y seguía siendo un sitio protegido de miradas curiosas. Tras la pared del fondo, donde en su día nos vimos Sole y yo, había una pandilla sentada en el suelo, seguramente bebiendo calimocho o limonada y fumando porros. Montaban un escándalo monumental. Joder, pensé, qué mierda, pero al mismo tiempo vi a Sole salir de entre las sombras de la parte delantera, más expuesta pero desierta a esas horas, quizá también porque la proximidad de aquel grupo ruidoso desaconsejaba cualquier visita. Tranquila, que estos están a lo suyo, y así no se nos oye, me susurró, llevo aquí ya un rato. Me aseguró que Ernesto se había quedado traspuesto viendo una españolada, bajo los efectos de varios Soberanos. La música de la plaza se oía con sordina y el humo del hachís competía con el olor a pino. Aquí estamos otra vez, dijo Sole, con lo que me pareció una media sonrisa. Supongo que no te dejaron volver, ¿no?, porque quedamos en seguir viéndonos esos pocos días que nos quedaban, le dije. No sé si sonó a reproche, ni si en realidad quería reprochárselo. No, claro, mi padre andaba con la mosca detrás de la oreja, y ya era bastante escándalo estar embarazada como para pasearse por la calle recordándoselo a todos. Llegué a desear irme del pueblo, cualquier cosa mejor que la cárcel de mi casa, replicó. Había otras maneras, le dije. No, ya no, ya era tarde, calló después. Sabía que tenía razón y yo tampoco dije nada. Oye, ¿es que hay algún incendio?, me preguntó oteando el reflejo de la luna por

encima del monte. No sé, no he oído nada. Están subiendo las cuadrillas al monte, aunque fuera lejos algo habrían dicho, confirmé. Es que hace calor, ¿no?, insistió. Sí, eso me ha dicho Alberto, le dije, casi se me joroba la coartada de la chaqueta. Mejor no hablamos de ellos, me respondió un poco cortante. ¿De nuestros maridos? ¿Entonces de qué, Sole?, la desafié, ¿es que hay un nosotras? No, sabes que no, fuera de aquí, no. ¿Del pueblo?, pregunté sorprendida. No, de aquí, dijo, e hizo un gesto vago que abarcaba un estrecho espacio de suelo bajo nuestros pies, la arena repisada del lavadero. Suspiré. Tengo que volver, dije. Dame un beso, me sorprendió. Ahora parecía otra vez la Sole de antes, hermosa y decidida, una promesa de juventud eterna, un peligro, la emoción y el escalofrío y el mareo de entonces, la sangre recorriéndome frenética el cuerpo, igual que si hubiera sido ayer. Sí, dije, y nos besamos. Cuando nos separamos, vi a un chaval algo retirado de la pandilla escandalosa de atrás. Como si llegara o se fuera. De inmediato supe que no era Joaquín la figura trajeada que se había dado cuenta de nuestra presencia, aunque en aquella oscuridad tenían un porte muy parecido. No en vano eran primos. Otro animal vestido de muerte, pensé.

22. Paco

La carretera que va al albergue atraviesa el pueblo y pasa por delante de mi casa, de la piscina, de la casa de la Benita, donde antes vivía la madre de Cristina, y viene desde atrás, del parque, el Poli, la plaza. Vamos, que es idéntica a cualquiera de las que atraviesan los pueblos en muchas provincias. Todo un visto y no visto, y aquí más, porque uno mira al monte que le abruma y piensa si al fondo seguirá la carretera o el coche desaparecerá en un túnel verde para no volver. La única diferencia con esos cientos de carreteras es que por aquí no viene nadie de paso: a este pueblo solo se viene a propósito. A veces, los que llegan son excursionistas que van a pasar la noche al albergue, una casita bastante inhóspita sin luz ni agua corriente, que ha de cogerse del depósito que suministra al pueblo, un poco más abajo. Cuando terminan de usarlo

bajan del monte, atraviesan el pueblo por la misma carretera y se van.

Pensé en quitarme el traje para subir hasta allí, pero me dio pereza el interrogatorio de mi madre o que se hiciera ilusiones si me ponía vaqueros y camiseta. Además, el traje negro me ayudaba a camuflarme, porque la noche estaba clarísima, con tanta estrella. Seguro que por eso no veíamos el resplandor del fuego, porque aquel calor se parecía mucho al que hacía cuando el aire viene con ceniza, y eso solo ocurre cuando el incendio está cerca o sopla un viento fuerte que lo trae de lejos. Yo solo había dejado a Cristina un rato, porque sabía que andaba metida en su peña y ahí no me atrevía a entrar. Lo normal es que cualquier visitante fuera bienvenido, pero yo ya había comprobado que mi presencia no agradaba a nadie en ninguna parte, con contadas excepciones. En un sitio tan pequeño no hay espacio para apartarse, y de mí se alejaban todos como si diera mal fario. Pero Cristina se ve que había aprendido algún truco este verano, y cuando salieron todos ella no estaba y tampoco pude localizarla en la vuelta rápida que me di por el pueblo. Ni siquiera estaba en las escuelas donde tantas veces se escondía su pandilla, ni en algún rincón oscuro de la pista polideportiva.

Después de ver a Ana María en el lavadero sentía que mi presencia al lado de Cristina era vital, como si fuera a impedir que le llegara el rumor de que su madre se citaba precisamente con Sole en un sitio apartado, o como si pudiera mitigarlo o contradecirlo si llegaba a sus oídos, un testigo de la defensa. Dejé atrás el asfalto cuando vi uno de los caminos que partían el monte y ascendí poco a poco hasta el albergue sin necesidad de más luz que la del cielo. Llegué directo al claro donde prendían la fogata cuando se permitía, y allí estaba ella, y también Joaquín, como había imaginado. Estaban tumbados, muy juntos, sobre una manta vieja que seguramente habrían sacado de la peña, para evitar que los bichos del suelo y las agujas de los pinos se les clavaran en la carne desnuda, o le hurgaran en el pelo. Un brazo de Cristina, o de Joaquín, se alzaba

sucesivamente, en ocasiones a la vez, hacia el cielo, señalando alguna estrella fugaz. Miré yo un instante. Las estrellas lucían como si se hubieran prendido por dentro, y, sin previo aviso, parecía que se descolgaran de su lugar en el firmamento por el mandato de una orden invisible, de un silbato mágico que las hacía iniciar de golpe una carrera alocada, rapidísima, que dibujaba en el cielo una estela nítida. Yo subía casi todos los años, solo y más tarde, a contemplar el espectáculo. Desde donde estaba no podía escucharlos, así que me acerqué a pesar de la claridad que podría exponerme, pero jugaba con ventaja: Joaquín solo tenía ojos para el cielo y Cristina para él. Tantos deseos no se me ocurren, dijo ella cuando pude oírla, y se rio como nunca se había reído conmigo ni había tenido oportunidad de escuchar que se riera con nadie, de una forma tan sensual que se me erizó el vello de los brazos bajo la americana y una presión me recordó al amigo cabezón de entre las piernas. Joaquín, sin embargo, estaba serio. Le dijo a Cristina que él siempre pedía el mismo deseo, y que solo tenía uno. Que no iba a cambiarlo porque no quería realmente nada más, que si acaso esperaba que de tanto repetirlo esa noche se le cumpliera. ¿Es sobre tu padre?, preguntó Cristina. Joaquín debió de asentir y ella solo preguntó si era malo. ¿Malo?, dijo Joaquín, y soltó una carcajada tan fría que percibí cómo los hombros de Cristina se tensaban. Era más fácil escuchar a Joaquín porque no hablaba en susurros y no parecía consciente de que estar los dos allí no iba a decir nada bueno en el pueblo de Cristina. Qué gallito, me enfurecí, no es más que otro Pedro, un chulo, alguien que la tendrá esperando carta cuando se vaya, que la contestará al principio por compromiso, una vez o dos, y que luego si te he visto no me acuerdo. Lo cierto es que daba el pego con ese aire apesadumbrado y ese padre de vergüenza, si hasta yo, por un momento, había pensado que podría ser bueno para Cristina, que podría darle un amor parecido al mío si el mío no lo quería.

Después pasaron mucho tiempo en silencio, tanto que se me fue el santo al cielo mirando las estrellas, pero claro, era algo digno de

ver; casi parecía que se escuchase la estela de los astros cuando surcaban el cielo, clac, fiummm, una estrella grande, clic, fsssss, alguna más pequeña, más lejana, era algo así, una y otra vez, muy deprisa.

Cuando salí del ensimismamiento, Cristina ya no miraba al cielo. Tenía la cabeza apoyada sobre el pecho de Joaquín y parecía acariciarle la camiseta. Imaginé las yemas de sus dedos en los agujeritos de la que llevaba siempre puesta, su calor a cachitos, como si dibujara sobre su cuerpo algo que no se atreviera a decirle de viva voz. Hubiera dado todo por sentir su tacto, hasta el cariño de mi madre que era quizá la única persona del mundo que me quería, aunque sobre mí solo escribiera tonterías de niña o jugáramos a adivinar. Enseguida noté que se convulsionaba suavemente. Lloraba en bajo mientras Joaquín seguía tercamente empeñado en extraer de las alturas una promesa firme. Ni siquiera le acariciaba la cabeza con el brazo que tenía entre los dos, tampoco se había girado un poco para sostenerla y apretarla algo más a su pecho, como yo habría hecho sin duda si Cristina llorara sobre mí y por mí. El cielo se me apagó de pronto, aunque supiera que seguía iluminado como una plaza en fiestas. Cristina no tenía razones por las que llorar, cómo se atrevía ese imbécil, cómo permitía que la felicidad de ella se empañara lo más mínimo, por qué le estropeaba ese momento irrepetible con sus tonterías de niño desamparado, maltratado, ella no debía sentir compasión sino orgullo, admiración, porque merecía toda la felicidad del mundo, la sonrisa más grande, la complicidad, la risa ahogándola, manos que se pelearan por acariciarla, labios que la buscaran en esa oscuridad y no eso, un palo tieso que se dejaba hacer consumido de odio mientras tenía a su disposición el amor entregado, a mi mujer rendida. Yo había estado dispuesto a claudicar en el amor, a entregarla a quien la amara, a olvidar todos los años pasados mirándola de lejos, cruzando un par de palabras, esperándola siempre. Pero me había equivocado. Joaquín no iba a besarla. Algo se me calmó por dentro, la ansiedad por sustituir al tipo con suerte que desconoce su fortuna, pero a la vez sabía que

había algo terrible, siniestro, en que ella hubiera puesto su amor donde no debía. ¡Ay, Cristina! ¿Qué hacemos ahora?, pensé. La imaginaba sufrir, su corazón roto me dolía casi más que el mío, que ya estaba reducido a polvo y machacado por la indiferencia de todos, avivado como un rescoldo de ceniza solo cuando Cristina se dirigía a mí. Siguieron allí lo que me pareció una eternidad, hasta que Joaquín alzó los brazos y una breve luz en su muñeca dio cuenta de que consultaba su reloj digital. Se levantaron, Cristina sacudió la manta, la dobló y volvió a depositarla suavemente sobre el suelo, mientras se sacudían la ropa y el pelo los dos, en absoluto silencio.

Por suerte echaron a andar por otro de los caminos del monte, no pasarían por delante de mí. Me adelanté solo lo suficiente para mirar por detrás cómo se alejaban. Cristina llevaba la manta bajo el brazo derecho y su mano izquierda agarraba en una esquina la camiseta de Joaquín, como para mantener el equilibrio sobre el suelo irregular. Joaquín caminaba algo adelantado, podía haberla cogido de la mano, pero no lo hizo. Yo me quedé allí un rato más y aproveché para pedir mi deseo a las estrellas. Esta vez no era el mismo de siempre. No uno positivo, como todos los años, sino uno negativo: que Cristina no quisiera a Joaquín, pero de sobra sabía ya que las estrellas fugaces no funcionaban, no eran agujeros en el cielo por donde hacer llegar los deseos a los dioses. En verdad, no había dioses que nos oyeran ni tuvieran intención de darnos gusto. Quizá, eso sí, tanta caída solo presagiara algo funesto.

Bajé al pueblo lo más deprisa que pude. Los encontré otra vez en la plaza. Se habían separado para no llamar la atención. El grupito de Cristina estaba por allí, pero ella se había acercado a la mesa del Flamenco Rosa donde estaba su padre solo en ese momento, y respondía muy animada a los comentarios que le hacían las señoras, cuánto has crecido, hay que ver lo guapa que estás este año, Cristina, si hace nada que eras una niña, le decían. Ella sonreía mucho. ¡Si hace un momento lloraba!, pensé yo. Me crucé a propósito con ella, que subió la barbilla y guiñó un ojo para

saludarme, como tantas veces en las que yo había querido ver en ese gesto una esperanza, la falla en el orden correcto del universo, que por supuesto consistía en que Cristina se enamorara de mí. Joaquín subía hacia el Stop, buscando gente con la que tomarse algo, la noche era aún joven.

Yo fui tirando hacia la almazara, cerrada hace años. Por ahí había varias peñas en locales que en otro tiempo habían sido despachos de aceite, casillos donde en tres mesas, en temporada, quien tenía alguna tierra dejaba a la cooperativa las aceitunas que no se quedaba para verdeo. Todas lucían un cartel tosco pintado en el dintel con nombres no menos burdos. Del interior salía ruido de música y risas. En la puerta, algunos bebían o comían las aceitunas aliñadas de la recolecta del año anterior. Ya iba a irme cuando en la tercera vuelta vi a Pedro y Carmelo en la peña de las Chulas. Suspiré. De todos los sitios del pueblo estaban en el único donde me invitarían a entrar, y así fue. Las Chulas son un grupo de mujeres de mediana edad, muy juerguistas. Tachadas de rojas, de alegres, soy para ellas un ejemplar del género masculino, por raro que sea, y eso me hace bienvenido. Pedro y Carmelo me ignoran un rato, agasajados como están por todas ellas, y beben y algunas se les acercan y se les enganchan para intentar bailar a lo *Dirty Dancing*. Es agradable que la gente no huya de mí y yo también me dejo invitar y zarandear con la mirada puesta en Pedro, que se está asomando al escote de Geno, la única que se ha recortado el cuello de la camiseta de la peña y luce un canalillo casi obsceno.

23. Paco

El local conserva aún algunas tinajas enormes que llegan casi al techo. Corre el rumor de que están llenas de esqueletos de gatos porque a veces se oyen maullidos desesperados y luego quedos, hasta que se agotan. Pero nadie confesaría que los ha oído: cuando no hay fiestas y las peñas están cerradas, la almazara de noche es un lugar desierto donde se va a lo que se va. Es cierto que, si algún gato se encarama ahí y cae adentro, es bicho muerto. Pienso en una muerte agónica, quizá prolongada por los restos de un compañero que le precedió en la mala suerte. Un olor ácido impregna la peña, no el de la descomposición de la carne, sino el olor punzante de las aceitunas que ha empapado las paredes durante años. La humedad no parece importar a los bailarines: rellenan sus vasos de un gran barreño de vino en el que de vez en cuando afloran trozos de fruta como buceadores a pulmón. En este momento Geno intenta que Pedro no eche vodka a la mezcla agarrándole el brazo extendido y semidesnudo con el que sujeta una botella, arremangada la camisa hasta el codo. Las mujeres ya han pasado de mí, estoy en un lado mirando. Me he rellenado un vaso de tubo de la Fanta de dos litros que hay en una de las mesas plegables del fondo, que seguramente ha servido para preparar ahí la limonada. La bebida está algo caliente pero casi no lo noto porque me abrasa el cuerpo dentro del traje y me hierven los sesos de la reciente visión de Cristina llorando. Estoy pensando cómo hacer para acercarme a las Hienas y resulta que se me arrima Carmelo. Ya está: si pienso fuertemente en alguna cosa me sucede siempre, sobre todo lo malo. El Sucio lleva una camiseta que le queda corta y cuando se mueve enseña el vientre liso como una tabla. Qué haces por aquí, *pringao*, es todo lo que me dice, y, la verdad, me mortifica no saber qué contestar, ni poder

iniciar una conversación de algún tipo para que se nos una Pedro. De pronto, lo veo claro. Quizá no sea necesario que Pedro me haga caso; además, lo veo difícil, porque parece ser que progresa con la Geno: ahora intentan bailar una lambada y lo hacen mal, pero los tropiezos les dan la excusa perfecta para agarrarse por todas partes. Estuve viendo la lluvia de estrellas, le digo a Carmelo, pero me bajé del monte porque eso era una romería. Él no entiende lo que digo, pero es normal. Confiaba en tener que darle explicaciones. Había mucha gente, digo, simplemente. ¿En serio, viendo esa gilipollez?, me dice. Es bonito, le contesto mirando hacia abajo, como si el raro en esto fuera yo y me avergonzara. ¿Qué son, estrellas fugaces?, pregunta. No le contesto a la obviedad, pero añado que solo ocurre por estas fechas, y que quizá por eso hay tanta gente que se anima a verlo. Además, es muy romántico, dejo caer. O sea, que estaba lleno de tortolitos, ¿no?, al fin comprende. Imagino que solo los tempraneros, digo, porque hay mucha gente que sube más tarde, creo que se ve mejor luego, como de tres a cuatro de la mañana o así. He reconocido a Cristina y a Joaquín, está claro que ella no puede quedarse hasta tan tarde aún, aunque había más parejitas por ahí en lo oscuro. La bomba que he soltado como si nada hace un efecto inmediato en las pupilas de Carmelo. Pega un par de tragos al botellín que sujeta lánguido entre dos dedos. ¿Esos? ¡No jodas!, dice. Me han parecido, confirmo. Las parejas quieren esconderse pero como la noche está tan clara… Me interrumpe con un «ya, ya» nervioso; puede que se haya metido algo porque anda con un bailecito inquieto y los ojos huidizos. Pues no sé, lo mismo me animo a subir, me dice, supongo que para que no se le note el interés en la noticia. A continuación se ríe con la boca muy abierta y se pone las manos a dos palmos del pecho y las mueve como si agitara un par de globos hinchados, las hermosas tetas de la Geno: si cae la pavita, que me la está calentando Pedro, pues a lo mejor, confirma, y se sigue riendo groseramente.

Pienso en por qué a las mujeres les gustan estos tíos tan cerdos y por un momento temo haber metido la pata hasta el fondo. Quiero

que Pedro aparte a Cristina de Joaquín, solo él puede hacerlo a estas alturas. Pero enseguida me corrijo: no debo dudar, Pedro no es igual que Carmelo, tiene más clase y recursos de sobra para enamorar a una niña bien. Cuento con que Cristina nunca se quedará de verdad pillada por él; le gusta tontear, como a todas, pero no se le entregaría, y menos la primera vez. ¿Será su primera vez?, me pregunto, pero estoy convencido de que sí. El Sucio ya se ha movido desde que agitaba sus manos delante de mí como si manoseara a la Geno. Ahora le está sirviendo otro vasito de limonada y ella está loca con tanta atención. Pedro aprovecha la maniobra sustitutoria de Carmelo para retirarse un poco y enseguida se acerca a mí. ¿Es verdad lo que dice el Carmelo? Está visto que su yo más macarra asoma cuando está cabreado y que no le gusta andarse con rodeos. Me río para mis adentros. ¿El qué?, digo, como si no recordara haber contado nada interesante. Lo de Cristina y el *valencianorro* de mierda ese, me dice con gesto de perder la paciencia. ¿Mi primo?, le pregunto para que modere esos humos, como si a mí ser familia de ese me importara algo. Joder, larga ya, me dice impaciente, y se le nota que ha bebido. Y yo qué sé, contesto, me lo han parecido, juraría que sí, la noche está tan clara con el cielo así que no creo que me haya confundido. Hostia, ¡si casi la ahoga el otro día!, me suelta, como si yo no hubiera visto todo desde mi atalaya del emparrado y no supiera de sobra que no había sido para tanto, solo un intento patoso de ligar. Recuerdo cómo Cristina subió corriendo detrás de Joaquín luego. ¿Acaso Pedro no se dio cuenta de ese pequeño detalle? ¡Si estaba sentada con él! Está perdido, pienso, pero me vale si consigue apartarlo de él. Y mirándolo bien, ¿qué le da Joaquín? Ella debe de estar confundida, si ni siquiera la ha besado y aparece y desaparece como el Guadiana, seguro que duda si siente algo por ella. Pedro ha intentado colarme su papel de caballero y yo he asentido, como si su palabra fuera a misa.

Ya está lanzado el órdago, y cruzo mentalmente los dedos y miro al cielo, a mi santo padre que me trajo la suerte de poder salir de este agujero y educarme. Échanos un cable, pienso, que ese mierda

no es para ella, de sobra lo sabes tú, que lo ves desde arriba más clarito que yo. Es curioso como cada vez más hablo con mi padre como con Dios, porque es el único que me ha dado algo. Mientras veo cómo Pedro se aleja y hace un gesto al Sucio. Los dos se arriman a una esquina y creo que se están metiendo algo, pero a las Chulas esas cosas no les van y enseguida se les enfrentan dos. Por las formas les están diciendo que *nanai*. Hay un cierto barullo de voces, pero las Hienas acaban por claudicar y con aspavientos abandonan la peña llamándolas de todo menos guapas. Yo me he vuelto a mi esquina y observo a las otras bailar, reírse. La Geno seguro que se ha quedado con ganas de mambo. Decido esperar un poco y pasarme después por el Pájaro Loco, un local que parece un chiringuito playero y solo abren para el verano. Siempre empieza a animarse un poco tarde, después de que la gente haya estado por la plaza y en el Stop, o, como algunos hoy, donde el albergue, contemplando las estrellas caer.

Cuando llego, compruebo que no me he equivocado porque enseguida localizo a la pandilla de Cristina en una de las mesas que hay contra la valla del fondo, y a Joaquín en la barra hablando con el camarero como si le conociera de toda la vida. Las Hienas llegan en ese momento, a saber dónde habrán estado con el rato que me he pegado esperando en la peña, pero a Carmelo se le nota todo lo que se ha metido, sea lo que sea. Me pregunto cómo hace Pedro para parecer tan fresco aunque vaya hasta las cejas. No se le ha movido ni un pelo de la melena y tiene la camisa como si se la acabaran de planchar. Un fantasma me recorre el cuerpo, como un presagio negro. Yo también estoy en la barra, del otro extremo de Joaquín; no le he saludado. Los hijos de puta se acercan también, situándose entre ambos, y cuando se arriman el camarero hace ademán de tocar la camisa de Pedro. Cuando veo despegar un polillón gordo, comprendo el gesto y sigo al insecto con la mirada hasta que no se distingue fuera de la luz de la barra. Me he pedido otra Fanta y Joaquín sujeta una birra. El Sucio y Pedro piden tres combinados, uno de ellos un Martini con limón, bebida de chicas. Este último lo

lleva Pedro mientras se acercan a la mesa que está al lado de la de Cristina. Carmelo se queda sentado y Pedro deja también su copa sobre la mesa, y sosteniendo el Martini se arrima al grupito de Cristina. Desde aquí se nota cómo ha subido el tono de su conversación, un revuelo casi inmediato como el que haría un gallo cuando entra al corral. Vaya niñatas, pienso, si alguna tuviera cabeza, pero a todas se les pira con ese gilipollas. Enseguida se sienta, las bromas siguen, le animan a beber pero él empuja la copa hacia Cristina, que hasta en lo oscuro parece triste.

A veces pienso que Cristina es una actriz que actúa solo para mí: la veo bajo los focos de las cámaras, todo se vela alrededor y ella reluce. Es posible que solo imagine cosas, pero la visión de Cristina llorando bajito contra el pecho de Joaquín es un dolor que me roe los huesos, me mastica las vísceras. Cuando consigo apartar la mirada de la mesa de las chicas, sorprendo al Pala también hipnotizado. Ya todos en el pueblo le llaman así, apenas han bastado unos días para consolidarle el mote. Otra vez Joaquín y yo mirando de lejos a Cristina como cuando anduvimos los dos en el emparrado, quizá asumiendo de antemano el destino de perdedores en esta historia, aunque él se lo merezca. Después de un lío de gritos veo que Cristina se levanta y sigue a Pedro hasta la mesa que comparte con Carmelo. Ni Joaquín ni yo nos movemos, nos vamos tragando con la bebida nuestro final infeliz. Parece que estuviéramos solos, pero el local se ha llenado. Ya apenas se pueden ver las mesas desde la barra, y menos esas, que están más apartadas de los focos de la pista. En medio del garito hay una pequeña pista de baile de hormigón pintado. Está cuarteada, como todo en el pueblo, y la maleza crece entre las grietas. Da igual porque nadie la usa y quizá solo está ahí para seguir ilustrando el título del antro: «El Pájaro Loco, pista de baile». Y debajo: «Abierto todo el verano». Los dueños apenas se molestan en adecentar el local cuando toca abrirlo, como si la humedad del valle en el invierno no hubiera lacerado las superficies. Ahora, con este calor, es difícil pensarlo. La Fanta se me hace pasta en la boca. Por entre los montones de gente

de pie delante de las mesas, veo que Pedro sigue hablando con Cristina. El Sucio ya no está, quizá se haya acercado donde las Chulas, que han entrado hace un rato, y con la excusa de implorar su perdón esté trabajándose a la Geno otra vez. Pedro y Cristina están serios, como si mantuvieran una conversación sobre algún tema profundo. De vez en cuando él le toma la mano y se la acaricia, a veces la coge de la barbilla para que le mire. En una de esas, Cristina apoya la cabeza en su hombro y él le acaricia el pelo. Miro a Joaquín. Primo, quiero decirle, en tus narices, por gilipollas.

15 DE AGOSTO DE 1988

24. La narradora

—Hermanos, hoy nos reunimos aquí porque no es un día cualquiera. Basta que miréis a vuestro alrededor. —El párroco hace un gesto ampuloso y raro con los brazos, que apenas despega del cuerpo, como si el recogimiento, a pesar de todo, fuera impuesto. También sonríe levemente—. Hoy nos reunimos con muchos a los que no vemos en todo el año, nos juntamos los padres con los hijos, los nietos. En las casas hay generaciones enteras. —El murmullo entre los asistentes es obvio—. Hoy, por fin, celebramos nuestra fiesta grande, y damos gracias al Señor por la alegría del reencuentro, celebraremos con buena comida y bebida y cantaremos y bailaremos al caer la tarde.

En este punto el sacerdote, que viste la casulla blanca de las solemnidades, hace una pausa dramática. La iglesia está completamente iluminada y el dorado de los retablos del altar brilla como si lo acabaran de repasar con un trapo húmedo. El Cristo Humillado, patrón del pueblo, está colocado en el centro de la iglesia, a un costado del pasillo central. La parihuela que servirá después para procesionarlo está engalanada con gruesos ramos de albahaca que algunos han donado para la subasta que tiene lugar después de la procesión. El perfume dulce y fresco de la planta se mezcla con el también dulce y mareante del incienso.

Ana María se siente indispuesta. Un par de filas más adelante, como un desafío al pueblo que no la quiso porque era demasiado perfecta para ser la hija del Pintado, se sienta Soledad, que ha venido con la madre de Paco, su prima Luisi. Ana María está sentada al lado de su marido: cuando se sientan y se levantan, al ritmo de los protocolos de la misa, siente la tela de su pantalón rozándole la rodilla y la tela ligera de su vestido de verano se arruga igual que su

estómago. A pesar de que ya ha habido baile en las vísperas, la misa es el pistoletazo de salida de la fiesta mayor y hay, en todos, una energía que pugna por salir en cuanto el cura confirme que ya pueden irse en paz. Como siempre ocurre en las ocasiones importantes, hay casi la misma gente fuera que dentro de la iglesia. Seguramente ahí esté Ernesto: es el lugar de los hombres que creen que cumplen con escuchar la ceremonia de lejos. En cuanto a los chicos, Cristina y casi todas las niñas de su pandilla están sentadas juntas detrás. Con los sentidos alerta por la visión de la espalda de Sole y el roce constante de Alberto, Ana María casi siente el frufrú de los vestidos recién estrenados de las jóvenes y el repiqueteo de sus tacones bajos en el suelo de mármol. La recorre un escalofrío; quiere calmarse y procura centrarse en el rito, pero solo piensa: Señor, Señor, por qué esto ahora, por qué Sole después de tanto tiempo, por qué Joaquín, Señor, déjame recuperarla, protege a Cristina, líbrala del mal que anida en los corazones de este pueblo. Se siente avergonzada de pedir para sí, pero la espalda de Sole sigue siendo tan perfecta como era entonces, y lleva un vestido pálido que le ciñe la cintura y arranca en un vuelo ligero desde ahí, posándose suave en sus caderas. Cuando se levanta, Ana María quiere imaginarle el blanco de las rodillas por detrás, el arranque de su pantorrilla firme, pero el vestido no se lo permite, llega justo hasta ahí. Señor, piensa, Señor, castígame a mí si has de castigar a alguien, porque soy yo la que estoy en pecado, soy yo la que ya no distingo el bien del mal, y protege también a Sole. Cierra por un momento los ojos recordando el color violeta de sus golpes, como si mandara al cielo una proyección de esa imagen, para que Dios la guarde en su divina retina. No sabe qué pedir más sobre esto último, piensa que Dios tiene que saber qué hacer, cómo va a llamarse misericordioso si no lo hace. En cuanto a Joaquín, piensa Ana María, no le ha visto. Será capaz de no haber venido a la iglesia. Recuerda las palabras de Sole, cómo siente su lucha, cómo sabe que la ganará, porque es su hijo además del de su marido, pero Ana María duda, le recuerda mirando hacia su casa mientras montaba a

Alberto con intención de preparar el terreno de su encuentro con Sole, de calmarle y contentarle, desde luego no con la intención reproductiva que exige el sacramento. No debería tener estos pensamientos en la iglesia, se corrige Ana María inmediatamente, pero la imagen de Joaquín al fondo de la cuesta, mirando fijamente hacia la casa, no es fácil de conjurar. Es imposible que los viera, piensa, y luego piensa también que en realidad da igual, porque ella le vio a él. O le miró. Y lo utilizó para conseguir el orgasmo de Alberto y hasta su propio orgasmo. Señor, perdóname, porque mi hija está enamorada de él y yo también estoy enamorada, no nos castigues por esto, enséñanos el camino correcto. Piensa que el Señor, si es justo, no podrá perdonarla: no cerró las contraventanas de la habitación.

Una de las chicas de la pandilla de Cristina sale a hacer la primera lectura. Joaquín sale a hacer la segunda. Entonces sí que ha venido, piensa Ana María. Su acento valenciano y el aire que se le escapa por el hueco del diente roto hace que Ana María sea incapaz de concentrarse en el contenido del libro sagrado e implora de nuevo el perdón de su Dios. Mira al Cristo de la iglesia, humillado y doliente, le dice: Señor, tú que me comprendes, no me castigues más. Cuando Joaquín acaba ella le sigue con la mirada disimuladamente, y se gira un poco para comprobar que está sentado detrás de las chicas. Ha caminado hasta allí con las manos cruzadas en el frente y la cabeza gacha, como corresponde, y lleva puesto un polo blanco con el que está claro que se siente incómodo, pero que resalta sus rasgos suaves, como los de su madre, el pelo rubio, la piel tan clara.

Cuando Ana María está más ensimismada en todos estos pensamientos, la iglesia irrumpe en cántico. *¡Qué alegría cuando me dijeron: Vamos a la casa del Señor! Ya están pisando nuestros pies tus umbrales, Jerusalén*. Y sin pausa: *Jerusalén está fundada como ciudad bien compacta. Allá suben las tribus, las tribus del Señor*.

Alberto da un codazo a Ana María y le pregunta si le pasa algo. Ella le confirma que se siente mareada. No paras de moverte, dice él. Ella procura entonces mirar solo al altar, estar atenta al

transcurso de la ceremonia y casi lo consigue. Cuando se le vuelven las entrañas a pensar en Sole, en lo que hablaron, en Joaquín, en marcas violetas que antes debieron ser moradas o negras, Ana María mira el retablo iluminado, los santos que acompañan la imagen del Salvador, los angelitos, los animales que hacen compañía a san Francisco, el libro abierto que sujeta en la mano santa Teresa de Jesús, mientras con la otra sujeta una pluma de ave y parece en trance, a punto de ponerse a escribir al dictado de Dios padre. Cuando hay que responder, responde más alto. Canta. Pero Dios no está por la labor de acudir a socorrer a Ana María, ya te lo imaginas. Su concentración se rompe porque Soledad ha cogido una de las cestas de la colecta. Ana María tiembla tanto que se separa todo lo que puede de Alberto, para que no lo note, pero este le da el billete de diez mil pesetas que echan siempre el día de la fiesta grande y que será de los poquísimos que adornarán de gris la cesta. Alberto le susurra que está pálida. A Ana María le cuesta sujetar aquel billete, suave, nuevísimo. Le resbala entre los dedos y tiene que apretarlo. No cruje, es satinado, Ana María se lo imagina marcado por las huellas grasientas de su sudor.

Cuando llega Sole con la cesta, da gracias a Dios por no estar sentada en un extremo. Así no puede rozarla cuando suelta el canasto para que lo pasen hasta el fondo del banco. Echa el billete y no mira nunca a su izquierda, donde Soledad espera para recoger la colecta. El tiempo que queda hasta la comunión pasa en un mareo más intenso que los anteriores. El cura entona el «Pescador de hombres» y la congregación le sigue mientras se mueve de sus bancos para hacer una fila frente al altar. Alberto se gira y se encuentra a Ana María aún mirando al frente. Ella tarda un segundo de más en darse cuenta de que debe avanzar, de que debería ponerse en la fila de la comunión, de que todos los ojos se fijan ese día en los comulgantes. Así que se gira finalmente y avanza sobrepasando en equilibrio —con un pie en el suelo y otro sobre la tabla que hace de reclinatorio— a los vecinos a los que no les importa quedarse ocupando su asiento y a la niña que ocupa el

extremo del banco, y se incorpora a la fila, con Alberto detrás. Avanzan a pasitos cortos, suena la estrofa que dice que el Señor necesita sus manos, que su cansancio será para que otros descansen.

Justo al llegar a la altura del banco que ocupa Soledad, esta abandona su asiento para incorporarse a la hilera de comulgantes. Ana María vacila, no sabe si pasar delante o cederle el paso. Lo lógico es que ella hubiera caminado hasta el final de la fila, pero no lo ha hecho así, quizá porque la fila es breve, quizá porque sí. La canción exclama «amor que quiera seguir amando» y Ana María la deja pasar delante, sin saber por qué ni qué quiere decir con eso la canción. Se esfuerza por mirar a la parte de arriba de su cabeza, ella es un poco más alta que Soledad, no quiere observar cómo camina ni el color de su vestido pálido, no sabe si rosa, si beis. Soledad comulga, comulga ella, lo hace Alberto. Ana María y su marido vuelven a su sitio. Como van detrás, Ana María se da cuenta de que Soledad sobrepasa su sitio y se dirige hacia el fondo de la iglesia, como hace mucha gente después de la comunión porque la eucaristía ya va tocando a su fin y tienen prisa. Se pregunta dónde irá, si la verá luego, si acaso tomará el aperitivo como todos o Ernesto la obligará a volver a casa. Piensa en todas las cosas que le faltan por decirle a Soledad, en todo lo que le quedó aún por preguntarle.

El cura interrumpe el final de la misa para agradecer a todos su participación en las ofrendas para la subasta que tendrá lugar en la procesión, por la tarde. Está risueño, como si se hubiera ido contagiando poco a poco de la alegría de las celebraciones paganas que vendrán a continuación y que son la principal razón por la que sus feligreses asisten a la misa. Ruega precaución con la bebida, en especial en los desplazamientos. Recuerda encomendarse a Dios y que en esos días no se olviden de rezar. Acaba con un exaltado «¡Viva el Cristo Humillado!» que los asistentes corean. A continuación, y bajando el tono, despide a los feligreses con las palabras protocolarias que suponen una estampida general, sobre

todo a partir de los últimos bancos. Ana María y Alberto, cuyo banco está situado más cerca del principio que del final, esperan pacientemente de pie en el pasillo central a que se desatasque algo la salida.

Al salir del templo el sol les quema los ojos. Ana María saca rápidamente sus gafas oscuras. Alberto se ha adelantado un poco y no ve por ninguna parte a Cristina. Entre la luz tan brillante, las escaleras y el tumulto, ella camina con precaución, apoyando firme cada pie en los escalones de piedra, para que los tacones no le jueguen una mala pasada. Cuando llega al final, una mano suave la sujeta del brazo. Soledad le está diciendo que venga, que quiere presentarle a Ernesto y a su hijo Joaquín. Ana María apenas reacciona y la sigue y se encuentra con el padre y el hijo esperando a un lado, cerca de la fuente donde se han refugiado muchos, porque hay sombra. Alberto también está allí. Ana María lo mira, un poco descolocada, hasta que comprende que Ernesto y Soledad también le han convocado porque quieren decirles algo a los dos. Mira alrededor por si ve a Cristina, pero tampoco la encuentra esta vez. Soledad sonríe, los invita a la chuletada que harán en el jardín de la casa nueva. Hay una barbacoa, puntualiza, y sobre las tres y media, algo tarde, porque con el aperitivo…, se interrumpe Soledad. No subimos al monte, añade, que hace mucho calor, estamos mejor en casa. Y luego nos podemos tomar unas copas, dice Ernesto, riendo. Joaquín mira a sus padres y luego al suelo. Alberto la mira a ella. Debe responder. Ana María nunca come con sus padres ese día, ya que aprovechan para visitar a sus tías en el pueblo de al lado. Una tradición que Soledad conoce perfectamente.

—Pues claro —dice—, por nosotros encantados.

—Y que vengan también los chicos —dice Soledad.

25. La narradora

—Olga, venga, cuéntamelo, que ni le he dicho a mi madre que me he venido, lo mismo está por ahí buscándome.

—Te ha visto en misa, ¿no? Pues no seas agobio, tía, de sobra sabe que después nos venimos todos para acá.

—De todos modos en un rato me paso por el Flamenco Rosa y les digo que andamos aquí, para que no se preocupe.

Olga y Cristina han ocupado el fondo del Benjita's, el bar más chico del pueblo y el destino de la juventud después de la misa. Han dado esquinazo a propósito a las demás; Cristina lleva tiempo detrás de Olga para que le cuente lo que le insinuó en la piscina y esta vez no se le escapa más.

Vuelve a insistir:

—Venga, me dijiste que yo no era la única que tenía algo que contar, ¿te acuerdas?, así que suelta. ¿Es algo de Juande? ¿Sois novios o qué?

Olga se queda callada, se la ve indecisa, mira por encima de Cristina buscando algo o a alguien o asegurándose de que cierta persona no esté a la vista.

—Lo mismo aquí nos oyen —dice.

—No, tía, la gente está a su bola, venga. ¿Os habéis enrollado?

—Sí, eso, pero más —dice Olga, bajando la voz.

—¿Más? ¿Te metió mano?

Olga vuelve a callar para exasperación de Cristina, que está haciendo todo tipo de cábalas ya.

—Tía, necesito algo, no una Coca-Cola, ¡joder! —dice al fin.

—Uf, ¿qué dices? Ahora no puede ser, si en un rato vas a casa de tus tíos a comer, te lo notarán.

—Ya —claudica Olga.

—¡Venga! —insiste Cristina por enésima vez.

—Bueno, pues eso, que sí, tía, que nos enrollamos, me metió mano, pero hay más.

—¿Lo hicisteis? ¡Tía! ¿Lo hicisteis? Joder, lo habéis hecho, ¡qué fuerte! —Cristina parece contenta por la noticia, abraza a su amiga en un impulso.

—Sí, pero no grites. ¡Y no me abraces, que tampoco es para tanto! Bueno, una cosa llevó a la otra, empezamos hablando y nos dijimos que estábamos locos el uno por el otro, y es verdad, tía, y ahora estoy más enamorada todavía.

—¡Claro!… ¡Qué fuerte! ¿Y cómo fue? Pero era tu primera vez, ¿no?

—Sí. —Olga ríe—. Bueno, si quieres que te diga la verdad no sentí mucho. Solo un dolor muy fuerte en un momento, y como si se me subiera de pronto toda la sangre a la cara. Él se apartó enseguida, no quería hacerme daño, pero sí me dolió y, bueno, luego estuvo mejor, pero…

—¿El qué? —Cristina está dando saltitos de la emoción.

—No sé, fue rápido, se acabó enseguida.

—¿Se corrió, dices? —Cristina baja muchísimo la voz cuando dice esto y mira a su amiga con los ojos a punto de salírsele de las órbitas—. Dentro no, ¿verdad, tía? ¡Joder, dentro no, eh!

—No, no, tranqui, fuera, que no veas luego para limpiarme porque no llevábamos nada. Se fue corriendo a la fuente y me dejó ahí, y yo pensé de todo en ese rato, uf, no sé, te imaginas que no aparece. Se me hizo eterno. Pero bueno, luego vino, cuando le vi casi me muero del alivio. Traía agua entre las manos y en la boca, qué asco, pero no había otra cosa. Menos mal que era pronto y luego se me secaron las bragas, que tuve que estar sin sentarme muchísimo tiempo para que no se me pasara a la falda —explica Olga.

—¡Qué fuerte, qué fuerte! ¡Aah! —dice Cristina, pero en voz baja y con gestos contenidos—. ¿Pero no era que no te hacía caso? Ay, ¡no entiendo nada!

—Bueno —Olga parece ahora ufana, ha perdido el miedo—, no sé, hablamos, fue bonito. Nos besamos, no te imaginas. Y fue tierno.

—¿No le paraste? —pregunta Cristina, algo asombrada.

—No, tía —ríe Olga—. ¡No quería!

Cristina replica su cara pícara y las dos amigas se ríen.

—¿Y tú? —pregunta Olga.

—¿Yo? Bueno, pues cuando tú te estabas tirando a Juande yo estaba como una boba esperando que Joaquín me besara, pero nada.

—¿En serio? ¡Si se nota a la legua que le gustas!

—¿Tú crees? Yo ya no sé. Estábamos ahí, era todo tan bonito, subimos al monte a ver lo de la lluvia de estrellas, los dos solos, yo estaba nerviosísima.

—No me extraña, que ya estás tardando en estrenarte —se ríe Olga.

—¡Ey, tía! —protesta Cristina—. ¡Que no todas somos tan lanzadas como tú!

—No será por falta de oportunidades que hayas tenido, tía.

Cristina se queda callada. Después confiesa a su amiga que cree que es la primera vez que está enamorada de verdad.

—Que sí, que sí, que se te nota a la legua, pero ese chico es rarito, jopé, si lo tenía en bandeja y ni rozarte. ¿Pero qué pasó?

—Con cada estrella fugaz debía pedir que su padre se muriera o algo así, así que ya ves que la cosa no estaba muy romántica, que digamos.

—Lo mismo le tienes que empujar tú.

—¿Yo? ¡Tú estás loca! ¡Me muero! No sé qué me pasa cuando estoy a su lado que estoy más seria de lo normal, como si me diera vergüenza decir alguna tontería, ya sabes, es mayor.

—¿Y qué?

—¡Ay, no sé!

—Eso es que te pone nerviosa. Te digo una cosa: eso se pasa con el primer morreo, pero a ver si os lanzáis.

Cristina piensa que ojalá fuera como su amiga, que lo tuviera tan claro. ¿Quería ella llegar hasta el final con Joaquín? ¿Y si él solo se aprovechaba de ella? ¿Y si a ella le pasaba algo parecido a Olga, y resulta que Joaquín se iba y no volvía? Parecía que a Olga esa posibilidad no la aterraba, pero a ella, ¡se moriría si tenía que volver en septiembre y contar cómo su supuesto novio la había plantado después de hacerlo! ¡No! Pero, por otra parte, ya era hora, como decía Olga. Jolín, si parecía que les gustaba a todos y al final nada. Si solo me besara, piensa, si solo habláramos.

—¿Te pasa algo? —Olga saca a su amiga del ensimismamiento.

—No, bueno, es que estoy mal con lo de Joaquín, que no sé de qué va.

—Pues de duro, tía, yo lo veo clarísimo.

—Pues ya le vale. —Cristina sigue pensativa.

—Pero mira a Pedro, que es el más duro y el más chulo de todo el valle y le tienes loquito, que la otra noche no te podía quitar las manos de encima.

Cristina calla un rato, como si el recuerdo de Pedro la molestara. Piensa que quizá se equivocó, que no debió sentarse con él en el Pájaro Loco, porque no dejaba de sobarla y de darle de beber. Piensa en si se ha convertido en eso que dicen: *calientapollas*.

—Paso de él —dice al fin.

—Pues yo no lo descartaría para estrenarme.

—¿Estás loca? —Mira a la cara a su amiga—. El sexo te ha jorobado el coco, definitivamente. —Cristina se ríe nerviosa.

—A ver, siendo realista, seguro que sabe cantidad, y no te tienes que preocupar por ser los dos unos patosos. Que yo creo que a Juande y a mí nos falta un poco de práctica. —Las amigas estallan en risa.

—Pues no sé, tía, pero a mí me parece bonito eso de empezar así los dos.

—Sí, bonito sí es —dice Olga, y se queda como obnubilada.

Cristina se siente algo incómoda y antes de admitir que son celos le dice a Olga que se va para el Flamenco, a ver si pilla a sus padres

y les saca pasta para esta noche, aunque cree que ya va tarde, y que lo mismo ya se han ido a casa.

—Pero esta tarde vamos al río, ¿no? —pregunta Olga.

—Sí, claro, van a ir todas, y seguro que todos los chicos van también. ¿Juande no te ha dicho nada?

—Sí, me ha dicho que viene seguro. Me da miedo que la gente lo note cuando nos vea juntos.

—¡Anda, tía! ¡Que no! Se os verá el pavo que tenéis los dos y ya.

Las amigas vuelven a reír y Cristina se cuelga otra vez del cuello de Olga y le da dos fuertes besos en la mejilla. La quiere mucho y se alegra de que esté feliz.

—Ya sí me voy —dice Cristina.

—¿Si veo a Joaquín qué le digo? —suelta Olga en plan gracia.

Cristina se ríe.

—Tranquila, ya se lo diré yo —añade, y le guiña el ojo a su amiga mientras avanza hacia la puerta del bar.

—¡A ver si te atreves! —le grita Olga mientras ella se aleja, para asegurarse de que la oye por encima de mi canción preferida, que ha empezado a sonar: *Come on baby, light my fire. Try to set the night on fire*.

Cuando Cristina llega a la puerta se cruza con las Hienas.

—¿Te atreves a qué, Cristi? —le dice Pedro, y se ríe.

26. Paco

La idea del ayuntamiento, ahí donde las casas que aún llaman nuevas, debió de ser hacer unas viviendas coquetas, adosadas, con porche y un pequeño jardín trasero donde, cuando salieras, pudieras sentir tu casa como una prolongación del monte. Pero nadie se fijó mucho en el proyecto. O quizá era el único que había, y bueno, no ibas a decirle al promotor que aquello era una birria y que las casas parecían un muro de hormigón pintado de blanco, que las balaustradas eran pretenciosas y que el jardín parecía un agujero igual de claustrofóbico que el interior. ¿Cumplía la normativa municipal? Supongo. ¿Querían traer visitantes al pueblo? Pues sí.

Y sí, compraron. Algunos del pueblo y también veraneantes habituales. Desde luego nadie que hubiera pasado por ahí por casualidad. Quedaron vacíos los de las esquinas, donde la humedad ya se veía subir negrísima por la pared lindera antes siquiera de acabarlas. Daba frío entrar ahí. Durante un tiempo, en esas casas de esquina se instalaban los porretas del pueblo y alguna fiesta se hizo, pero al final a nadie le gusta andar entre la mierda y que protesten los vecinos y señalen a alguno con el dedo. Acabaron vendiendo los chalets esquinados a precio de saldo. A veces, cuando paso y compruebo cómo la humedad del suelo ha subido casi hasta media fachada, pienso en si a sus habitantes les habrán salido ya escamas de pez.

El chalet que ocupa Sole es de los mejores. No es que haya entrado nunca, pero está hacia el medio de la hilera y se ve que su tío lo cuidaba. Al cabo de los años la gente hizo destrozos en la fachada y como resultado cada chalet es de su padre y de su madre, al estilo en que a cada uno le gusta demostrar que tiene dinero. El tío Chato solo cambió la balaustrada horrenda por una verja sencilla,

y tenía decorado el porche con platos de Talavera de la Reina, dos sillones de mimbre y una mesita baja. Nada pretencioso, todo muy limpio, se notaba que quien lo habitaba pretendía hacer de aquello un hogar.

El tío de Sole no era tan mayor para morirse y estaba bien de salud, pero subía el puerto una vez al mes para visitar amigos en Ávila, eso decía, aunque los rumores eran que se iba de putas hasta allá, precisamente para evitar que la distancia confirmara los chismes. Lo imagino subiendo contento y bajando bebido y cansado, con la entrepierna satisfecha. Y ocurrió que una noche, de vuelta, se le salió una rueda y el coche fue haciendo eses hasta que las eses no coincidieron con el trazado ya serpenteante de la vía y se fue monte abajo, justo en el tramo más hondo del puerto. No pudieron culpar a nadie porque él mismo había cambiado la rueda la semana anterior. Tampoco se supo si estaba borracho porque no se hizo autopsia, al fin y al cabo era un hombre de buena reputación, para qué estropearla a última hora. La rueda voladora fue la causa de que el coche se le descontrolara y nada más, concluyeron, y quizá por eso está aquí la Sole ahora, después de tantísimos años desde que se fue del pueblo y de mi madre echando de menos a su prima hermana.

Menos mal que no han llegado los invitados aún, buena se la está liando Ernesto a Soledad. Solo me ha hecho falta subirme un poco arriba y se oye todo como si estuvieran dando un bando. Me lo imagino así: «Atención, atención, bando: esta noche, a las ocho, en el cine municipal, se proyectará la película *¡Quién te manda invitarlos!*, y, a continuación, la película *Terminator*». Una española y una americana para la sesión doble, que el locutor del bando pronunciaría Terminátor en vez de Terminéitor, como se supone que se pronuncia. En fin. Está claro que a Ernesto que le oigan le da igual. Me da pena por la pobre Sole. Hace unos años hicieron una exposición en las escuelas: la gente trajo fotos de los niños en aquella época, y hasta localizaron a algunas maestras antiguas como la señorita Rosa, que no guardaba rencor al pueblo y acudió

contentísima al llamado, acompañada de un chaval tan rubio que parecía alemán, pero sin marido, y dijo que eran otros tiempos y que el pueblo le traía muchos buenos recuerdos también y al niño lo paseó por todas partes y por todo el valle y si alguien le preguntó quién era el padre yo no lo sé. Trajo cuadernos, escuadras, algunos de los libros que se usaban para enseñar las cuatro reglas y otros que había conservado de la pequeña biblioteca de la escuela, que no eran más que una o dos baldas de una estantería sobre la que había un gran globo terráqueo, para demostrar gráficamente que la Tierra era redonda y no plana. Alguien aportó también los mapas que adornaban las paredes, y que debían de estar guardados desde hace tanto tiempo en algún rincón que casi se rompían al estirarlos. La exposición quedó fenomenal. Trajeron pupitres de los pueblos de al lado —al fin y al cabo eran los mismos—, y montaron la mesa de la maestra delante de un encerado casi comido por el tiempo. Lo mejor fueron las fotos y un libro en el que abundaban los nombres de niños y niñas llamados Muñoz, Jiménez, González, Alonso, como la familia de Cristina. Al lado de cada niño se apuntaba el oficio del padre: labrador - labrador - operario de la fábrica de madera - labrador - pastor - lechero… En las fotos mi madre se señaló, y también a mi padre, y a Ana María y a Soledad y a muchos otros, pero yo solo me fijé en ellas dos: Sole parecía una mujer hecha y derecha mientras Ana María seguía con los pies enteritos en la infancia. Hasta en las fotos se aprecia el carácter de Soledad, la niña indomable e inteligente que me describía mi madre, que siempre estuvo muy orgullosa de su prima. Sin embargo, en Ana María solo podía ver la imagen de Cristina de niña, cuando la miraba desde la ventana de mi cocina sentarse en el par de peldaños que había delante de la puerta de la casa de su abuela, con kilo y cuarto de muñecas y complementos que paseaba moviendo a saltitos y poniendo la voz fina. Las muñecas de Cristina siempre parecían regañarse por algo.

Ahora es Ernesto el que regaña a Soledad, que lleva una bandeja de chuletas crudas en las manos. La deja sobre el mantel de cuadros

de la mesa del jardín. La mesa aún no está puesta, solo hay algunos platos y cubiertos apilados, servilletas de papel bajo una piedra. Joaquín sale de la casa con una bandeja con una botella de vino y otra de La Casera y, aparentemente, los vasos que faltan. Ve a sus padres discutir y deja también la bandeja sobre la mesa, al lado de la carne. Mi madre hubiera puesto rápidamente un paño para que no se la coman las moscas, pero el tono de la discusión no permite considerar esos detalles. Ernesto no quiere que vengan. Ernesto no quiere que Soledad se relacione con los del pueblo. ¡Es mi pueblo, son mis amigos de chica!, grita Soledad, pero por eso, por eso, tonta, pienso yo. Soledad entra por la puerta por la que salió trayendo las chuletas, no sé si da a la cocina o a un corredor. Quizá llore. También me parece que Joaquín le dice algo a su padre y después se mete entre pecho y espalda, uno tras otro, dos vasos de vino, sin gaseosa ni nada para empujarlos. Me quedo un rato más mientras veo cómo desaparece también Joaquín y Ernesto se queda solo con los chillidos de las chicharras. Sobre las chuletas zumba ya una nube negra y Ernesto desatiende la barbacoa, que está a punto de apagarse. Se ha arrimado a la mesa y se sirve vino, un vaso tras otro.

Como no tengo nada más que hacer ahí, me doy rápidamente la vuelta y veo que Joaquín camina por la carretera que lleva al centro del pueblo. Va bastante adelante. Le sigo, aunque solo camino detrás, muy detrás, nadie podría decir que mis intenciones son precisamente esas. Se planta enseguida a la altura de la iglesia, la bordea y duda justo al principio de la cuesta. Mira la casa de Cristina, la casa que yo mismo miro durante todo el año esperando el día en que una contraventana abierta me anuncie que han llegado, o la noche en la que una luz prendida avive mi deseo tan rápido como se ilumina la habitación. Pero él no se queda contento con mirar. Empieza a subir la cuesta, tengo claro que va hasta allí, seguramente a avisar a Ana María de que la cosa se cancela, que su padre es un cerdo y un borracho y que tiene a su madre machacada, que lo mismo hasta se van mañana mismo como le dé por ahí, pero

que él se queda, seguro que se queda, por su madre que se queda, y ella que se vaya con él si tanto lo quiere. Esto es lo que seguramente va a decirle, qué otra cosa si no. Le sigo desde las calles de arriba; por suerte este pueblo es como un cuenco horadado de calles que se superponen unas encima de las otras.

Llego justo a tiempo de verle timbrar. Ana María se asoma por el balcón de la cocina y luego baja rápido. Lo sé porque los gatos giran la cabeza cuando el ruido de la puerta rompe su siesta perpetua. Espero. Joaquín no tarda tampoco mucho en salir y lo hace sofocado, mira al cielo sin nubes porque justo en ese momento pasa un avión muy ruidoso, quizá un hidroavión. Ana María ha echado algo a la sartén; el motor del aeroplano evita que se escuche el siseo de la fritura, pero el aroma atraviesa el balcón abierto de la cocina simultáneamente. Como si todo fuera uno, el ruido, el aroma, el calor, Joaquín se quita de un tirón la camiseta de malla que lleva, que debería refrescarle, hacer que el poco aire que hay circule entre sus agujeros, que entre y salga, que entre y salga, como hilos de fresco, pero se ve que no. Hace hasta demasiado calor. Que me lo digan a mí que aún llevo el traje puesto, aunque yo estoy más acostumbrado a arder.

Me he quedado en una sombra mirando hacia donde se dirige el avión que vuela tan bajo, soñando que descarga su panza de agua sobre mí, que anega estas calles que arden a medio día, que crea un río furioso que acaba estrellándose contra la iglesia por la propia caída de las calles y hace un pequeño pantano en el que se hunde la plaza. Los niños pequeños correrían en bañador desde sus casas para saltar desde la calle del Stop en bomba, muerte y vida, algunos ahogados abajo, otros saltando alborozados encima de los que intentan respirar. Si descargara el avión sobre mí, ¿me mataría? Pues claro, *atontao*, me diría mi madre, pero por mucho que en general me gustara desaparecer, ahora no es el momento, no, porque Cristina y Joaquín no se van a ver en el chalet, no van a compartir chuletas y melón fresquito y vino con gaseosa y almendrados, y quizá relajarse, olvidar sus cuitas por un momento, reírse juntos, y

porque Pedro ya tiene el veneno en el cuerpo, el de ayer noche; las estrellas que miraban los dos tórtolos le han estallado en su ego de chulo. Y esta noche es la fiesta grande y cualquier cosa puede pasar. Que Cristina se refugie en mí, por ejemplo.

Cuando me levanto de la sombra me doy cuenta de que Cristina sube hacia su casa. Me pregunto si habrá visto a Joaquín y si le habrá preguntado de dónde viene, y qué le habrá dicho este. Lo mismo ni se han visto. O sí. Quizá Cristina le haya visto pero se haya sentido intimidada al verle así, rojo de sofoco e ira contra su padre, sin camiseta, y le habrá evitado, aunque su deseo, que es tan independiente de ella como yo siento el mío, haya querido ir a abrazarle, a preguntar. Pero no lo habrá hecho. Porque es aún una niña buena, y no es el momento. Ahora tiene que llegar a casa, subir la escalera, ayudar a su madre a poner la mesa, que se ha hecho tarde, y Joaquín... Joaquín lo mismo es que no la quiere.

27. Cristina

En el río le cuento a las otras que he visto a Joaquín al lado de mi casa a mediodía, que me ha parecido que salía de ahí, pero que cuando he entrado mi madre no me ha dicho nada, así que seguro, seguro, no lo sé. Y también que mi padre empezó a decir algo cuando vio que mi madre tenía la mesa puesta y la comida hecha, como si no fueran ya casi las tres y media, la hora normal, pero mi madre le lanzó una mirada furibunda y él se calló, y a mí me pareció todo eso rarísimo. Y aunque eso no se lo digo a las otras, pienso en mi madre, que está tan rara desde hace unos días que casi ni nos mira a Tito y a mí, ni nos dice nada, ni nos regaña, y también pienso en Joaquín allí cerca y en qué le pasaría para ir así de sofocado y en cómo me tembló el cuerpo cuando de pronto lo vi medio desnudo y con la carne expuesta de cualquier manera a un sol tan fuerte que abría el cemento del suelo. Podría preguntarle pero no me atrevo, quizá deba ya olvidarme de él, igual que estas lo han hecho, no insisten, no me sacan el tema, como el que sabe, como el que te deja hablar para no herirte.

Pues no sé de dónde vendría, pero lo de la camiseta es porque está haciendo un calor de cojones, dijo Olga, y Cruz respondió que estaría buenísimo así, y Patri que ella había escuchado hidroaviones a la hora de comer, y ya después todas pasan de mí y de mis elucubraciones y hasta de discutir si Joaquín está bueno o no. Definitivamente ellas ya no insisten tanto con que yo le gusto, para qué debatir, y se ponen a hablar de si es que hay algún incendio que esté cerca, y que si no se ve nada ni las cuadrillas que han ido a las jaras han dicho nada tampoco. Yo desconecto y sigo pensando en mi madre, tan seria, y en Joaquín, con el rojo subido de los hombros a la cara, y en cómo la comida era tan de un día cualquiera que era

hasta demasiado corriente: pechugas de pollo, pimientos fritos y un flan que tenía hecho mi madre por si después del río le apetecía invitar a las amigas a tomarse un dulce en casa, que nos lo hemos comido como si ya no tuviera interés en invitar a nadie.

Ahora parece que el calor ha amainado un poco, pero es solo el espejismo del agua próxima. El río es poco caudaloso pero hay pequeñas pozas. El agua baja directa de lo alto, está tan fría que corta la circulación y hay que ser muy valiente para meterse. Nosotras nos hemos puesto lejos, a la sombra de unos pinos, mirando primero que no haya nidos de procesionaria, y hemos callado a las chicharras con la invasión. De hecho, el pinar ha enmudecido, solo se escuchan los sonidos de los humanos: los críos buscando zapateros en el agua, las madres con sus risas agudas y los chicos venga a abrir las neveritas en las que seguro que llevan algo más fuerte que limonada.

La tradición de la fiesta del Cristo Humillado es que por la tarde se baja uno a bañar al río, y así se bautiza el año nuevo que comienza con la bendición que nos ha dado el cura en la iglesia, y que nos vale hasta el año que viene, y pienso en cuántos principios de año hay, si siempre habrá un momento para poder empezar de cero, y en que en ese caso yo querría que volviera a empezar este verano para no venir al pueblo. Al río la gente viene más que porque se la bendiga, porque se pasa fenomenal, o se pasaba, porque de niño y mayor yo creo que siempre se pasa bien, pero a esta edad ya depende de muchas cosas.

Una de ellas es que mi madre se ha sentado lejos, por ahí bien. Otra es Joaquín, que no aparece, claro, qué esperaba, que estuviera aquí a primera hora; este tío que es como un cauce subterráneo, una visión, y por ahí mal. De esta tradición de bajar al río siempre salen parejas, esos lo pasarán bien, seguro, y las parejas que se quedan en un querer, pues esos no. Ay, Cristina, ¡que tontísima eres!, pienso, olvídate de Joaquín, ojalá no hubiera aparecido, disfruta del verano, date cuenta de cómo te miran los otros.

Me he puesto de pie y se me ve el bikini nuevo que llevo para que, efectivamente, me miren. Lo he comprado en una tienda que por aquí solo conocen los de Madrid, se llama Zara y todo es precioso y no parece lo barato que es. Es un bikini de triángulo de color naranja, y, a diferencia de los bañadores que llevo siempre, este no me aplasta las tetas. Mis amigas han alucinado cuando me lo han visto puesto, y me han dicho que me tengo que poner más cosas así, pero a mí aún me da bastante vergüenza. Lo traje por Olga y su ¡si te atreves! que me sentó tan mal, y porque quizá ya sea hora, ya es hora.

En cuanto pienso esto veo a Joaquín llegar de paquete en la moto de montaña de Sebas, uno mayor con el que jamás he hablado. Solo lleva el bañador y una toalla al hombro. ¡Es una merienda en el campo!, ¡merienda!, me entran ganas de decirle, porque estoy enfadada con él aunque no sepa muy bien por qué. Y no es que la gente no haya traído para repartir, si hasta nosotras trajimos como para sobrevivir aquí dos días. Él se sienta con una pandilla de chicos pero al cabo de un rato se levanta, se acerca a nosotras y me hace señas para que me levante yo también. Cuando estoy a su lado me pregunta si hay algún sitio donde poder ir a comprar unas birras, porque la verdad que no tenía ni idea y le da mal rollo ir de gorrón. Le digo que hay un chiringuito, pero que está un poco lejos y le indico cómo se va. ¿Si consigo la moto del Sebas me llevas?, me dice, y miro a mi madre, que está a lo suyo, sentada con la madre de Joaquín y también con la madre de Paco, y me corre por la tripa un latigazo de miedo, pero le digo que sí. Tú espérame aquí en la subida, si no quieres que te vean, me dice, y se va, y yo hago justo eso, pero primero voy donde están las otras para ponerme un pantalón corto y una camiseta y todo son risitas y ahora sí hay ganas de discutir si es que le gusto o no, pero mira tú que va a ser que ya no me va a dar a mí la gana.

No sé muy bien por qué también estoy enfadada con ellas, pero subo medio de mal humor por detrás de los árboles hacia el camino de tierra pisada por el que vinimos, y menos mal que no tengo que

esperar mucho hasta que aparece al volante de la moto del Sebas, muy fuerte porque que yo sepa nunca se la había dejado a nadie. Me subo atrás y me dice que no me corte, y por un momento no entiendo, pero luego caigo y cruzo las manos sobre su estómago para no caerme. Acaricio la camiseta de los agujeros. El sitio está al ladito si se va en moto, así que paramos enseguida. Aparca en un lado y me pide que me quede ahí, sé que es porque si voy con él lo mismo no le venden, pero me sienta mal. Cuando vuelve trae dos bolsas de plástico con cervezas, se sube y se las pone delante del paquete, porque no hay otro sitio donde echarlas. Yo dudo, siento como si tuviera algo por dentro que se ha vuelto malo, un huevo de bicho a punto de nacer o algo así, y al final le digo que si es que se ha creído que soy una guía turística o qué. Él me mira perplejo por mi arrebato. Y sigo. Sí, que le llevo a ver las estrellas y que le enseño el pueblo, y que le cuento todas las anécdotas y que ya veo que de todos modos no le hago falta y se las apaña muy bien sin mí, que puede preguntarle a cualquiera, que por qué no va con su primo Paco o con cualquiera de la panda de los tíos que parece que le adoran, si hasta los muy mayores le dejan la moto.

Le he pasado maría al Sebas, me dice por toda explicación, y después desmonta y agarra las dos bolsas con una mano y a mí con la otra. Subimos en silencio por detrás del chiringuito. Como siempre, todo es cuesta, ascendemos otro pedazo de monte, pero esta vez el suelo está cuajado de helechos. Cuando llegamos a un claro me pide que mire de no llevar garrapatas, y me miro bien, que sé que los helechos son traicioneros.

Nos sentamos, saca dos cervezas de una bolsa y las deja de pie sobre el suelo para que se acaben de asentar. Al cabo de un momento abre una con cuidado y comprueba que no se le escapa la espuma. Ya puedes, me dice, y yo tomo la lata y la abro con cuidado también, y doy un sorbo aunque me gusta poco la cerveza, pero ahora mismo la necesito. Le suelto ¿traficas?, y él me mira con la mirada más sorprendida aún que antes, cuando lo del arrebato ese sobre la guía turística, que de pronto me da muchísima vergüenza.

Mira, Cristina, me dice, lo siento, siento todo, no tengo la cabeza estos días para nada, y menos después de lo que ha pasado hoy. Como esta vez soy yo la que le mira con sorpresa, me cuenta cómo se ha tenido que pasar por mi casa para cancelar lo de la chuletada a la que nos habían invitado porque al cabrón de su padre no le dio la gana de tener visita al final. Me explica que esta mañana le dijo que sí a mi madre, y que después de misa estaba él también cuando su madre los invitó y aceptaron y el muy hijo de puta no dijo nada hasta que su madre empezó a prepararlo todo y ya eran más de las dos y media y ella estaba tan contenta. El pan de cada día, dice, siempre de puntillas a su alrededor, siempre todo en el aire. Por cierto, que tú no estabas, añade, cuando salimos de misa. No, respondo, me fui al Benjita's con estas y luego cuando subí a casa mi madre no dijo ni mu, aunque rara sí estaba. ¡Por eso mi padre también parecía tan sorprendido de que la mesa estuviera puesta!, exclamo, hilando ya todo, y luego me disculpo con Joaquín y le digo que lo siento mucho y que lo habríamos pasado bien.

Tu madre estaba muy disgustada, me cuenta.

Me callo y pienso un rato en mi madre, pero no llego a ninguna conclusión. Al rato vuelvo a cambiar de tema, porque quiero saber. Entonces, ¿traficas?, le digo. Acaba de dar un trago a su lata y se empieza a reír tanto que temo que se le vaya por otro sitio y se me ahogue ahí. ¡No!, dice, solo tengo la poca que me traje de Valencia, que pensé que lo mismo en este pueblo tan pequeño no había camellos. Esta vez soy yo la que me río. Pero no, sigue diciéndome, solo le pasé un poco al Sebas. Es un tío legal, mi padre también es de la zona, aunque reniegue, y resulta que su padre era primo y acabó en la cárcel precisamente por pegar a su madre. Su madre se divorció, quizá fue el primer divorcio aquí en el valle. No sabía nada de él, le digo yo, mi madre no quiere que me relacione con los mayores. Asiente. Tu madre tampoco querrá que te relaciones conmigo, me dice. Esta vez soy yo la que callo. Considero la pinta de punki, el hecho de que fuma marihuana y de que seguramente va a repetir curso, y pienso que tiene razón.

—Pero yo sí quiero —le digo.

Estamos los dos tumbados en el suelo; el sol, aún alto, nos da en los ojos, se me saltan las lágrimas y las dejo fluir. Él se gira y me mira en silencio.

—Me gustas, pero eres como un pastel precioso y caro en una pastelería de lujo. Solo puedo mirarte. Eres una niña bien, perfecta, preciosa, inteligente y yo un *matao*, sin futuro.

Y lleno de rencor, pienso, pero digo:

—Estás loco.

Se levanta y me da la mano para que me incorpore yo.

—Hora de volver, Cristina, o empezarán a hablar —dice, dando al traste con mis esperanzas.

No creo que esto esté pasando, ¿qué ha pasado con el parque, la escuela, la piscina?

Al menos ahora lo tengo claro, pienso: todo ha acabado ya.

28. Paco

Joaquín ha besado a Cristina, estoy seguro. Los he visto cuando volvían del río. He pillado a la panda a la altura de la plaza, donde les han dejado los coches, y me he puesto a andar detrás de ellos y ni se han dado cuenta, las ventajas de este traje de hombre invisible. Ellos dos parecían peleados, muy serios, pero enseguida se les ha pasado y se echaban miradas por detrás de los otros, que se adelantaban un poco. A media altura de la cuesta, Olga ha tirado para su casa y los otros para abajo, hacia las casas municipales, y se han quedado ellos dos solos, y yo venga a rezar para que Ana María se asomara al balcón, pero no lo ha hecho.

Han subido juntos, hasta la puerta, y ahí mismo me parece que han forcejeado, con esas peleítas que son como de cariño, y yo sufría porque tardaban en entrar y los iba a ver cualquiera. Y cuando al fin han entrado pues no sé qué habrá pasado dentro, pero me lo imagino, me lo imagino perfectamente, y ojalá me equivoque, pero creo que no, porque Joaquín ha tardado en salir, y cuando ha salido lo ha hecho de espaldas, caminando hacia atrás, y he visto a Cristina aún en la puerta, cerrando despacio, muy despacio, hasta que solo le quedaba un resquicio pequeño por donde mirar, y por delante de la cabeza de Joaquín yo le veía solo un ojo y la punta de la nariz. Después Joaquín se ha quedado un rato en la entrada, mirando como si fuera a llamar al timbre y no se atreviera, o como si quisiera estar del otro lado, donde también quería estar yo, tan fuerte he querido estar siempre de ese lado que me han entrado ganas de gritar no sé a quién ni qué cosa, quizá solo a Cristina, ¡estoy aquí, Cristina, estoy aquí!, pero claro, no lo he hecho.

Esta noche es la fiesta grande. Hay orquesta nueva, una buena, dicen. Pero ahora hay un tiempo vacío que hay que llenar hasta que

llegue la noche, que ahora en el verano tarda tanto, así que tendré que ir a casa, arreglarme, comerme la cena aunque esté ahíto de bilis. La anticipación está matándome y pienso que ojalá pudiera estrenar otro traje, porque este cumpleaños tuve que pedir una camisa nueva, que los cuellos de la que tenía no aguantaban otro verano.

Esta noche se verá si ha habido beso, qué pasa con los enamorados. Esta noche cuando se busquen y se encuentren, lo sabré fijo.

Tiro hacia casa pero a mitad de camino veo a Joaquín en el Stop, se toma una cerveza charlando con el de la barra, y en un impulso entro yo también, y como supongo que va a echar aquí un ratito, entro al baño. Cuando salgo solo veo el botellín sobre la barra y a él saliendo por la puerta; esas prisas no las esperaba. Tampoco el camarero: «¡*Pringao*, que los aseos son para los clientes, tienes que consumir!», me ha gritado el Chema desde atrás de la barra, pero no le he hecho caso porque todo mi afán era que no se me perdiera Joaquín ahora, que me daba a mí que algo tramaba, y así ha sido. Le he visto volver hacia la iglesia, tomar de nuevo la cuesta hasta la casa de Cristina y quedarse justo debajo del balcón como quien no quiere la cosa, como si estuviera resguardándose de la lluvia para echar un pitillo, aunque en el cielo no había ni una nube, solo un resplandor rojizo que sería el sol de poniente escondiéndose al fin. En seguida ha salido Ana María por la puerta del garaje y le ha chistado para entrar en la casa y él ha desaparecido adentro.

En esta ocasión ha estado poco, pero se me ha hecho eterno. ¿Qué líos se traerá? ¿Con la madre y con la hija?

Esta vez lleva la cara satisfecha, y muy rápido, como si llevara prisa, vuelve hacia el pueblo y tira después hacia su casa. Yo ardo porque no me he podido ir a bañar al río, porque no podía ir yo solo —con mi madre no me iba a poner—, y también porque he estado esperando a que volvieran todos, y porque ahora ha pasado todo esto, primero Cristina y Joaquín en casa, y luego él con su madre. ¿Qué está pasando? Y ardo tanto que me voy encendiendo a medida

que camino detrás de Joaquín, y ya ni disimulo que voy detrás, y casi le piso los talones, le alcanzo, no sé lo que hago pero le paro, le digo que de qué va, de qué vas, hijo de puta, puto valenciano de los cojones.

Él se me queda pasmado, pero luego se ríe, con esa media sonrisa de chulo que le borraría de un hostiazo si no me cagara, enseñando apenas un cachito del diente partido, el final puntiagudo como el del colmillo de un vampiro, afilado como una aguja, y me dice que qué me pasa, que si me creo que por ser su primo tengo derecho a insultarle, y que sabe de sobra que me gusta Cristina, que se me nota a la legua, pero que soy patético, y que si ya sé que me la ha quitado, que ella no es de nadie, pero menos de él, el *pringao*, qué bien te va el mote, me dice. Y me sigue diciendo más cosas, pero yo no le escucho, ardo, ardo otra vez, en cuanto llegue a casa me quito el traje para ver si lo he quemado por dentro, la camisa nueva, y hasta los zapatos que parece que van a salírseme de los pies de puro sudor, como si fuera pisando sobre un colchón de agua caliente. Me quema la cara, la palma de las manos, el dorso de los botones me hace marcas en la piel, como lunares rojos llagados. Y por eso no le oigo, no escucho nada, y se da la vuelta y camina a paso normal. Yo me quedo parado, con miedo a quemarme así entero, como esos que dicen que hacen puf, se convierten en tea y sin más se consumen, pienso esas locuras, y si esas cosas delirantes podrían pasarme a mí. Si son malas sí, pienso. Cristina no, Cristina no podía pasarme, no podía fijarse en mí, tenía que pasarle a él, que lleva aquí dos días y que le da igual fijarse en ella o en cualquier otra, si engatusa a todas con el aire desvalido y duro, el pelo amarillo de guiri, el puto diente.

Me voy a casa, he pensado, tengo que mirar el traje, porque también esta noche es para mí, aunque nadie lo sepa aún. Tendré que airearlo, el maldito traje, para que no huela, lustrar los zapatos con betún, Cristina, para estar listo por si acaso, por si me necesitas, que él no está a tu altura, ni él ni nadie, pero él menos, que es todo odio, y pienso si yo también, lo pienso mientras recuerdo la media

sonrisa, ese tono calmado con el que me ha dicho todo lo que es verdad y nadie me dice, porque nadie me ve. Y pienso que puede que sí. Pero luego pienso en ti, Cristina, en cómo me hablaste mientras fumábamos, en tus cartas y las mías, y creo que no, que tú sí me ves y que sobre todo soy amor.

29. Cristina

Me he vestido en el baño de mamá. He tenido que dejar la ventana abierta, necesito el aire que me roba la mariposa que llevo adentro y tengo que ver si anochece ya. Quizá cuando oscurezca el bicho salga volando de mí como una polilla y se queme con la luz de la farola y yo sienta otra vez el pecho despejado como cuando mi madre me lo untaba en la cama con el Vicks VapoRub. Ella dice que no me hace falta arreglarme, pero lo hago; lo hacemos todas. Pienso en la pandilla, en que hoy es la fiesta grande y en que esta noche es especial, por Joaquín, que me estará esperando. Siento la noche como si fuera la primera de mi vida.

Me he puesto una falda corta, todo lo que me dejan, unas sandalias con algo de tacón y brillo de labios. Este verano la novedad son unos que huelen muy fuerte a fresa o a melocotón, aunque duran poco. Mi madre tampoco me deja pintarme demasiado: no los labios, que se secan, dice, y también que me basta el moreno de la piscina, que la juventud es un pecado esconderla. Me miro el vello suave de los brazos, verde del cloro, fosforescente a la luz amarilla, como extraterrestre. Cuando termino me subo a un taburete para poder verme los pies y pienso cómo se puede vivir sin un espejo de cuerpo entero, si acaso mi madre es que no se mira.

He llamado a Olga, que siempre me pasa a buscar. Vive por encima de mi casa, en un chalet nuevo con un balcón largo al final de una cuesta asfaltada tan empinada que si ves un coche allí parado te lo imaginas rodando hacia atrás. Todas las noches Olga llega enrojecida de correr, le da miedo esa bajada oscura, sola. Entra, bebe agua, se abanica los colores y luego nos retocamos el brillo en el baño. Mis padres andan arriba todo ese rato, cenando

solos, viendo la tele. Subo a darles un beso; Olga los saluda, se hace la modosa. Después, liberadas, seguimos las dos juntas hasta la plaza, bajando aún una buena cuesta, porque el centro del pueblo está hundido como un agujero abierto en el monte, presidido por el rectángulo apretado de la plaza, al que miran con reverencia las casas que suben por las laderas, el monte arriba de las casas, el cielo abierto arriba del monte, sobre los pinos.

Las nuestras son zancadas desequilibradas en las calles de cemento roto, con las sandalias de tiras finas que apenas sujetan el pie. A Olga le dejan pintarse las uñas. Es que sus padres son un poco *hippies*, dice mamá cuando yo le pido permiso y le digo que a Olga sí, y a las otras también, y que yo soy la única que no, y lloriqueo. Pero siempre me dice que no igual. Olga y yo nos enganchamos del brazo al bajar la cuesta, no sé si para frenarnos o para acelerarnos más, nos da la risa de la torpeza y de los nervios y de los ceños de las señoras que nos miran por las ventanas mientras fríen la cena. Nuestra alegría les molesta como una picadura de tábano. Sabemos, de esa forma en que solo se siente, que ellas lloran por dentro su juventud perdida.

En los lados de la calle, pegando a las casas, bajo las ventanas o al lado de las puertas, algunas mujeres se olvidan los tapetes de higos que han puesto a secar por la mañana. Esa fruta fresca se echa a perder con el relente de la madrugada, pienso cuando pasamos, ya no la pueden guardar, como a nosotras. Esto es lo que prefiero del pueblo, este torbellino de miedo y risa cuando bajamos a la plaza, sin temer la noche, y también el olor del aire a estas horas, a fruta picada y a lomo que chisporrotea y a la promesa de fresco enseguida. Se prenden las luces y comienza la música. Todas estas cosas me parecen la felicidad, aunque este verano haga tanto calor que el aire huela también a chimenea encendida, como en otoño.

Mucha gente seca también pipas de fruta sobre pañitos. Para replantar, me explicó Olga, porque sus padres tienen un huerto pequeño en el jardín.

Anoche soñé que Joaquín y yo estábamos bajo una higuera. Él había roto de una pedrada la luz de la calle que impedía nuestra intimidad y yo estaba muy contenta por eso, pero de pronto sentía las ramas del árbol partirse solas y llorar ese pringue blanco con el olor de la sangre vegetal. Me asustaba y miraba a Joaquín, que se sacaba del bolsillo un montón de pipas de melón secas, como las de los pañitos al sol. Las soplaba en mi cara y me pinchaban los ojos. Cuando le quería preguntar, él se desdibujaba. Decía que la culpa era mía por plantarlas. Me desperté con el corazón rugiendo como si acelerara una moto.

De camino a la plaza, del brazo de Olga, ya había olvidado aquel sueño. La mariposa no, ni eso que me latía desde que había besado a Joaquín y que era un batir frenético. Le conté a Olga lo de los besos, cada detalle, el ahogo. Que Joaquín quizá me esperara en los bares. Lo mismo hasta estaba ya por la plaza, ¿te imaginas?, le dije. Ella sonreía, seguramente pensando en sus cosas.

30. Ana María

Míranos aquí. Ella lleva un vestido de algodón azul, camina rápido y yo la veo llegar desde detrás del parabrisas. Azul tenía que ser, pienso, como aquella vez, cuando se fue del brazo de Ernesto con las primeras luces del día, como si el destino me la fuera a devolver ahora igualita. Y sin embargo, nada es igual: la luz es de anochecer —o es ya de noche pero esa reluciente del verano, solo gris— y somos nosotras las que nos vamos.

No he encendido los faros y estoy aparcada esperándola, los minutos se me hacen horas, como antes, cuando esperaba que Cristina subiera para tenerla localizada y entretenida y poder bajar a abrir a Joaquín. Lo planeamos en el río. Ernesto venía a recoger a Sole y a Joaquín. En el trayecto a casa ella le diría que iba a salir con su prima Luisi, la madre de Paco, pero en realidad yo la esperaría aquí, donde estoy ahora, detrás de la casa de la Luisi, que nos hace este favor enorme, con el motor encendido para salir pitando. Joaquín vino a darme el recado de su madre, que todo bien, que como habíamos quedado, y no me dijo nada más.

Yo sí le dije:

—¿Qué te pasa con mi hija?

—¿Con Cristina? ¡Nada!

Me mordí la lengua porque solo hace un rato que había entrado con ella en casa, estoy segura, y quién sabe qué pasaría entre los dos porque a Cristina yo la llamaba y no subía. Pero no me atreví a seguir preguntándole, porque tenía razón, lo vi en su cara, en su sonrisa de lado, en el olor agrio a botellín que traía, que con Cristina no pasa nada, no le pasa nada, mi niña, que estaba tan feliz, cómo le va a romper el corazón. Yo no sabía cómo decírselo, solo le dije que era mayor, y que el chico no es como ella. Pero no va a escuchar

lo que le repito siempre. Ahí la he dejado, arreglándose, iba a llamar a Olga.

Por supuesto Joaquín no sabe nada, piensa que su madre quiere disculparse personalmente por lo de la invitación frustrada. Los planes de a dónde vamos los hicimos Sole y yo. La Luisi piensa que vamos a pasarlo bien, ha echado la tarde suspirando, porque seguramente no conoce varón desde su difunto. Me sacudo ahora esos pensamientos porque Soledad acercándose al coche lo abarca todo con su vestido azul y el recuerdo de su carne violeta y tapada. Soledad vestida en el río, a la sombra, siempre consciente de sus movimientos, porque aunque aquí Ernesto no tiene amigos, los supuestos escándalos de las mujeres llegan a oídos de todos. No hemos cambiado tanto desde que éramos dos niñas que pasaban demasiado tiempo juntas.

Por fin se mete en el coche, no le digo nada y arranco y hasta que no hemos bajado la mitad del valle no me atrevo a mirarla, ni a hablarle.

—¿Estás bien? —pregunto.

—Tengo miedo —dice.

—¿Más miedo o más ganas? —insisto, como si lo que vamos a hacer fuera algo intrascendente, cualquier cosa divertida y prohibida.

Se queda un segundo callada. No veo su cara, miro al frente, a la oscuridad de la carretera y a los mosquitos que danzan delante de las luces del coche. Yo estaría aterrorizada. Pero ella me sorprende:

—Las dos cosas igual —dice al fin.

Sonrío porque Sole es otra vez mi Sole, la chica decidida que era, el escándalo con piernas de niña, demasiado guapa, demasiado lista, demasiado altiva para ser quien era. Vuelve fugazmente un resplandor de su antiguo espíritu.

Vamos a El Mirador, en Sotomonte. No es un punto de interés desde donde observar todos los pueblos del valle colgados en sus laderas, al norte y al sur, al este y al oeste. Lo era, pero el vandalismo y el coste de mantenimiento convencieron al ayuntamiento para recalificar ese suelo, tirar abajo las pintarrajeadas

esculturas modernas que pretendían decorarlo, y ceder el espacio a una oenegé de esas que parecen haber proliferado como los espárragos entre las zarzas. A la oenegé la llamaron también El Mirador, para qué complicarse. Sus estatutos son lo suficientemente laxos para poder ayudar a todos, incluso a los que la sociedad aún debate si es correcto ayudar. *Las cosas de casa se quedan en casa.* La cantinela me resuena en los oídos, y pienso que no, que sí hemos pasado por la insatisfacción, la humillación a veces, pero no por la carne morada, por el maquillaje en los golpes, todas no.

La idea salió de Soledad. Quiere ir y preguntar, habrá gente, incluso a estas horas, vamos a probar, en el pueblo se escuchan a media voz historias de mujeres que llegan de día y de noche, descalzas, sin nada, de cualquier manera. Yo juré no ayudarla y mírame, míranos aquí, conduciendo con el corazón encogido, con todos los miedos, mientras los demás beben y bailan. Creo que cancelar lo de la comida ha sido el punto detonante, la gota que ha colmado el vaso después de tantos años. No poder disfrutar de sus amigos aquí, en su pueblo. En Valencia nadie me conoce, me dijo en el río, he tenido que venir aquí para darme cuenta de que no quiero ser una isla, de que me he perdido la vida.

Ha sido tan distinta tantos años. Pero ahora aún es mi Sole por un rato, quizá el último.

Quiero estar contigo, le digo a Sole, y esta vez sí me vuelvo a mirarla sujetando el volante, aunque no tanto tiempo como sale en las películas, porque la carretera es estrecha y está llena de curvas, y no hay farolas ni neones, solo tras la montaña una luz leve, como si la noche no quisiera irse del todo y no quiero que esta escapada nuestra acabe en la cuneta.

Como no me contesta, insisto:

—Sole, quiero estar contigo, acostarme contigo —le digo.

Ella sonríe por primera vez, y luego le da la risa, y a mí también.

—¿Qué pasa? —le digo, porque no estoy muy segura de lo que significa su risa.

—Nada. Que yo también quiero, Anita.

Sonrío sin apartar los ojos del asfalto. Ahora tenemos otra tarea antes de ir a El Mirador. Antes de que Soledad dé quizá el que sea el primer paso de su nueva vida. Ahora tengo aún más miedo. Y también ganas.

Doy un volantazo cuando veo un camino que abandona la carretera. Rezo por lo bajo para que sea largo y se adentre hasta alguna finca, que algo nos procure la intimidad que necesitamos. Estamos en la parte baja del valle y los pinos han desaparecido, dejando paso a una vegetación más rala: jaras, helechos, huertas y plantaciones de frutales. Como un milagro, al final del camino aparece un casillo. Es una de esas casitas diminutas, apañadas con materiales de aquí y allá, que sirven para almacenar aperos y si acaso un taburete donde sentarse a echar un trago al botijo y comerse el almuerzo que se trajo uno para pasar el día en la faena. A estas horas no hay nadie. Lo rodeo con el coche y aparco detrás.

—En el coche tendrá que ser —le digo—, ¡aunque ya no seamos dos crías!

Por toda respuesta me besa y esta vez siento que su beso no es apresurado y miedoso. Yo la beso igual. Luego digo:

—Vámonos detrás.

31. Cristina

Joaquín estará en la plaza, o en el Stop, o en…, le digo a Olga muy deprisa mientras bajamos aceleradas la cuesta de la iglesia, a dos minutos de llegar, que en realidad es lo mismo que saber, que empezar, quizá. Es temprano, me responde, y pienso que sí, que apenas acaba de anochecer, pero que ahora tarda tanto en hacerse de noche, y mamá se iba ya, y papá se había ido antes, a la final del torneo de mus que se organiza siempre por las fiestas, y he llamado a Olga y le he dicho que vamos, que si ella ya estaba lista también, nos movemos tía, qué vamos a hacer en casa. En el pueblo solo tenemos un teléfono arriba en el salón, así que lo usamos poco porque no hay privacidad. Pero de pronto estoy sola y subo corriendo a llamar y le digo a Olga venga, aunque sea vemos los puestecitos, la convenzo, si tú estás lista, vestida, maquillada. ¿Te has puesto minifalda, al final? Sí, tía, pero vámonos antes de que pueda venir alguien y no me dejen salir así.

Y hemos salido temprano porque también me lo pedía la mariposa de alas gruesas que llevo en el estómago, que se agita tanto, cada vez más grande, y sé que tendré que ahogarla para hacerla pequeñita, o que si está Joaquín ahí en la plaza, o en el Stop, y nos vamos, nos vamos juntos a algún sitio apartado, y volvemos a besarnos, como antes, quizá se vaya, se muera, deje de ahogarme por dentro con el polvo de su batir furioso.

Llegamos a la plaza y ya hay gente, pero no hay rastro de Joaquín. Subimos al Stop, que está llenito, pero él no está. Juande, que mira a Olga desde una esquina, se ruboriza, se ruborizan los dos, qué cosas, siento que la mariposa tiene boca y me engancha un mordisco en el estómago que se me ha vuelto de chicle y se estira y duele terriblemente. Tengo sed, le digo a Olga. ¿Qué quieres? Un

mosto, digo, aunque dudo, y luego digo que no, que una cerveza mejor. Bueno, pero se lo digo a Juande que nos las pida, y nos vamos allá atrás, con él. Digo que sí, porque de todas las opciones posibles es la mejor, y voy a necesitar cerveza si no aparece Joaquín ya de una maldita vez y me besa, y nos vamos. ¿Somos novios? Juande nos ha pedido la bebida; el reloj de la plaza se oye por encima de la música. Olga está sentada en una pierna de Juande. Él la coge por la cintura. Ella le ha pasado por los hombros su brazo libre, el que no sujeta el botellín. Sonríe como debería estar haciéndolo yo, que sin embargo estoy pendiente de la puerta y me sobresalto con las campanadas del reloj.

Llevo dos cervezas y Joaquín no ha aparecido, y ahora ya me cuesta más sonreír, creer en lo que pasó hace un rato, porque cada trago es una duda y cada minuto otra y la felicidad de los otros otro mordisco de mi mariposa, que respira por encima del alcohol en mi estómago, muy tranquila, como si nada, segura de vivir para siempre. Ya están todas, Cruz, Patri, Raque, todas, y algunos chicos que pululan a su alrededor y que hasta parecen venir con ellas. ¿Puede que yo no me haya enterado de nada? Sí, puede que sí, que estas pavas a la chita callando, o no, puede que solo sea yo que tengo esta fijación imbécil con Joaquín y no me deja ver otra cosa, que pensaba que ya, que me había besado y ya, y mírame, seguro que no, si no por qué no aparece.

Cruz, tengo que fumar, le digo, aunque en realidad tengo que salir a que me dé el aire, porque me he tomado las dos cervezas muy deprisa, y porque me parece que me mira mucha gente. Estoy muy guapa con esta falda y el brillo de labios, el pelo algo alborotado del calor, y la sonrisa, una sonrisa enorme de que no pasa nada. Tengo que fumar, o tengo que tomar el aire, o tengo que beber más, no sé, tengo calor y un bicho enorme en la tripa; le crecen las alas hacia arriba, me llenan ya la garganta. ¡Cruz, Cruz! Parece que lo he dicho al aire. Y sí. Me vuelvo y veo a Cruz comiéndose a un tío, literal, tía, literal, pienso, qué manera de morrearse, y quién es ese que no le he visto en mi vida. No sé, es

difícil de ver porque la boca de Cruz parece succionarle la cara, le agarra la coronilla con las manos, le aprieta, se aprietan. Joder, Cruz, no me has oído. Y Raque y Patri están sentadas al lado de Juande y Olga y hay también dos tíos que les traen bebida, ellas están con los sanfranciscos, y con el jijijí y el jajajá y como que no quieren dejarse halagar, pero claro que sí. Y estoy sola, joder, rodeada de toda esta gente y solo me bastaría volverme y sonreír a alguien para dejar de estarlo, pero ese alguien querría que fuese Joaquín y no ha venido, no ha llegado, y ya no es temprano, ¿qué coño hace? Apuro lo que me queda de cerveza rapidísimo, que ya no sé si ahogo a la mariposa o la estoy regando para que crezca, y suena «Lady, Lady, Lady», que aquí ponen de todo y es el momento del cachondeo, y Dios mío, pienso, yo soy como esta, como la *lady*, cada día iré más pintada y cada día esperando, ¿es posible?, ¿es eso lo que me va a pasar?, o como la Penélope, todo por un puto beso, mierda.

Salgo sola afuera del local y me coloco en una esquina, no vaya a ser que a alguien desde la plaza le dé por mirar hacia acá y verme, patética, con este mareo y estas ganas. Me agacho, estoy más borracha de lo que pensaba, he bebido muy deprisa, pero de pronto siento un alivio enorme, algo así como si hubiera parido el bicho de adentro, que se me hubiera escapado por la boca y al fin respirara, aunque sé que no: solo es Paco, el pringado, pobre, más patético que yo, el rey de los *losers*, me quiere y yo no, ojalá pudiera quererle. Se ha sentado a mi lado y debe de tener mucho calor con ese traje, que no sé cómo hace para que no huela mal. Es como una corriente de aire, Paco, una ventana abierta, ojalá pudiera dejarme caer en su regazo, que me acariciara el pelo y me dijera sush, sush, que es lo único que quiero ahora, porque no aparece Joaquín, ya no le importo. Debí hacer caso a lo que me dijo en el río y no pensar que un beso, unos besos, lo cambiaban todo.

Suena Midnight Oil y esa canción que me encanta: *How do we sleep while our beds are burning?,* tarareo, pero Paco no me entiende, me pregunta que si estoy borracha y le contesto que solo me he tomado dos cervezas, y que estoy bien, que muy bien. No sé

por qué le hablo, por qué le cuento. Pero lo hago. Que esta tarde besé a Joaquín, ¡que me quiere! Me río muchísimo cuando lo digo. Paco me deja beber de su Fanta, que está muy fría, porque empiezo a toser, y me dice que vamos, vámonos a otro sitio, te tranquilizas un poco y le buscamos, ¿quieres? Y le abrazo, estoy borracha, por eso le abrazo y creo que hasta le besaría si no fuera porque sí, porque tiene que aparecer Joaquín en algún momento, el maldito.

Vamos al Flamenco Rosa. Entra él, yo me quedo fuera, en un rinconcito donde pienso que no me verá ningún padre, aunque lo de las dos cervezas creo que me hace parecer transparente, invisible a los ojos de los demás, igual que yo no veo bien del todo. ¿Será por eso que no he visto a Joaquín? No, él me hubiera visto a mí, él me hubiera llamado, Cristina, me hubiera dicho, vámonos, él y no Paco, y no hubiéramos ido a buscar a nadie porque ya nos habríamos encontrado.

Pero no. Seguimos siendo Paco y yo. Así que nos vamos al Benjita's, al Pájaro Loco, a las peñas de la almazara. Como no está en ningún sitio yo bebo, aunque Paco me dice que no, que mejor no, mira si te encuentra así, qué pensará, me dice, y yo es que no estoy guapa, le pregunto, y Paco calla, le he acariciado la cara y le he dado un beso en la mejilla, y le he dicho que sí, que seguro que a él se lo parezco, pero él se ha callado, ni que sí ni que no, aunque yo sepa interpretar ese silencio y me haga gracia, mucho más porque ahora son más de tres cervezas y limonada y dos chupitos.

¿Y tu madre? ¿Y tu padre? ¿Y Tito?, ¿no están? Me parece que Paco habla mucho, para qué quiere saber todas esas cosas, y le explico, mi madre no sé, mi padre jugando a las cartas, Tito no sé, Joaquín no sé, ¿dónde está Joaquín? Él guarda de pronto silencio y entonces me enfado, ¡tú sabes!, le digo, tú sabes cosas porque siempre estás por ahí, joder, si me toca defenderte siempre, que eres buen tío, digo, pero a la gente le mosqueas con esa pinta y ese afán de merodear, y ahora no me dices nada, me enfado. Paco, dime, joder, dime y soy tu amiga. Le tiro de la camisa planchada, me engancho a su cintura, le paso los brazos por el cuello como si fuera

a besarle, venga, dime y te doy otro beso, como antes, bueno, si quieres más cerca de los labios, ¿quieres?, y le toco la comisura con un dedo y después me doy un beso en la yema y le repito que si lo quiere moviendo el dedito como si con él fuera a depositarle el beso en el centro de la boca. Estás borracha, Cristina, me sujeta la mano, mira, ya hemos ido a todos lados, Joaquín estará en casa, se encontrará mal, yo qué sé, no querrá salir, saldrá más tarde. Paco hace un gesto de cansancio. No, dime, Paco, dime, que tú y yo somos amigos, ¿tú me quieres, no, Paco? Yo sí te quiero, muchísimo, como amiga pero te quiero, nunca me metería contigo como hacen los otros, sé que me quieres, que me lo has dicho en tus cartas, y también por cómo me miras. ¿Entonces no me vas a decir? Eso no es querer, Paco.

Estamos en uno de los bares del parque. Ahora no viene nadie por aquí, pero de todos modos hemos venido a mirar, a buscar. ¿Me quieres, Paco?, le vuelvo a decir, y él me coge de la mano y me saca de ahí y me dice que me beba su Fanta entera, otra nueva que se ha pedido, porque él siempre bebe Fanta, de limón o de naranja, según. Me dice que cuando uno está en ese estado lo que tiene que hacer es beber líquido, no alcohol, y que así se me pasará un poco. Asiento, me vuelvo a dejar caer al suelo, y él vuelve a sentarse a mi lado, y ahora sí me apoyo en su regazo, porque no hay nadie o porque soy invisible y porque quiero que me acaricie el pelo, aunque aparezca Joaquín.

Cristina, me dice, no sé dónde está Joaquín, no le he visto. Le vi antes, le vi contigo, entrar contigo en tu casa y después, cuando salió, le seguí.

—¿Y qué, Paco?

—Volvió a tu casa, tu madre le abrió por la puerta del garaje.

Entonces sé que no, que la mariposa no ha volado. Sigue ahí y me corta el corazón con sus alas filosas.

Y pienso en por qué mi madre no me dijo antes que le conocía si le había visto en casa dos veces. ¡Dos veces! Primero cuando fue a decirle que se cancelaba lo de la comida, que fue cuando le vi yo

bajando sin camiseta, rojo en la cara, y no sabía de dónde venía, y luego me lo contó en el río. Y después del río la segunda vez, esa misma tarde. ¡Después de besarme! Después de que me preguntara quién era, si había entrado. ¡Que era muy guapo! Y yo que me moría de risa y de vergüenza y que quería salir de ahí cuanto antes porque seguro que sí, que me estaba esperando.

Ese chico no es para ti, me había dicho.

Mi madre que era mi madre por fin.

Y también una mentirosa.

Dejo el regazo de Paco y corro a casa, no sé muy bien a qué, a estar sola o a enfrentarme, quizá, con ella.

32. Tito

«El Tito y la Rosi», me dice ella, con soniquete, eso es lo que dicen, que te aprovechas de mí, que solo me quieres ya sabes para qué, no debí dejarme convencer. Pone mohínes como ella sabe y se gira para darme la espalda, los dos tumbados en la misma toalla, en el río, esta tarde, con este plan. Y por eso, y porque no es del todo cierto eso que dicen, me la he traído a casa, aunque sepa que no hay nadie y también quiera tirármela, que una cosa no quita la otra. Este verano es lo que hacemos Rosi y yo, buscar sitios para follar, aunque también hablamos mucho cuando podemos hacerlo en una cama y no por ahí en su coche o en algún escondite. Pero que venga a casa es importante, lleva una sonrisa de no me lo creo, como si fuera a presentarle también a mis padres. Repite: voy a ver la casa grande, voy a ver la casa grande, y me jode un poco la tontería esa, así llaman a nuestra casa aquí desde que nos la hicimos para dejar de invadir la de la abuela todos los veranos. Supe que no había puesto jamás un pie en una casa como la mía en cuanto abrí, y eso que subimos desde el garaje, ni siquiera entramos por la puerta principal. Dijo «¡Tío!», y yo, nervioso, me puse el índice sobre los labios. Luego caí en la cuenta de que lo mismo mi garaje era más grande que toda su casa, y que quizá, donde yo veía un rectángulo desangelado, ella veía un espacio enorme y se fijaba en todo eso que era ya invisible para mí: la barra, la leñera, la cocina donde muy de vez en cuando hacemos barbacoas.

Subimos por la escalera que lleva al pasillo de los dormitorios, ella pegándose a la pared, miedosa del desnivel, mi padre dice que la escalera es más moderna sin barandilla. Abrí la puerta despacio y todo estaba oscuro, gracias a Dios. Nos descalzamos en el último escalón, pasé delante y esperé a que ella pasara para cerrar de

nuevo. Una vez en el pasillo, ella no sabía bien dónde colocarse. Estaba tan pegada a mí que apenas podía moverme y sentí algo, creo que distinto a lo que había sentido por ella hasta ese momento y que me sorprendió por intenso y súbito, una especie de responsabilidad, un pellizco de culpa o de cariño. Le di la mano y a pesar de eso ella se empeñó en ir tocando con la otra la pared, como los niños, como los ciegos cuando leen en braille. Entonces pensé que era cariño y también, fugazmente, que lo mismo empezaba siempre con un poco de culpa. Abrí la puerta que separa el pasillo del *hall* de la entrada. Había pensado llevarla al pequeño cuarto frente a la entrada principal. Era perfecto porque todo el mundo entraba a la casa por el garaje, la entrada real era tan virgen como un salón para las visitas. Aquel cuarto tenía el techo altísimo, quedaba bajo el hueco de la escalera y nunca fue acogedor, aunque se hubiera amueblado con un sofá y estuviera lleno de libros de cuando éramos críos y de juegos de mesa que ya nos aburrían. Encendí la lamparita, que daba una luz ridícula, y ella paseó su mirada por todas partes. Me avergoncé de llevarla al peor cuarto de la casa, pero ella dijo:

—¿Y esta habitación?

—Oficialmente es el cuarto de juegos —respondí.

Me dijo que era alucinante y le miré los pies desnudos. Su candidez me hacía daño.

—¿Crees que podría llevarme un libro para la niña?

Pensé que eran todos libros viejos. Sin darse cuenta volvía a hacerme daño.

Le dije:

—Los que quieras, nadie entra aquí.

A pesar de estar en mi casa me sentía más inseguro que nunca.

—Nos damos prisa, y así te enseño también el resto —le dije para aliviar mi conciencia, y pensé que lo mismo no era capaz de responder.

Por toda respuesta se rio y empezó a desabrocharse la camisa. A pesar de todas las habladurías, este verano era el primero que nos

habíamos acostado. Ella quería un novio formal, ya me había advertido el año pasado cuando empezamos a tontear, que ya había aprendido con lo de la niña y estaba harta de que hablaran. Y sin condón nada, añadía muy seria, y, acordándome de eso, el día en que llegamos me presenté en su casa con una caja de las grandes diciéndole que era formal, como si en la caja guardara un anillo de oro en vez de un montón de ellos de látex. Y que no quería esperar más. Me tembló un poco la voz y estaba más rojo que un cangrejo pero ella se rio y nos acostamos esa misma tarde. Yo me lo había hecho con una de clase que no me gustaba mucho, por practicar, me agobiaba la idea de quedar mal la primera vez. Y después de acostarnos esa noche en mi cama, se me vino el mundo encima: lo que ella esperaba de mí, su hija pequeña, mis padres, la basca de Madrid que la vería paleta aunque estuviera tan buena. Al día siguiente no sabía qué hacer, hasta se me hizo un nudo en el estómago con el desayuno, pero luego en la piscina, lo reconozco, dije la hostia, me gusta y ya está, no le des más vueltas, Tito, lo que tenga que ser será, y así hemos pasado estos días, pegados, desaparecidos, follando cuando podemos y donde podemos y maldiciendo a su madre por venirse a cuidar a la cría a su casa en vez de llevársela y dejarnos intimidad.

Rosi se ha quitado la camisa, tiene unas tetas gloriosas que se vencen a los lados cuando se quita el sujetador, y que sabe mover cuando se me pone encima, porque sabe que me gusta. Me puede más la polla que la conciencia y me empino automáticamente. Tumbado, dejo que me monte ella, porque sé que así es más rápido para los dos y esta noche el tema no va solo de follar, también tengo que darle gusto con lo de la casa. A pesar de que no hay nadie repito sush, sush, porque suele ser escandalosa, y por primera vez ella acaba con un orgasmo silencioso como los míos. Se deja caer encima de mí y me acaricia el pecho con una mano. Después me aparta el pelo de los ojos, como suele hacer. Pero esta vez la noto nerviosa y quiere irse ya del cuarto. ¡Qué prisas!, joder, que está todo controlado, le recuerdo. Aunque apenas he estado un rato en

casa cuando Cristina estaba cenando, me he asegurado de cuáles eran los planes de todos y no espero que ninguno aparezca temprano. Sé que a Rosi que nos pillen aquí no le importa, pero obviamente no echando un polvo, así que le hago caso y enseguida estamos vestidos y salimos del cuarto como si no hubiera pasado nada.

Compruebo que todo sigue tranquilo y le enseño la planta baja.

—¿Aquí duermes tú? —me dice cuando ve mi cama. Mira todo con ojos de búho. Luego me saca del cuarto: ya se ha aburrido. No tenemos mucho, nada personal, se nota que es una casa de veraneo.

—¡Quiero ver el cuarto de tus padres! —dice.

Va metiéndose y saliendo de dormitorios y baños hasta que da con él, está al final del pasillo.

—Uf, cuando sea mayor quiero tener un dormitorio así —dice y abre el armario de par en par y acaricia con la palma de la mano extendida la ropa de mi madre—. ¡Y ser así de elegante!

Otra vez me asusta su inocencia, pero no quiero reconocerlo. Se ha vuelto un torbellino imparable, está eufórica. Sube corriendo las escaleras y llega a la planta de arriba muchísimo antes que yo. Oigo exclamaciones de asombro cuando alcanzo el último peldaño.

—Me encanta el salón, pero esta cocina es como la de las pelis —me dice cuando al fin llego.

Ya no se corta: abre el frigorífico y coge un refresco.

—Con todos los que hay no se van a enterar —dice.

—No creas, es por las visitas de estos días, mi madre nunca tiene Coca-Colas —le digo, pero ella hace un gesto de incredulidad con la mano.

Al final me ha contagiado su entusiasmo. He conseguido detenerla y la aprieto contra la encimera, abro la lata y pego un buen trago y luego otro más pequeño y la beso, con la boca llena de refresco que paso a su boca. Se le escurre algo por las comisuras y se limpia mientras me mira con asombro.

—¡Para! —me dice, y se ríe—, ¿es que me quieres calentar otra vez?

Y no, no quiero. Pero ahora tiene la sonrisa más bonita y los ojos le hacen chispitas como a los dibujos animados esos japoneses que mi hermana no se pierde, y me doy cuenta de que estoy cachondísimo otra vez y de que puedo descargar de nuevo. Comienzo a besarla más apasionadamente, y le vuelvo a desabrochar la camisa y el sujetador para besarle también las tetas.

Espera, me dice, y se encarama a la encimera.

Antes de que me dé cuenta tengo la mano bajo su falda, muevo los dedos en su interior. Ella gime alto, pero esta vez no la callo.

Nunca lo habíamos hecho así.

Me pone los brazos alrededor del cuello, echa la cabeza hacia atrás y la cadera hacia adelante. Sus jadeos me indican que está a punto de llegar.

Entonces me mira a la cara y pregunta.

—¿Me quieres?

Pienso ¡qué cojones!, pero no es el momento de discutirle la oportunidad, además tampoco puedo pensar mucho, yo mismo estoy a punto de explotar.

Sí, te quiero, le digo. Y es verdad.

Enseguida se corre, esta vez casi gritando.

A pesar de todo oigo perfectamente cómo se cierra de un golpe la puerta del salón, pero no me importa, será la corriente, quiero creer, y le empujo la cabeza para que con la boca me alivie a mí.

33. Cristina

No bajé la cuesta para llegar hasta la plaza como siempre. Salí corriendo desde el salón, bajé las escaleras, todas —el tramo hasta el primer piso, el tramo hasta el garaje—, subí la cuesta hasta por encima de la casa de Olga. Y después corrí en horizontal, hasta detenerme arriba de las casas nuevas. No había visto nada pero había oído lo suficiente para saber dónde estaban los dos desaparecidos: mi madre y Joaquín.

Esa misma mañana el corazón me habría latido fuerte solo por estar allí, por imaginarme a Joaquín tan cerca, en su barrio, en su casa, por verle quizá asomado al porche o porque me sorprendiera en la calle, ahí que no hay nada, y adivinara que el motivo de mi vagabundeo no era otro que el hacerme la encontradiza. Pero ahora no podía pillarme porque yo le había pillado a él. Sabía exactamente dónde estaba. Me palpitaba la garganta, la sien, un punto rojo oscilaba frente a mis ojos, como un huevo podrido de la mariposa negra. Me detuve a respirar y miré la bajada desde allí hasta el centro del pueblo, el camino de pinos, las farolas de cuya luz había deseado tanto esconderme con él, el marco de tejados conocidos; todo parecía pertenecer a otra Cristina, a una que sin duda era feliz, aún ingenua. Tenía la certeza de que era ahora cuando apreciaba la realidad: el pueblo inhóspito con los forasteros, las calles agrietadas, los susurros de los visillos, el pecado presente en las vidas de todos. Los habitantes de Las Gargantillas eran peces radiactivos con la cara llena de ojos. Menos yo. Los míos eran como los de los peces abisales: ciegos. Solo yo no había visto hasta hace apenas un momento lo que los demás veían en pantalla grande. ¡La tonta de Cristina!, ¡tan enamorada! ¡Cómo se habrían reído! Lo que no podía imaginarme era que mi madre…, ¿acaso todo el mundo sabía eso

también? ¿Que no podía estar con su madre y entonces estaba con el hijo? ¿Tenía que creerme lo que decían? No podía respirar de la vergüenza. Cristina, Cristina, vamos, no importa, joder, no lo pienses ahora, céntrate. ¡Muy fuerte, tía, muy fuerte, joder! Además no podía contárselo a nadie. Me moriría si lo supieran estas. Iba a ir a buscar a Pedro, eso iba a hacer, él lo arreglaría, yo me había equivocado tanto. Empecé a bajar despacio. El corazón qué, el corazón qué, sentía que iban gritando en voz baja mis pasos mientras caminaba hacia la zona de la plaza, hacia los bares, cegada de calor. Qué importaba el corazón, los besos de chicle, la piel fría bajo la malla indiscreta, pensé. Todos andarían sumergidos en algún vaso para aliviar el fuego de esa noche, o andarían buscando cómo calmarlo con más calor. Y eso es lo que quería hacer, lo que necesitaba. Buscar a Pedro, el calor que me ofrecía desde hace tiempo y un vaso cualquiera.

En los bares solo había *sonrisamuecas* y música atronadora. Manos que se enroscan a la cintura al pasar como boas de discoteca.

Me topé con la sonrisa sincera de Raque.

—¡Cristina! ¿Pasa algo?

—¡No, nada! Busco a Pedro, tía.

El verbo buscar y Pedro en la misma frase pronunciada por mí hizo que Raque me mirara con gesto grave.

—Aquí no le he visto —dijo, e hizo una mueca cuando una cabeza alcoholizada se asomó por encima de su hombro, como un loro sin pizca de gracia. El animal graznó:

—El Pedrito se fue con la María.

Me quedé mirando al borracho aquel, ¿quién era ese idiota? Dije adiós sin mirarlos más y salí de aquel bar como quien abandona la guarida de un dragón, con una nube de humo detrás y la determinación de hacer algo drástico, definitivo.

A lo mejor. Y si Pedro ahora no. Pensé. Mejor no pensar y seguir corriendo. Eso hice. Vi a Paco con su traje ridículo y pasé junto a él como una exhalación, seguro que me había seguido hasta la casa,

porque había salido corriendo después de que me dijera que mi madre había visto antes a Joaquín. Yo ahora no quería que Paco me viera así, él que me advertía de todo solo con su presencia, como si fuera una especie de cobrador del frac del amor, siempre a mi lado para recordarme lo estúpida que era. Le odiaba. Los odiaba a todos por no haberme dicho, por no haberme prevenido, odiaba a mi madre por encima de todo.

La María, pensé. La María quién coño es. A lo mejor, por la puta María o quien sea esa. La María es lo que le faltaba al punto rojo de la vergüenza, a la cría caliente de la mariposa del ansia, debí acostarme con Pedro, quizá, pero Joaquín y ahora Pedro pasaban de mí, ¿sería posible? El corazón qué, vuelta otra vez. Casi corría, a pesar del aire espeso, del sabor de ceniza en el fondo de la garganta.

Qué cosas ocurren: en la misma noche busco primero a Joaquín y después a Pedro.

De camino al siguiente bar giré hacia el parque, buscaba la noche más oscura, que nadie viera mis ojos, que nadie adivinara el corazón qué, por qué me hacía esto, me sentía ridícula. En un extremo del parque un corro de fumadores se adivinaba de chicos. Una pequeña luz iluminó una cara. Era Pedro. Me reconoció y deshizo el círculo. El Sucio quedó expuesto, dándole golpes de mechero a una piedra lisa. La puta María. Ya lo entendí.

—¡Cristina! —dijo Pedro. Y añadió—: Quédate a fumar.

Sentí un alivio enorme.

Las caras de Pedro y sus colegas se iluminaban intermitentes al pasarse el porro. Miré al horizonte, sobre los árboles del parque. Un incendio se adivinaba detrás de la Peña Molina.

Joder, al final era eso, pensé. Al final llegó.

—¿Es lo que parece? —pregunté.

—Sí. Lo mismo en un rato nos evacúan, lo acabamos de saber —contestó Pedro.

—¿Tan grave es? —insistí.

—Cuando asoma por ahí está muy cerca —dijo uno de los chicos del pueblo, un habitual de las cuadrillas de verano.

—¡Pero si no habían dicho nada! —exclamé asustada.

—Se ha declarado hace unas horas y es muy virulento —dijo Pedro.

—El maldito aire —murmuró Carmelo, mientras aspiraba fuerte del canuto.

—Y este calor. Todo está demasiado seco —apuntó el chaval de antes.

De pronto me di cuenta de que no se oía el murmullo de la música en la plaza. En su lugar, se escuchaba nítidamente el carraspeo metálico de la megafonía. Lo que decían por los altavoces me rebotaba en el interior de la cabeza. Todo mi cuerpo era una caja de resonancia que solo escuchaba el batir frenético de la mariposa.

Supuse que tenía que volver a casa. Pero estaban los ruidos de mi madre y Joaquín en la cocina. Y no. Tampoco quería quedarme a fumar. No debí. Pero dije que fumaría.

Era mi turno. Pedro me pasó el brazo por los hombros.

—Venga, fúmate un peta, que te tranquiliza. ¿Quieres cerveza?

Ya puestos, sí y sí.

Dije a todo que sí.

También a irnos, al rato.

—¿Y el incendio? —pregunté sin demasiado énfasis.

—Ya han llegado los hidroaviones —contestó, como si yo tuviera que saber qué significaba eso.

Y también volví a decir que sí, que quería ir a su casa ahora que estaban cerrando los bares.

Y sí, quería. Quería fumar y beber y no volver a casa.

Todo lo demás no quería.

Sí, besarle. Sí que me besara.

Sí pensar en Joaquín todo el rato, sí perder la virginidad esa noche, sí.

No así.

34. La narradora

Míralas ahí. Son Ana y Sole, como de jovencitas pero mayores, y solo es su segunda vez. Están más incómodas que la primera, pero más tranquilas.

Y sería bonito que acabara aquí su historia. Punto final, se ha acabado: vuelven a casa y Ernesto se arrepiente y Ana María no piensa que Joaquín es guapo.

Pero eso no va a pasar. Harán el amor y después Ana llevará a Sole a El Mirador. Sole entrará sola y Ana María esperará en el coche un tiempo que se le hará eterno. Cuando salga, Sole le dirá a Ana que se queda. Ana María no se lo esperará, preguntará por su hijo: ¿Y Joaquín?, ¿vas a dejarle? Ya no es un niño, le dirá, aguantará, y, quizá, después de un tiempo, pueda buscarle. Ana se ofrecerá a contarle, a explicarle. Soledad se lo prohibirá tajantemente: si Ernesto sabe que has estado implicada, te matará. Le hará prometer que no revelará nada. ¿Y si nos han visto?, dirá Ana, no, Anita, seguro que no, la tranquilizará Sole, pero puedes ir ahora a ver a tus tías, me dijiste que solías bajar alguna noche a tomar el fresco con ellas, eso te dará la coartada que necesitas si alguien te vio por aquí.

Ana mirará alrededor, a las ventanillas del coche bajadas, volverá a sentir el calor sofocante que era casi el único pensamiento que acompañaba a la preocupación mientras esperaba a Sole. Había sentido la necesidad de levantarse del asiento, alisarse la falda, comprobar que no la lleva empapada por detrás, pero la preocupación la había mantenido sentada y esperando. Sabía que aquello que había pasado hacía un momento no volvería a pasar, que, tal y como estaban las cosas, no les quedaba más remedio que olvidarse. Pensó que al menos habían tenido un verano para

explicarse, para quererse otra vez. Sentarse al fresco con sus tías —si acaso corría alguna brisa— era tentador, una forma segura de no llorar.

Ana, tengo que entrar, le dirá Sole, y volverá a responder que sí cuando Ana le pregunte si está segura y enseguida la mirará brevemente desde la puerta de El Mirador, y le hará un gesto de adiós con la mano, y Ana pensará, míranos, míranos a las dos: empezamos de cero mientras Joaquín, en casa, ajeno a todo, también empezará de cero, mañana, pero esta noche pensará en Cristina mientras sube en el sótano el volumen de la música porque los ronquidos de Ernesto llegan hasta ahí, puto cabrón, piensa —Ernesto se ha quedado dormido, como es habitual, viendo la película que echan—, y luego apenas en que quizá no debió besarla, pero joder, ella quería, ¿no?, ella quería, y está tan buena, pero yo ya no sé si salir, lo mismo si veo a Ana María merece la pena, piensa, pero para qué buscarse líos, déjalo estar, piensa, y sube porque ahí en el sótano empieza a ahogarse de calor también. Arriba, en la cocina, abre la ventana, hay olor a humo. Ya sí que no salgo, dice en voz alta mientras coge una cerveza de la nevera, a ver si nos vamos mañana ya de este pueblo, antes de que se queme entero.

35. Cristina

En cuanto acabaron el peta pareció que alguien les había dado una orden para dispersarse porque de pronto solo quedamos Pedro y yo. Me cogió de la mano, salimos de allí, su casa no estaba lejos. Creí que cruzaríamos el umbral, me ofrecería otra cerveza, lo haríamos en el sofá. En vez de eso me besó en cuanto cruzamos la calle, contra la casa de alguien, bajo una ventana abierta de la que salía el sonido de un televisor. Al principio le devolví el beso, era la segunda persona que me besaba ese día, me sentí menos atemorizada, más experimentada, aunque sus besos enseguida los sentí distintos, nada de sabor a chicle ni piel caliente. Pedro era frío. Creí que me miraría a los ojos, que nos reiríamos, pero no. Eso tampoco venía en el maldito libro aquel, qué estafa para niñas vírgenes. Alguien cerró la ventana desde dentro de la casa: el humo inundaba ya el pueblo. Intenté ignorarlo todo y meterme en el momento, como si tuviera experiencia y todo aquello me pareciera normal. Pero luego me hizo daño. Los besos eran duros, secos, quise parar. Espera, dije. Me tapó la boca y entonces sí me sonrió, pero no con la sonrisa que yo esperaba sino una que le enloquecía los ojos. Tuve miedo, ¿acaso no iba a poder pararle? No me dio tiempo a darle más vueltas porque enseguida me aplastó contra la pared, reteniendo la mano en mi boca. Con la mano libre me exploraba el escote o intentaba llegar a mis bragas. Como yo juntaba las piernas, quería bajarme la ropa por detrás. Yo solo quería parar. Así no tenía que ser. Mejor como en el libro, mejor con el anhelo que me insuflaba Joaquín por la boca con sus besos, mejor si me escuchaba, si respondía, si me cuidaba. Mejor despacio.

Le dije que parara. Lo dije bajito. Luego más fuerte, porque no lo hizo. Luego dije joder, déjame. Luego dije no, por favor. Cuando dije

esto no creo que me oyera, me había dado la vuelta y me aplastaba la cara contra la pared. Me había hecho daño, sentía todo el costado de la cara herido, abierto. Imaginé la sangre porque no podía verla, el ojo lo tenía pegado a la pared, la nariz y la boca torcidas, pensé que iba a matarme de un golpe en la cabeza si me seguía resistiendo. Mientras luchaba por respirar él manipulaba mi falda, mis bragas, su cinturón. Pensé que era mejor que todo pasara rápido, porque si duraba iba a morirme. Lo facilité. Ey, ey, espera, dije y conseguí apartarme un poco del muro encalado que ahora estaba marcado de rojo. Él me soltó con un gruñido de alivio y me agarró de las caderas después de subirme la falda. Me apartó las bragas con una mano y noté cómo hurgaba por detrás. No sabía qué agujero buscaba, no sabía con qué, creo que intentaba metérmela y no podía. Fue entonces cuando vi la piedra, y también los pies de Paco, detrás de nosotros. Pedro no le habría sentido llegar porque no paró. Por un momento me morí de vergüenza. Luego reaccioné. Paco tenía que ayudarme. Moví la piedra con la punta del pie, simulando abrirme más. Rogué para que Pedro no se diera cuenta. Rogué para que Paco sí. Escuché caer el pantalón de Pedro y después murmullos de frustración mientras me embestía. Yo no sentía nada más que los golpetazos de sus caderas contra mis nalgas, no sentía el dolor punzante que esperaba. Cógela, joder, pensé. Coge la puta piedra. Pero no sé si lo hizo. Intenté alcanzarla yo, estiré el brazo, y entonces el dolor me partió, me arrasó por dentro, Pedro dijo hija de puta, hostia, hostia, yo creo que hablaba para él, yo no era nada ya.

36. Paco

Lo de antes ha sido como atravesar el fuego, como si el incendio hubiera llegado ya al pueblo y hubiéramos tenido que adelantar a las llamas en la moto de *cross* del Sebas, haciendo un ruido terrible al acelerar. Aunque no había aún fuego real, lenguas ardientes lamiéndonos las zapatillas, solo Cristina y yo en pie y Pedro en el suelo, la oscuridad, y el rojo, y todo lo que pensamos del fuego y del dolor y de la muerte, si es que alguna vez habíamos pensado en ello. Estábamos enloquecidos, tocados por la desgracia absurda, acorralados, como dos animales sentenciados que necesitan una salida. Yo la vi. Y luego tuve que tirar de ella, de Cristina, que estaba muda y se sujetaba la falda a un lado con una mano porque se le había roto. Tuve que correr, traer la moto del Sebas, le hice un puente no sé ni cómo, enganché los brazos de Cristina a mi cintura cuando consiguió montarse, la grité para que se sujetara fuerte, no se me fuera a caer, así estaba de lánguida, aturdida. Con el primer petardeo, dándole gas en la primera recta, me pareció que atravesábamos una cortina ardiente, que quizá tuviéramos opción, que Cristina no estaba muerta ni loca aún, porque se agarraba a mí y eso significaba que quizá quisiera seguir viviendo.

Mientras se recomponía la ropa no habíamos hablado, pero cuando tapé a Pedro con mi americana, ella reaccionó:

—La chaqueta —dijo.

Y yo entendí que había despertado al fin, porque me advertía: «Sabrán que es tuya». Pero sus palabras no sonaron así, sonaron como siempre las oímos, con su significado inofensivo y común. Y fue aquello lo que me hizo encontrar la salida, parpadear y cambiar la escena, mirar a través de aquel humo que ya había llegado y ver nuestras opciones. Sus opciones. Busqué la piedra con la que

acababa de matar a Pedro y me la eché a los vaqueros. Desde la moto la arrojaría al monte, a medio camino hacia el cuartel de la Guardia Civil. Luego pensé que mejor no, que haría otra cosa.

Cristina y Pedro iban hacia su casa. Lo supe por cómo Pedro se agarraba a ella, la sostenía como si temiera que en breve se le escapara, que despertara de esa borrachera de desamor y canuto y saliera corriendo a cualquier lugar seguro.

¿Dónde iría a refugiarse Cristina?

Por el camino se paraban, creo que era otra manera de Pedro de detener cualquier conato de fuga. La besaba de forma violenta, sin reparar si es que estaban debajo de una farola en vez de en un sitio oscuro, exponiéndola para evitar su huida.

Ella parecía que le devolvía los besos. Hasta que los besos se hicieron manos bruscas bajo la blusa e incluso desde donde yo estaba era capaz de percibir el cuerpo de él apresándola, pesado sobre ella, y sí, un brazo que la sujetaba y le tapaba la boca, y el otro buscando acceso entre las piernas juntas de Cris. Ella agitaba la cabeza, abría y cerraba los ojos, sin mucho margen de maniobra. Yo no escuchaba. Estaba a una distancia prudencial y el ruido incesante de los bandos, con su afán de dar instrucciones, había tomado el pueblo.

Antes de que yo pudiera reaccionar la aplastó contra el muro de una casa. A Cristina no se le ocurrió ni protestar. El miedo le supuraba del cuerpo, casi visible. Pedro le dio la vuelta y le sujetó la cabeza contra la pared. Aún tiene la marca en la cara, un raspón malo que le va de la sien hasta debajo del pómulo. Él comenzó a desabrocharse con la mano libre. Tenía que acercarme y lo hice. Pedro no se enteró, emocionado porque Cristina de pronto parecía colaborar, se había apartado un poco del muro como para abrirse y facilitarle el camino, las piernas las separaba en uve y había apoyado los brazos en la pared. Casi salgo corriendo porque pensé que quizá Cristina quería, pero luego recordé que la había golpeado en la cara, y que se apreciaba perfectamente su sangre en el muro que de tan blanco brillaba. Y recordé que estaba enamorada de Joaquín,

aunque él no la correspondiera. Cuando pensé eso me di cuenta de la piedra que Cristina tenía junto al pie. Con la punta del zapato la movía, la desplazaba unos centímetros. Fui a por ella porque entendí. El fragor del deseo de Pedro y la megafonía envolvente me silenciaron. Al mismo tiempo Cristina bajó el brazo y luego todo lo que recuerdo fue el rojo, el olor del humo, Pedro en el suelo con la cabeza partida, la primera víctima de nuestro incendio, del calor que nos abrasaba la cabeza desde junio.

En la moto pareció que atravesábamos una cortina ardiente, aunque llamas aún no había, solo el humo cada vez más denso me hacía imaginar que detrás de cualquier curva nos toparíamos de cabeza con el incendio. Miré hacia arriba y lo vi rugir por la Peña Molina, venía de lo alto, del albergue forestal y por detrás. Así que no íbamos hacia el fuego, bajábamos. Respiré con alivio. Luego pensé si había alguna carretera hasta allí, hasta las llamas. Tenía que pensar deprisa, pero no estaba en condiciones. Tendría que haberla, la encontraría, y si no tiraría derecho por el monte, como pudiera, al menos llevaba una moto de *cross*. Cristina, agarrada a mi cintura con sus ganas de vivir. Cristina, toda mi vida. Solté una mano y acaricié las suyas sobre mi estómago.

Yo también quería vivir, pero era tarde. Y además, todo había sido mi culpa, por mi culpa. Dejé a Cristina en el cuartel de la Guardia Civil en Sotomonte; con la moto aún en marcha la enganché de la cabeza y le dije al oído que había sido yo, he sido yo, ¿lo entiendes? Solo me aseguré de que entendiera lo que decía, de que era eso lo que iba a decir cuando le preguntaran, por si no te has enterado fui yo, ¿lo entiendes?, repetí, la miré a los ojos, quería irme con el recuerdo de sus ojos y antes de poder arrepentirme, arranqué. Quizá ahora tenía una nueva oportunidad con ella, pensé mientras sentía que las luces prendidas en las ventanas le decían adiós, hasta luego, Cristina, vuelve pronto, te esperamos, ningún pueblo fuera del influjo de mi reina, ella no iba a quererme, pero al menos me recordaría, como yo a mi padre, que no se sabe si se lo comió la sierra o se dejó comer, me recordaría como yo me pasaba el año

recordándola hasta que, un día de verano, todo el pueblo exclamaba: ¡Ha vuelto!

Edición en formato digital: marzo de 2026

© Marian Peyró Jiménez, 2026
© Alianza Editorial, S. A., Madrid, 2026
Calle Valentín Beato, 21
28037, Madrid
www.alianzaeditorial.es

ISBN ebook: 979-13-7009-199-6

Está prohibida la reproducción total o parcial de este libro electrónico, su transmisión, su descarga, su descompilación, su tratamiento informático, su almacenamiento o introducción en cualquier sistema de repositorio y recuperación, en cualquier forma o por cualquier medio, ya sea electrónico, mecánico, conocido o por inventar, sin el permiso expreso escrito de los titulares del Copyright.